Tom Sharpe

Los Grope



Los Grope, una familia muy antigua de Inglaterra, siguen viviendo en Grope Hall, la casa que construyeron sus antecesores, pero su historia no es convencional. La fundadora de la dinastía fue Ursula Grope, una fea criada, que un día se encontró a un joven vikingo que había desertado. La familia Grope ha sido desde entonces un matriarcado feroz. Hasta que un día, a comienzos del siglo XXI, llega Esmond Wiley, descendiente de otra florida rama de la Inglaterra más profunda.



Tom Sharpe

Los Grope

ePub r1.1
GONZALEZ 26.08.2020

Título original: *The Gropes*
Tom Sharpe, 2009
Traducción: Gemma Rovira
Ilustración: Albert Rocarols

Editor digital: GONZALEZ
Corrección de erratas: Readerman
ePub base r2.1



Para los médicos de Cataluña Montse Figuerola,Francesc Xavier Planellas, Pere Solà y MontserratVerdaguer, que en 2006 me salvaron la vida.

1

Una de las circunstancias más sorprendentes de la Vieja Inglaterra es que todavía se encuentran familias que viven en las casas que sus antepasados construyeron siglos atrás y en terrenos que han pertenecido a ellas desde antes de la conquista normanda. Los Grope de Grope Hall son una de esas familias.

Los Grope no eran ricos ni tenían título, y nunca habían despertado la envidia de sus vecinos, más poderosos e influyentes; se mantenían al margen, cultivaban los campos que todavía llevaban los mismos nombres que en el siglo XII, y se ocupaban de sus asuntos sin interesarse lo más mínimo por la política, la religión ni nada que pudiera causarles problemas. En la mayoría de los casos, eso no se debía a una estrategia deliberada. Al contrario: tenía que ver con la inercia y con su tendencia natural a no cargar con vástagos hábiles y ambiciosos.

Los Grope de Grope Hall son oriundos del condado de Northumberland. Aseguran que pueden trazar su árbol genealógico hasta un vikingo danés, un tal Awgard el Pálido; la travesía por el Mar del Norte lo había mareado tanto que abandonó a su destacamento de asalto mientras éste saqueaba el convento de Elnmouth. En lugar de violar monjas, como era su deber, se arrojó en brazos de una sirvienta a la que encontró en la panadería y que estaba tratando de decidir si quería que la violaran o no. Como no era en absoluto hermosa y ya la habían rechazado dos veces otros destacamentos de asalto vikingos, Ursula Grope se alegró muchísimo de que la hubiera elegido el apuesto Awgard y, de la horrenda orgía que tenía lugar en el convento saqueado, se lo llevó al aislado valle de Mosedale y a la cabaña con tejado de turba donde había nacido. El regreso de la hija a la que confiaba no volver a ver jamás —y acompañada del enorme Awgard el Pálido— aterrorizó tanto al padre de la mujer, un sencillo porquero, que éste no esperó a averiguar las verdaderas intenciones del vikingo, sino que salió por piernas, y la última vez que alguien lo vio estaba cerca de York vendiendo castañas asadas. Ya que había salvado a Awgard de los horrores del viaje de regreso a Dinamarca, Ursula insistió en que él salvara su honor de monja no violada y cumpliera su deber con ella. Y así es como, según cuentan, nació la Casa de Grope.

Awgard adoptó el apellido Grope, y tan alarmados estaban los escasos habitantes de Mosedale por su corpulencia y su tremenda melancolía que Ursula, que por entonces ya era la señora Grope, pudo, con el tiempo, tomar posesión de sus cientos de hectáreas de páramos deshabitados y, finalmente, establecer la dinastía Grope.

Con el paso de los siglos, la leyenda familiar y el oscuro secreto de sus orígenes favorecieron que las generaciones venideras de los Grope procuraran pasar desapercibidas. Aunque no habría hecho falta que se hubieran tomado la molestia. La

propensión a la melancolía y la aversión a viajar que tanto habían aquejado a Awgard continuó en la sangre de los Grope.

Pero eran las mujeres de la familia quienes ejercían una influencia más profunda. El hecho de que los vikingos, que normalmente no eran muy escrupulosos a la hora de elegir a sus víctimas, la hubiesen rechazado dos veces por no considerarla digna de ser violada, había dejado una clara huella psicológica en la Madre Fundadora. Había logrado amarrar a Awgard y estaba decidida a no soltarlo. También estaba decidida a conservar los cientos de hectáreas que el lúgubre aspecto y la peligrosa reputación de su cónyuge le habían procurado. El hecho de que el vikingo fuera, en realidad, un desertor y que le tuviera pánico al mar facilitaba ambas tareas. Awgard no salía nunca de su casa, y hasta se negaba a ir al mercado de Brithbury y a la feria anual de castración de cerdos y a los combates de lucha en el barro de Wellwark Fell. Eran su esposa y sus hijas quienes tenían que regatear en el mercado, y quienes participaban en las sospechosas actividades de la feria. Como las hijas habían heredado la corpulencia y la fuerza de su padre, además del cabello pelirrojo, y como esas características estaban combinadas con el aspecto poco atractivo y la determinación de su madre, el resultado de esos combates de lucha en el barro era siempre previsible. En eso, como en todos los asuntos en que participaban las mujeres Grope, prevalecía la ascendencia femenina. Es más, mientras que en las otras familias el hijo mayor era el que heredaba la propiedad, en la familia Grope la heredera era la hija mayor.

Esa tradición se consolidó tan firmemente que se rumoreaba que, en los contados casos en que el primogénito era un varón, estrangulaban al niño después de nacer. Sea cual sea la verdad, lo cierto es que con los años los Grope tuvieron una cantidad inusual de hijas, aunque quizá eso no se debiera al infanticidio de varones, sino al hecho de que, o bien por elección o por la manifiesta masculinidad de las mujeres Grope, los hombres con quienes se casaban solían ser un tanto afeminados.

Siguiendo la tradición establecida por la Madre Fundadora, obligaban a los novios a adoptar el apellido Grope. Con mucha frecuencia, los obligaban a casarse, para empezar. Ningún hombre medianamente viril le habría propuesto matrimonio voluntariamente a una Grope, ni siquiera borracho, y quizá fuera como resultado de la insistencia de las señoritas Grope en desafiar a los solteros del lugar a un combate de lucha en el barro en la feria de Wellwark por lo que esa prueba perdió su atractivo y terminó desapareciendo. Hasta los luchadores más fornidos vacilaban antes de aceptar el reto. Demasiados jóvenes habían salido de aquella terrible experiencia medio asfixiados por el barro e incapaces de negar que durante el combate se habían declarado a sus rivales. Además, las muchachas Grope estaban demasiado imponentemente unidas como para tolerar rechazos. En una ocasión, a un mozo que tuvo la temeridad de decir (una vez que hubo logrado escupir el barro que tenía en la boca) que prefería morir a dejarse llevar al altar y convertirse en el señor Grope lo

lanzaron al charco de barro y le hundieron la cabeza en él hasta que cambió de opinión.

Por si eso fuera poco, a los varones Grope que sobrevivían a las exigencias de haber nacido vivos les escogían una carrera sin tener en cuenta su opinión. Si sabían leer, se ordenaban sacerdotes, y si no sabían (a la mayoría no les ofrecían la oportunidad de aprender), los enviaban al mar y raramente volvían a verles el pelo. Ningún hombre en su sano juicio habría vuelto a Grope Hall para seguir los pasos de su padre y apacentar ovejas, servir en la cocina y poder hablar sólo cuando sus esposas y sus suegras se dirigieran a ellos.

No había escapatoria. Al principio de la historia familiar, unos pocos esposos habían logrado llegar al muro de piedra que rodeaba la finca de los Grope, e incluso, en un solo caso, saltarlo. Pero el carácter desolado del terreno, combinado con la fatiga provocada por la obligación de satisfacer el voraz apetito sexual de sus esposas, no les permitía llegar muy lejos. Unos sabuesos exasperantemente pacíficos, especialmente amaestrados para perseguir esposos fugitivos, los devolvían a Grope Hall, y tras una severa reprimenda, las mujeres los mandaban a la cama sin cenar.

Incluso en épocas más civilizadas, las mujeres Grope siguieron dominando a sus varones y se encargaron de que, en la medida de lo posible, la existencia de la finca pasara desapercibida. Como es lógico, la casa solariega ya no guardaba ningún parecido con la primera cabaña con tejado de turba a la que Ursula había llevado a Awgard el Pálido. Era de esperar que varias generaciones de resueltas mujeres con esposos afeminados que las animaban hablando de cortinas de seda, techos revocados y butacas de color verde veneciano, por no mencionar la comodidad y la intimidad de los inodoros dentro de la casa en lugar de los exteriores de tierra, modificaran el aspecto original de la casa. De todas formas, los cambios fueron lentos y poco sistemáticos. No se desperdiciaba nada, ni se añadía nada demasiado ostentoso, al menos por fuera, que pudiera llamar la atención. Hasta aprovecharon la turba de la cabaña original para rellenar el espacio entre la madera del suelo de los dormitorios y el techo de las habitaciones de la planta baja para reducir el ruido de las actividades conyugales.

En el siglo XIX, Grope Hall ya había adquirido el aspecto de una granja de Northumberland, grande y relativamente cómoda; sus gruesos muros de piedra gris y sus pequeñas ventanas no hacían sospechar las extrañas tradiciones que habían acompañado su construcción y que persistían en la mentalidad de los Grope. Cierto, era imposible encontrar a un solo hombre en el distrito que estuviera dispuesto a acercarse siquiera a una señorita Grope; y si bien la costumbre de los combates de lucha en el barro y sus terribles consecuencias se había extinguido siglos atrás, el recuerdo de esas atroces ocasiones seguía vivo en la región. De hecho, en cierto modo contribuía a la prosperidad de que gozaban los Grope. Bastaba con que una señorita Grope apareciera por el mercado de Brithbury para que el corral de

exposición se vaciara de varones solteros y para que bajara el precio del ganado si la mujer había ido a comprar, o para que subiera si había ido a vender.

En la década de 1830, la escasez de candidatos a marido en Northumberland se había agravado de forma alarmante, y la llegada del ferrocarril fue lo único que salvó a la familia de tener que plantearse seriamente reclutar padres para sus hijos en el manicomio, con todos los efectos perjudiciales que eso habría tenido para las generaciones futuras. Aunque estar casada con un lunático no tenía por qué ser un problema insuperable. En el pasado, varios maridos habían resultado ser tan estériles o incurablemente impotentes que habían tenido que tomar medidas de emergencia, como secuestrar a desconocidos que estaban de paso en la región o pagar por los servicios sexuales de comerciantes poco previsores con familias numerosas a las que mantener. Más de un viajero que pasaba por Mosedale había sufrido esta terrible experiencia: tras ser abordado por una Grope vestida de hombre, lo obligaban a realizar un acto que él consideraba antinatural; después lo drogaban con ginebra y opio y lo dejaban, inconsciente, en una cuneta a varios kilómetros de Grope Hall.

La llegada del ferrocarril lo cambió todo. Las mujeres Grope podían viajar hasta Manchester o Liverpool y volver con un novio, si bien es cierto que él no sabía que estaba comprometido hasta que el reverendo Grope lo cogía por banda y le obligaba a dar el sí en la pequeña capilla que había detrás de Grope Hall. El hecho de que algunos de esos novios ya estuvieran casados y tuvieran esposas e hijos se pasaba tranquilamente por alto, pues esa prueba de su fertilidad los convertía en candidatos aún más atractivos. Y no sólo eso: también tenían una excusa fácil y perfectamente comprensible para cambiarse el apellido. Por otra parte, saber que podían denunciarlos y condenarlos a largas sentencias de cárcel por bigamia hacía nacer en ellos un apego a Grope Hall que de otro modo quizá nunca hubieran desarrollado.

Pero el problema más persistente era el del nacimiento de primogénitos varones en lugar de hembras, o, peor aún, el de las señoras Grope que no engendraban hijas. La Ley de Registro de Nacimientos y Defunciones de 1835 convertía el antiguo remedio de estrangular o asfixiar a los bebés varones en un procedimiento claramente arriesgado. Aunque la familia nunca había admitido haber recurrido a semejante cosa.

Un ejemplo del problema que planteaba la escasez de herederas es la señora Rossetti Grope, que al parecer no podía engendrar niñas.

—Yo no tengo la culpa —se lamentaba tras el nacimiento de su séptimo hijo—. La culpa la tiene Arthur.

Esa excusa, que más tarde se demostró científicamente, no consiguió satisfacer a sus hermanas. Beatrice estaba furiosa.

—No debiste casarte con ese animal —le espetó—. Cualquier idiota se daría cuenta de que es asquerosamente licencioso y masculino. ¿No conocemos a nadie de por aquí con un historial decente, alguien que sólo haya engendrado hijas?

—En Gingham Coalville está Bert Trubshot. La señora Trubshot ha tenido nueve niñas muy hermosas y… —respondió Sophie.

—¿Bert, el orinalero? No puedo creerlo. Jamás he visto a un hombre más feo, con ese acné… ¿Estás segura? —preguntó Fanny.

Sophie Grope estaba segura.

—¡No pienso acostarme con Bert Trubshot! —gritó Rossetti, histérica—. Puede que mi Arthur no sea el marido perfecto, pero al menos es limpio. Bert Trubshot es absolutamente repugnante.

Sus hermanas la miraron muy enojadas. Ninguna Grope se había negado jamás a cumplir con su deber. Incluso durante la peste, cuando otras granjas del distrito les habían cerrado las puertas a los desconocidos, Eliza Grope, una viuda estéril, había arrastrado hasta su cama, con gran valor, a varios hombres aterrorizados y equivocadamente atraídos por la seguridad que ofrecía lo remoto de Mosedale, y los había socorrido. Aunque los esfuerzos de Eliza Grope no fueron recompensados como ella esperaba. Murió de peste. Pero su caso había servido de ejemplo para todas las generaciones posteriores de mujeres Grope.

—Te acostarás con Bert Trubshot, te guste o no —sentenció Beatrice.

—Pero Arthur se pondrá furioso. Es muy celoso.

—Y un desastre de marido. Además, él no tiene por qué enterarse.

—Se enterará —dijo Rossetti—. Y le gusta mucho el goce.

—Entonces tendremos que encargarnos de que pierda interés por esas cosas —dijo Beatrice.

Tres meses más tarde, cuando Rossetti se hubo recuperado lo suficiente y hubieron llevado a su hijo al orfanato de Durham, pusieron en la sopa de Arthur Grope una fortísima dosis de una pócima para dormir; el tipo apenas tuvo tiempo para comentar que la sopa sabía mejor que de costumbre y se quedó dormido encima del cordero con zanahorias. Más tarde, esa misma noche, tuvo un desafortunado encuentro con una botella de brandy rota del que nunca llegó a recuperarse del todo.

Entretanto, Sophie y Fanny fueron a Gingham Coalville en un coche de caballos con cortinas en las ventanas, decididas a secuestrar a Bert Trubshot. Lo encontraron realizando su maloliente tarea a las dos de la madrugada, y mientras Fanny se acercaba a él por delante —con el pretexto de preguntarle si iban bien para llegar a Alanwick—, Sophie, armada con una gran cachiporra, lo dejó inconsciente asestándole un acertado golpe en la parte de atrás de la cabeza. Después de eso, resultó fácil llevárselo a Grope Hall, donde, tras lavarlo, vendarle los ojos y ungirlo con varias botellas de perfume, le hicieron ingerir un montón de ostras y alguna perla triturada, y Bert Trubshot cumplió con su deber en un estado de delirio alucinatorio provocado por la conmoción cerebral.

Hasta Rossetti encontró la experiencia menos desagradable de lo que esperaba, y sintió cierto vacío cuando por fin drogaron a Bert y lo devolvieron a Gingham Coalville. Lo que sintió Bert Trubshot cuando lo encontraron, completamente desnudo y apestando a perfume en el umbral de la granja Trubshot, fue el bofetón de

su esposa y cierto arrepentimiento por haberse casado con una mujer tan fea y tan violenta.

Arthur Grope se encontraba aún peor. Acostado en una cama del hospital de Wexham, era dolorosamente consciente de lo que le había pasado, pero por mucho que se esforzara, no podía imaginar cómo ni por qué le había pasado.

—¿No pueden hacer nada? —preguntó a los médicos con un timbre de voz ya alterado; pero le contestaron que no podían hacerle gran cosa a lo que quedaba de él, y que no debería haber bebido tanto brandy. Arthur dijo que no recordaba haber bebido nada de brandy, ni una gota, porque había sido abstemio toda la vida, pero que, si lo que los médicos le aseguraban era cierto y había perdido el único placer que tenía en la vida, en adelante pensaba beber como un cosaco.

La determinación de Arthur de convertirse en un borracho perdido se vio reforzada cuando, nueve meses más tarde, Rossetti Grope dio a luz a una niña de una fealdad asombrosa, con los ojos negros y el cabello castaño oscuro, y sin ninguno de los rasgos que habían distinguido a los niños que Arthur había engendrado hasta entonces. Murió un año más tarde —castrado, alcoholizado y amargado—, y Rossetti y su hija lo siguieron poco después a la tumba, al no poder recuperarse de la neumonía que pillaron durante un invierno especialmente lluvioso y frío.

Por fortuna para la familia Grope, Fanny compensó las deficiencias de Rossetti, y tuvo siete hijas fuera del matrimonio a base de realizar repetidas y regulares visitas, a altas horas de la noche, a Gingham Coalville, donde, como no era tan delicada ni higiénica como su difunta hermana, disfrutó de las atenciones de Bert Trubshot. Gracias al orinalero, la línea femenina de los Grope volvió a estar a salvo.

2

Hacia mediados del siglo XIX, el aburguesamiento de la sociedad británica, que se había iniciado casi cien años atrás en el sur, llegó por fin a Mosedale y a Grope Hall. Los Grope, que ya habían instalado inodoros dentro de la casa y añadido butacas de color verde veneciano al mobiliario, hicieron cuanto pudieron para ignorar ese nuevo asalto aduciendo que, como todas las modas anteriores, no tardaría en pasar. Pero, inevitablemente, hasta la dominante Beatrice, que en ese momento era la señora de la casa solariega, terminó por sucumbir al hechizo de los antimacasares y del abarrotamiento de muebles que se había hecho popular en todas partes cincuenta años atrás. Tiraron las viejas bañeras de estaño que durante tantos años habían bastado a la familia para sus abluciones anuales y las sustituyeron por una enorme bañera de hierro equipada con grifos de agua fría y a veces caliente, y a partir de entonces las mujeres Grope empezaron a bañarse al menos una vez por semana.

Pero para los maridos y para los pocos hijos que todavía quedaban en la casa, las cosas seguían más o menos como siempre. Los Grope fabricaban cerveza para sus esposas y destilaban diversos licores letales que llamaban brandy o ginebra según su color, como habían hecho durante generaciones; y si tenían suerte, o si sus esposas requerían sus servicios esa noche, les dejaban darse un baño de vez en cuando en un río cercano.

Aburguesamiento aparte, en general, hombres y mujeres se ocupaban de sus cosas como si nada material fuera a cambiar jamás. Pero se equivocaban.

A principios del siglo XX, encontraron carbón en la finca, en cantidades mucho mayores que hasta entonces y en vetas tan gruesas y tan cercanas que ni siquiera Adelaide Grope, la única Grope con ojo para los negocios (se había convertido en cabeza de familia sustituyendo a Beatrice, que estaba senil y postrada en cama), pudo resistirse a la perspectiva de amasar una inmensa fortuna. La carrera de armamento naval con la Alemania del káiser acababa de empezar, y la demanda de carbón para fabricar acorazados y abastecerlos de combustible era enorme. Construyeron una estrecha vía de tren que recorría los desolados valles; vagones cargados hasta arriba avanzaban pesadamente hacia las fundiciones y los astilleros que había cien kilómetros más al este, y volvían llenos de hombres fuertes y robustos, la mano de obra de las minas.

Casi de la noche a la mañana, los Grope se hicieron relativamente ricos, tanto en dinero como en una aparente abundancia de varones que podían servir a las jóvenes Grope, aunque no se casaran con ellas. Pero no ocurrió así. La siniestra reputación de la familia, y nueve perros horribles, descendientes de los pacíficos sabuesos ya nada pacíficos, disuadían a los hombres, tanto si eran nuevos en el distrito como si no. Y las chicas también. La verdad es que las cinco hijas de Beatrice conservaban

demasiados atributos físicos de sus antepasadas como para resultar atractivas ni al más desesperado de los hombres. Al poco tiempo, los mineros evitaban escrupulosamente Grope Hall, y sólo se movían en grupos, pues un hombre solo se convertía en un objetivo fácil. Desde las ventanas de la casa solariega, unos ojos depredadores los veían descender de los vagones vacíos por la mañana y colgarse de sus costados por la noche, cuando iniciaban el viaje de regreso, cargados de carbón. Las chicas Grope no podían hacer nada.

Sin embargo, Adelaide, que conservaba el carácter despiadado de sus antepasadas, encontró la manera de explotar tanto la reciente riqueza de los Grope como el repentino aumento de la afluencia de machos. Para empezar, había previsto los problemas de impuestos que conllevaba la posesión de una ostentosa riqueza. Para asegurarse de que las autoridades fiscales no pudieran establecer el verdadero beneficio que obtenían de la mina, había redactado ella misma el contrato. Era un documento extraordinario, por no decir más. Todos los beneficios tenían que pagarse mensualmente en soberanos de oro, y tenía que llevarlos a la casa solariega el contable de la empresa minera, a quien en privado garantizaban el cinco por ciento de los beneficios totales (sin que quedara constancia de ello). Por último, había convencido a Beatrice, que legalmente seguía siendo la cabeza de familia, para que firmara el contrato con la empresa minera en presencia de dos aterrados médicos, de los cuales uno era psiquiatra de un manicomio, y un notario. Como por entonces Beatrice sufría demencia senil, Adelaide había pagado muchísimo dinero por ese privilegio, y desembolsando una suma considerable en concepto de soborno para garantizar la conformidad de los médicos y del notario con que Beatrice estaba en su sano juicio.

Tras asegurar la fortuna de la familia Grope, Adelaide se concentró en el enojoso problema de asegurar la descendencia femenina. Y, siguiendo la tradición de sus antepasadas, decidió que el secuestro y la cautividad forzosa eran la única solución viable.

Al ver que las nuevas líneas de ferrocarril permitían un acceso más fácil a la finca de los Grope, Adelaide se embarcó en un ambicioso plan para fortalecer la seguridad y para asegurar que cualquier minero que se hubiera desviado de su camino, una vez atrapado, no pudiera escapar. Tras una expedición nocturna particularmente provechosa que acabó con dos tipos desprevenidos que pescaban tranquilamente en el río Mosedale despertando, varias horas más tarde y atados como pollos, bajo la vigilante mirada de dos de las hijas más corpulentas de los Grope, esas precauciones se hicieron más urgentes. En la verja de la propiedad apareció un letrero que advertía a cualquiera que intentara llegar a Grope Hall que tuviera cuidado con los «TOROS DE LIDIA ESPAÑOLES», y en efecto, había dos ágiles y peligrosos toros amarrados con descuido junto al camino que conducía hasta la casa. Tras una serie de percances relacionados con varios carteros corneados y la interrupción de la llegada del correo a

la casa solariega de los Grope, por muy urgente que fuese, colgaron un buzón junto a la verja para que les dejaran allí las cartas.

Adelaide fue aún más lejos en su propósito de asegurarse de que nadie entrara en la finca y de que, una vez dentro, nadie pudiera salir. Hizo poner púas de hierro en la parte superior del muro, y las reforzó con alambre de espino en la parte del muro más cercana a la casa. En realidad, esas precauciones resultaban casi contraproducentes. La reputación de los Grope había bastado durante siglos para mantener alejados a los intrusos, y que hubieran instalado un formidable sistema de defensa despertó mucha curiosidad. La gente iba desde Brithbury e incluso desde más lejos para contemplar las púas y aquellos curiosos toros negros, y, como es lógico, cuando volvían a sus casas explicaban que era evidente que las antiguas tradiciones de la familia Grope no habían desaparecido.

—Deben de tener secuestrado a algún desdichado —era la opinión más generalizada en el Moseley Arms—. Y debe de ser un tipo muy violento, si necesitan todas esas púas y todo ese alambre de espino. Montar todo ese aparato les habrá costado una fortuna. Los Grope deben de estar forrados. Quién sabe de dónde habrán sacado los toros.

—Supongo que de España. Eso dice en el letrero.

Un anciano que estaba junto al fuego sonrió y dijo:

—Supones mal. Yo creo que los compraron en el castillo de Barnard. Eso no son toros de lidia ni nada parecido.

—Aun así, yo no me arriesgaría a acercarme por allí —intervino otro vecino—. A mí los que me dan pánico son esos nueve perros. Parecen lobos, más que sabuesos.

Esos rumores llegaron a oídos de Adelaide, pero no la preocuparon. En cambio, sí la inquietaba la acumulación de una riqueza mayor de la que jamás habían poseído, y el efecto que tenía en sus hermanas. Los dos desafortunados pescadores sólo habían durado una temporada en la casa solariega, con el único resultado de un embarazo psicológico. Y la continua presencia de ruidosos mineros, que todos los días pasaban cerca de la casa, alteraba por igual a las mujeres Grope y a los toros amarrados junto al camino. Las mujeres estaban ansiosas por casarse. Los toros también estaban ansiosos, pero por una consumación sin especificar.

Tras varios años soportando ese deseo reprimido, Adelaide permitió independizarse a las Grope más jóvenes, y les proporcionó ingresos suficientes para llevar un estilo de vida al que no estaban acostumbradas. Tuvo la prudencia de dejar los toros amarrados.

Liberadas de la reclusión en Grope Hall y de la dominación de Adelaide, las jóvenes Grope no tardaron en encontrar esposos, y se instalaron en pueblos y granjas por todo el sur de Inglaterra con unos maridos que no sabían nada de la familia Grope. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Adelaide había obligado al contable a casarse con ella, amenazándolo con revelar que había aceptado un porcentaje por amañar las cuentas. Un año más tarde había dado a luz a una niña, con

gran alegría para ella y con gran asombro para todos los demás. Por entonces, la anciana y demente tía Beatrice ya había muerto, y Adelaide, decidida a celebrarlo, había transformado por completo el interior de Grope Hall, mientras que el exterior seguía tan desolado como siempre. Dentro de la casa, las habitaciones ya no estaban tan pasadas de moda. Adelaide las hizo pintar y amueblar a la última moda cuando se enteró por el contable que podía colar las facturas de las reformas como gastos del negocio. Sólo conservó las mesas y los bancos de madera sin barnizar de la cocina y de lo que llamaban «el estudio». Desde el estudio se dirigía el negocio, y Adelaide no tenía intención de dar ninguna pista que pudiera delatar su riqueza. Para más seguridad, la mayor parte del oro en que había convertido sus ganancias estaba escondida en una tumba innecesariamente profunda y cubierta de tierra bajo el suelo de losas de la antigua capilla, que sólo conocían Adelaide y el reverendo Nicholas Grope, al que no permitía salir de la casa y que, por lo tanto, casi no contaba. Además, el reverendo era tan viejo, y el esfuerzo de cavar la tumba que contenía el oro le había perjudicado tanto la espalda, que pasaba la mayor parte del tiempo en cama y habría sido incapaz de ir a ningún sitio aunque le hubieran dejado.

Finalmente el siglo XX alcanzó a la familia, y no como habría sido de esperar. Las demandas de la industria durante la Gran Guerra agotaron el carbón de la mina, que ya había sido evacuada dos veces a causa de las inundaciones y de los desprendimientos. Pero, a fin de cuentas, la guerra afectó relativamente poco al estilo de vida de los Grope.

La primera catástrofe llegó con la gripe española, que se llevó a veinte millones de personas en Europa (más de las que habían muerto en la temida guerra). Para entonces, el sucesor del reverendo Nicholas había muerto de un infarto y se había llevado, casi literalmente, el secreto del tesoro familiar a la tumba, porque la hija de Adelaide desenterró el oro y volvió a enterrarlo debajo del cadáver del reverendo. Al final la gripe española mató a Adelaide, a su hija y a su esposo el contable, quien en sus últimos años había dirigido en buena parte la finca bajo la estrecha vigilancia de su hija. La sucesora de Adelaide como cabeza de familia era una viuda, Eliza Grope, que había regresado a la casa solariega tras la muerte de su esposo, profundamente agradecida al general Ludendorff por haberla librado de su marido, el comandante Grope, en su ofensiva de marzo de 1918.

Al hacerse cargo de la familia, Eliza pronto restableció las viejas costumbres de los Grope, hasta que la agotada mina dejó de ser una fuente de ingresos. A Eliza nunca le había gustado el moderno estilo de vida del sur, con su asfixiante cortesía, sus normas sociales y su necesidad de comportarse; y le molestaba, sobre todo, la presunción de su esposo de que él era el amo de la casa y ella simplemente una especie de sirvienta de categoría. Decidida a reafirmar su dominio, nombró nuevo reverendo Grope al hijo huérfano de una prima Grope que había muerto en Londres durante un bombardeo con zepelines. Su padre, que se había vuelto a casar, ya no

quería a aquel adolescente corto de entendederas en su casa, y le pareció muy bien que Eliza lo enviara a un pequeño seminario.

Incluso después de la Segunda Guerra Mundial, y mucho después de que Eliza fuera sucedida por Myrtle Grope (otra viuda a la que el campo de batalla había librado de su cónyuge), la familia se resistía a adaptarse a los nuevos tiempos. Los campos seguían labrándose con arados tirados por caballos, se conservaban los almiares y las vacas se ordeñaban a mano. El número de sabuesos se redujo a seis tras un desafortunado incidente con uno de los toros, pero, en general, si Ursula Grope y Awgard el Pálido hubieran regresado del siglo XII, habrían reconocido Grope Hall y se habrían enorgullecido de ello.

Y fue a esa remota finca y a esa antigua granja adonde, en los albores del nuevo milenio, Belinda Grope, sobrina de la ya anciana Myrtle, llevó a un joven e inmaduro tipo llamado Esmond Wiley.

3

Esmond Wiley había tenido una infancia turbulenta. Eso se debía, en gran medida, a su nombre.

No puede decirse que fuera culpa suya, ni de su padre, que se apellidara Wiley; aunque a veces, cuando estaba de mal humor, Esmond llegaba a desear que el señor Wiley se hubiera quedado soltero. O que, de haberse sentido obligado a casarse, como parecía ser el caso, hubiera permanecido célibe; o que, ése evidentemente no parecía ser el caso, hubiera tomado precauciones para no dejar embarazada a su esposa. Y no es que Esmond culpara a su padre. La señora Wiley no era una mujer a la que se pudiera negar el derecho a la maternidad. Era una mujer gruesa y aparatosamente jovial, con un apetito insaciable de las más empalagosas y deplorables novelas rosas, y que había adquirido un apetito igual de insaciable de amor. O, para decirlo con otras palabras, vivía en un mundo donde los hombres —caballeros, por supuesto— les proponían matrimonio apasionadamente a las mujeres en lo alto de acantilados bajo la luna llena, con las olas rompiendo contra las rocas de la orilla; y donde las virginales, castas y pudorosas novias aceptaban esas proposiciones con una mezcla de placer y modestia antes de ser aplastadas por ellos contra su pecho viril.

Hay que decir que eso no era exactamente lo que había hecho el señor Wiley. Para empezar, él no era un tipo muy viril; trabajaba de director de banco en Croydon y había hecho todo lo posible para resistirse a la débil vena de pasión que corría (o, mejor dicho, cojeaba) por la familia Wiley. De todas formas, la señora Wiley, que por entonces se llamaba Vera Ponson y tenía veintiocho años, lo había convencido para que le propusiera matrimonio. Peor aún, ella había insistido en realizar el ritual del acantilado tan habitual en sus lecturas, y la pareja había ido en coche hasta Beachy Head una noche de luna llena, ataviada con traje de etiqueta, lo más parecido a los bustiers de raso y los pantalones ceñidos de terciopelo que con tanta frecuencia aparecían en las novelas con que tanto disfrutaba la futura señora Wiley. Si no hubieran intervenido otros factores, la ocasión —o la cita, como la llamaba Vera— quizá habría satisfecho sus sueños más descabellados. Pero intervinieron. La luna llena estaba allí, en alguna parte, pero sólo aparecía a ratos, pues la mayor parte del tiempo la tapaban las nubes. Vera Ponson no quiso sentirse defraudada. A su modo de ver, esas nubes se deslizaban empujadas por el viento, que en lo alto del acantilado, a ciento cincuenta metros de altura sobre el nivel de un mar seguramente embravecido, soplaba con ganas. Estaba demasiado oscuro para distinguir si el mar estaba embravecido o no, y en realidad, aunque las nubes no hubieran tapado la luna llena, el señor Wiley, que por naturaleza y por deformación profesional era un hombre sumamente prudente, no se sentía muy inclinado a mirar. Además, tenía fobia a las

alturas. De hecho, el que se hubiera acercado a aquella pared de roca vertical era una prueba del amor que sentía por Vera o, más exactamente, de su desesperación por obtener las comodidades hogareñas de las que parecían disfrutar sus amigos casados y que el inocente romanticismo de Vera parecía prometer. En el coche, camino de Beachy Head, el señor Wiley había recordado que desde allí mucha gente se había lanzado al vacío, e imaginar aquella espantosa caída vertical de la que comprendía que sería imposible sobrevivir había hecho que su miedo se cuadruplicara.

Era ese terror más que una verdadera pasión, lo que había incitado al señor Wiley a proponerle matrimonio a Vera a una velocidad asombrosa, para luego abrazarla y apretarla contra su palpitante corazón. También lo ayudó una repentina ráfaga de viento que en ese momento lo levantó prácticamente del suelo. Con su futura esposa en brazos —y era una futura novia que pesaba lo suyo—, se sintió mucho más seguro, y, como si quisiera celebrar esa unión, la luna, tan llena y tan brillante como Vera había soñado, apareció por una rendija entre las nubes e iluminó a la pareja.

—¡Oh, querido! ¡Cuánto he esperado este momento! —murmuró Vera, extasiada.

Pero, por lo visto, lo mismo les pasaba a dos policías. Alertados por un motorista que al pasar había visto el coche y había telefoneado a la comisaría para avisar de que otro par de lunáticos estaban a punto de suicidarse, los agentes se habían acercado a los amantes con mucho sigilo.

—Tranquilos, no va a pasar nada —dijo uno de los policías cuando sus linternas añadieron un poco más de brillo a la escena.

Sí iba a pasar. Horace Wiley se opuso a identificarse como director de banco residente en el número 143 de Selhurst Road, Croydon, y a reconocer que se disponía a quitarse la vida o, como dijo el sargento, con muy poco tacto, «a cortar por la vía rápida».

Años más tarde, Horace Wiley acabó pensando que esa expresión había tenido un carácter profético, pero en ese momento le preocuparon más las posibles consecuencias que tendría para sus aspiraciones profesionales que llegara a saberse, otra vez con las palabras del sargento, que «tenía por costumbre ir a Beachy Head las noches de luna llena, vestido de etiqueta, para proponer matrimonio a mujeres estrafalarias», que fue, más o menos, lo que Vera había explicado que estaba haciendo. El señor Wiley habría preferido que Vera hubiera cerrado la boca (una preferencia que, a lo largo de su vida de casados, demostró tener tan poco valor como lo había tenido ese día); mientras que a Vera le ofendió tanto que la calificaran de «mujer estrafalaria» que el sargento hasta se arrepintió de haber usado esa expresión. Y entonces empezó a llover.

Resumiendo: con ese adverso principio, la pareja se casó en la iglesia de Saint Agnes, escogida por sus asociaciones literarias (a Vera le había afectado mucho el poema de Keats en su época de colegiala), pasó la luna de miel en Exmoor (eso gracias a Lorna Doone) y tuvo un hijo y heredero al que llamó Esmond. Y fue por

culpa de ese nombre, Esmond, más que por el más inocuo Wiley, por lo que el vástago de la unión de Horace y Vera tuvo una infancia tan turbulenta.

Esmond se llamaba Esmond por un personaje de una historia de amor particularmente virulenta en la que su madre estaba enfrascada poco antes de nacer su hijo. En un estado de aturdimiento y confusión producido por las drogas tras un parto terriblemente difícil en el que Horace Wiley no había ayudado para nada, pues le tenía casi el mismo miedo a la sangre que a las alturas, Vera se consoló visualizando al Esmond de ficción. Un machote con pantalones de gamuza y con la camisa desabrochada hasta la cintura, exponiendo un torso asombrosamente viril y una melena de rizos negrísimos azotados por el viento en un despejado páramo, o de pie en un promontorio rocoso sobre un mar agitado, prometía ser un buen ejemplo para el niño, pues su madre estaba decidida a que no se pareciera en nada a su padre, una persona timorata y carente de romanticismo.

Expuesto desde tan tierna edad a semejantes influencias literarias, quizá no sea de extrañar que Esmond Wiley se aficionara de pequeño a una actividad que podríamos describir como «deambular». Mientras otros niños corrían, gritaban, brincaban, hacían el tonto y, en general, se comportaban como niños, Esmond, casi desde que aprendió a andar, se limitaba a deambular por la casa con aire solapado y melancólico.

Desde el punto de vista de Esmond, su comportamiento era perfectamente comprensible. Llamarse Esmond ya tenía delito, pero ver la imagen del héroe romántico de Vera por toda la casa y en los escaparates de todas las librerías y quioscos por los que pasaba habría bastado para que cualquier niño, por muy insensible que fuera, comprendiera que nunca podría satisfacer las esperanzas y las expectativas de su madre.

Y Esmond no era un niño insensible. Era un niño tremendamente acomplejado. Ningún crío que tuviera sus piernas y sus orejas —unas piernas flacas y unas orejas enormes y de soplillo— podía no estar acomplejado. Ni podía no ser consciente de las deficiencias de su madre, que aplicaba a la crianza de su hijo las mismas actitudes, ciegas, sensibleras y anticuadas, que aplicaba a la lectura.

Afirmar que Vera adoraba a Esmond, o que Esmond era la niña de sus ojos, no bastaría para describir la agobiante adoración de que hacía objeto al pobre niño. Cada vez que Vera veía a su hijo, no podía evitar anunciar, en público y en voz alta: «Mirad a esta divina criatura. Se llama Esmond. Es un hijo del amor, mi cariñito, un verdadero hijo del amor», un término que había sacado de *La mayoría de edad de Esmond*, una novela firmada por Rosemary Beadefiel, pero compuesta por doce escritores diferentes, cada uno de los cuales había redactado un capítulo.

El hecho de que Vera hubiera malinterpretado por completo esa expresión, y de que estuviera anunciando a los cuatro vientos que su hijo había nacido fuera del matrimonio y era, como su padre pensaba a menudo aunque nunca se atreviera a decirlo, un pequeño bastardo, jamás pasó por su mente. Tampoco pasó por la mente

de Esmond. Él estaba demasiado ocupado soportando las burlas y las guasas de cualquiera que se encontrara cerca.

Tener una madre tirando a ordinaria que cuando te lleva de compras no tiene ningún reparo en proclamar al mundo entero, aunque ese mundo entero se reduzca a Croydon, «¡Éste es mi hijo Esmond!» ya es una cruz; pero que además te conozcan como «un hijo del amor» es poner a prueba la resistencia de tu alma. Y no es que Esmond Wiley tuviera alma (y si la tenía, no era un alma que se notara mucho), pero la bandada de neuronas, terminaciones nerviosas, sinapsis y ganglios que constituían la poca alma que pudiera tener estaba tan revuelta por esas repetidas e insoportables revelaciones que había veces que Esmond deseaba estar muerto. O que su madre estuviera muerta. De hecho, un niño normal y sano habría hecho algo para conseguir alguno de esos dos fines, y con razón. Por desgracia, Esmond Wiley no era un niño normal y sano. Había heredado demasiada prudencia y demasiada timidez de su padre. Quizá fuera lógico que se aficionara a deambular, con la esperanza de pasar desapercibido y de no verse obligado a soportar las vergonzosas declaraciones públicas de su madre.

El parecido de Esmond con Horace Wiley también representaba una clara desventaja. A otros padres les habría encantado tener un hijo que se les pareciera tanto y cuyas características físicas fueran clonaciones casi exactas de las suyas. Sin embargo, los sentimientos del señor Wiley eran muy diferentes. En los años que llevaba casado había hecho todo lo posible para convencerse de que su única motivación para hacer tan precipitada y desastrosa inversión matrimonial había sido asegurarse de que no llegara al mundo ningún otro Wiley prudente y tímido como él, con las piernas flacas y las orejas de soplillo. Por eso, según ese argumento de autoengaño, había escogido para casarse a una mujer alta, con piernas robustas y orejas bien proporcionadas, con la que, gracias a la mezcla de materiales genéticos tan dispares, tendría hijos (progenie, los llamaba él) más o menos normales. Es decir, serían productos estándar, una combinación de bravuconería y timidez, desparpajo y retraimiento, vulgar sensiblería y cauto buen gusto, que llevarían una vida racional y productiva y que no se sentirían obligados a casarse con esposas nada adecuadas movidos por el sentido del deber público y de la eugenesia.

Esmond Wiley era una parodia de las esperanzas de su padre. Se parecía tanto al señor Wiley que había momentos, cuando se ponía ante el espejo para afeitarse, en que Horace tenía la aterradora ilusión de que era su hijo quien lo miraba. Tenía las mismas orejas enormes, los mismos ojos pequeños y los mismos labios delgados, y hasta la misma nariz. Sólo las piernas de Horace se salvaban de esa espantosa simetría, porque se las tapaba el pijama de rayas. Todo lo demás estaba expuesto y era groseramente aparente.

Y había otra cosa que era aún peor, aunque el espejo de afeitar no lo mostrara. La mentalidad de Esmond Wiley, igual que su aspecto físico, era exactamente la misma que la de su padre. Tímido, prudente, un triste y melancólico merodeador por encima

de todo, y, como su padre, con una absoluta aversión por la afición de su madre a la lectura. De hecho, los intentos de Vera para que el niño leyera los libros que tanto la habían influenciado y tanto le habían entusiasmado en su adolescencia lo ponían físicamente enfermo; y en las pocas ocasiones en que no lo encontraban deambulando, era descubierto en el cuarto de baño, con la cabeza estratégicamente situada sobre el retrete.

Es decir, que no había ni rastro de la jovial exuberancia, ni pizca del benévolo romanticismo, ni el más leve vestigio del derroche de expresividad y de vigor de Vera que tantos estragos habían causado en la sensibilidad del señor Wiley durante su luna de miel. Las pocas pasiones y la poca expresividad que Esmond pudiera poseer —y había días en que el señor Wiley dudaba que el niño tuviera alguna— estaban tan bien escondidas que a veces el señor Wiley se preguntaba si su hijo no sería autista.

A los diez años, e incluso a los once, Esmond era un niño extremadamente callado que sólo se comunicaba, si es que lo hacía, con Sackbut, el gato castrado (una medida simbólica de la señora Wiley que tenía más que ver con la escasa actividad sexual de Horace Wiley que con las propensiones del felino) y obeso que se pasaba el día durmiendo y sólo se levantaba para comer.

Las cosas habrían podido continuar así eternamente, y Esmond habría seguido conversando sólo con el impotente Sackbut y merodeando por las esquinas de Croydon, sin acercarse jamás a Northumberland y mucho menos a ninguna Grope, de no ser porque la pubertad tuvo un peculiar impacto sobre el chico.

De pronto, a los catorce años, Esmond cambió, y en contraste directo con la timidez de sus primeros años, se aficionó a expresar sus sentimientos con una vehemencia ensordecedora. De hecho, literalmente ensordecedora. El día antes de que Esmond cumpliera catorce años, el señor Wiley, que volvía a casa después de una jornada estresante en el banco, se sorprendió al encontrar la casa invadida por el estruendo de una batería.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó con un tono mucho más enérgico de lo habitual.

—Es el cumpleaños de Esmond, y el tío Albert le ha regalado una batería —explicó la señora Wiley—. Le comenté que creía que Esmond tenía una vena artística, y Albert opina que Esmond podría tener talento musical.

—¿Eso opina? —gritó el señor Wiley, en parte para expresar su incredulidad, y también para hacerse oír por encima del estruendo.

—El tío Albert cree que Esmond tiene talento musical y que sólo necesita que lo animen un poco. Le ha regalado una batería. ¿Verdad que es encantador?

El señor Wiley se reservó sus opiniones sobre el tío Albert. Fueran cuales fuesen los motivos que Albert, el hermano de Vera, pudiera haber tenido para proporcionarle una enorme batería a un adolescente trastornado —y, a juzgar por el ruido infernal que hacía aquella cosa, profundamente trastornado—, «encantador» no era el adjetivo

que Horace le habría aplicado a Albert. ¿Loco? Sí. ¿Malvado? Sí. ¿Diabólico? Sí. Pero ¿«encantador»? No, desde luego.

Vera tenía devoción por su hermano, y además Albert Ponson era un hombre corpulento y rubicundo que dirigía un negocio claramente sospechoso, presuntamente relacionado con los coches de segunda mano que, en una sorprendente exhibición de honradez, él anunciaba como «seminuevos». El hecho de que el negocio estuviera en Essex y de que, como actividad complementaria, el tío Albert fuera copropietario de una granja de cerdos con un matadero self-service al lado, no predispuso a Horace Wiley a poner muchas objeciones al espeluznante regalo de cumpleaños que su cuñado le había hecho a su hijo. El señor Wiley había estado en Ponson Place, un enorme chalet bastante apartado de la carretera, en medio de cuatro hectáreas de tierras de labranza, y el asqueroso de su cuñado se había empeñado en enseñarle aquel espantoso matadero. Como resultado, Horace se había desmayado ante tanta sangre y tantos animales eviscerados. Cuando se recuperó de esa terrible visita, creyó comprender por qué tantos competidores de Albert Ponson en el negocio de los coches de segunda mano habían decidido retirarse precipitadamente o, en el caso de uno o dos vendedores más obstinados, desaparecer del todo y, presuntamente, marcharse a Australia o Sudamérica. Que a Albert le hubiera parecido recomendable convertir su gran chalet en una fortaleza en miniatura, con cristales de espejo blindados en las ventanas y puertas forradas de acero, no hacía otra cosa que aumentar el miedo que Horace le tenía. No, ni se le pasó por la cabeza mencionarle esa condenada batería. El tipo era un gángster, de eso estaba seguro.

En un intento de huir del estruendo de la batería, Horace consideró oportuno marcharse al banco mucho más pronto por la mañana y volver a casa mucho más tarde por la noche. Vera empezó a pensar que Horace intentaba evitarla, y que era la llamada del pub, más que la llamada del deber, lo que le hacía regresar tan tarde; y la verdad es que sus sospechas no eran infundadas. Así las cosas, fueron los vecinos los que se quejaron del cruel estruendo que salía —a veces hasta las dos de la madrugada — del dormitorio de Esmond. La señora Wiley hizo todo lo posible para contraatacar, pero la llegada del agente del Servicio de Control de Ruidos en medio de uno de los más frenéticos asaltos de Esmond con la batería, y la amenaza de una denuncia si no ponía remedio a aquella situación, acabaron por convencerla.

—De todas formas, quiero que reciba clases de música, clases privadas —le dijo a su marido, y se llevó la sorpresa de que el señor Wiley ya había estado indagando y había encontrado un excelente profesor de piano que ofrecía la ventaja de vivir en un chalet aislado a quince kilómetros de distancia.

Esmond fue a casa del profesor de piano cinco veces, hasta que el profesor le pidió que no volviera.

—Pero ¿por qué? Tiene que haber una razón, señor Howgood —dijo la señora Wiley, pero el profesor de música se limitó a murmurar algo sobre los nervios de su esposa y las dificultades de Esmond con las escalas.

La señora Wiley repitió su pregunta.

—¿Razón? ¿Quiere que le dé una razón? —dijo el pianista, que evidentemente tenía grandes dificultades para asociar la horrorosa idea de la música de Esmond con algo remotamente racional—. Aparte de que no quiero que me destrocen el piano… Bueno, ésa es la razón.

—¿Destrozarle el piano? Pero ¿qué demonios quiere decir con eso?

El señor Howgood contempló el espacio vacío de la repisa de la chimenea, donde había reposado el jarrón Bernard Leach favorito de su esposa hasta que las vibraciones producidas por el violento golpeteo de Esmond del teclado lo habían hecho caer.

—El piano no es exactamente un instrumento de percusión —dijo finalmente, con voz tensa—. También es un instrumento de cuerda. Y no es una batería, señora Wiley. Le aseguro que no es una batería. Por desgracia, a su hijo le resulta imposible hacer esa distinción. Si tiene algún talento musical…, digamos que debería seguir con la batería.

Frustrada en lo referente a la educación musical de su hijo, la señora Wiley siguió insistiendo en su opinión de que el nuevo Esmond tenía grandes dotes artísticas. Sin embargo, después de que el chico hiciera sus pinitos en las artes plásticas con un rotulador permanente en el cuarto de baño del piso de abajo, hasta ella abrigaba ciertas reservas sobre la posibilidad de que tuviera futuro como pintor. Las reservas del señor Wiley eran absolutas.

—No pienso permitir que profane la casa sólo porque tú crees que es la reencarnación de Picasso, y lo que me va a costar… ¡Cuando pienso en lo que me va a costar pintar ese cuarto de baño…! ¡Varios cientos de libras, gracias a ese maldito rotulador permanente!

—Estoy segura de que Esmond no sabía que la tinta impregnaría tanto el revoque.

Pero al señor Wiley no se lo podía distraer tan fácilmente.

—Siete capas de pintura y todavía se veía. ¿Y dónde ha visto él un conejito como ése? Eso es lo que a mí me gustaría saber.

La señora Wiley prefería no verlo así.

—No sabemos si era lo que…, lo que tú crees que era —dijo, llevándolo hacia una trampa—. Eso es sólo tu retorcida imaginación. A mí no me pareció que representara ninguna parte de la anatomía femenina. Lo vi como algo puramente abstracto, como líneas y siluetas y formas y…

—¿Líneas y siluetas y formas de qué? —preguntó su marido—. Mira, te diré lo que a la señora Lumsden le pareció que era. Dijo que…

—No quiero saberlo. No pienso escucharte —lo interrumpió la señora Wiley, y entonces vislumbró una oportunidad—. ¿Y cómo sabes tú lo que ella vio? ¿Insinúas que la señora Lumsden te dijo que a ella le parecía que era…?

—Me lo dijo el señor Lumsden —replicó el señor Wiley, ya que su esposa se había detenido ante lo innombrable—. Entró en el banco para preguntar si podía

aumentar su descubierto y aprovechó la ocasión para mencionar de pasada que a su maldita esposa le había fascinado ver el dibujo de un chichi en la pared de nuestro cuarto de baño cuando vino a tomar café contigo el otro día.

—Ah, no. Eso es imposible. Para entonces lo habían pintado.

—Sí, ya lo sé. Dos veces. Y ese jodido rotulador seguía traspasando la pintura. La señora Lumsden le dijo a su esposo que lo veía crecer mientras estaba allí sentada.

—No me lo creo. ¿Cómo quieres que creciera? Los dibujos no crecen. Se lo inventó todo.

Horace Wiley argumentó que no se trataba de eso. Se trataba de que la señora Lumsden había visto cómo el…, bueno, cómo esa maldita cosa crecía y atravesaba la pintura mientras ella estaba allí sentada, y el sinvergüenza de Lumsden tenía la jeta de intentar que le aumentaran el descubierto amenazando con divulgar que los Wiley, o más exactamente Horace Wiley, dibujaba vulvas —sí, al cuerno con los conejitos y los chichis, vayamos al grano— en la pared de su cuarto de baño, y dadas las circunstancias…

—No irás a permitírselo, ¿verdad? ¡No puedes permitir que…! —chilló la señora Wiley.

Horace Wiley miró a su esposa como si lo hiciera por primera y, seguramente, por última vez.

—Lo negué todo, por supuesto —dijo despacio, e hizo una pausa—. Le dije que podía venir cuando quisiera y verlo con sus propios ojos si no me creía. Por eso mañana van a venir los yeseros a arreglar el resto de los daños.

—¿Más daños? ¿Qué daños?

—Los daños causados por un litro de Domestos, un martillo y un soplete por el que pagué veinticinco libras. Y si no me crees, puedes ir a comprobarlo.

La señora Wiley hizo lo que le sugería su esposo, y por el silencio que se produjo a continuación, Horace comprendió que por primera vez en la vida del matrimonio había conseguido algo aparentemente imposible. Su esposa no tenía nada que decir, y el asunto de la educación artística de Esmond quedó archivado definitivamente.

La señora Wiley tenía otras cosas en que pensar, y la principal era lo viril que había encontrado a su esposo en ese arrebato de reafirmación personal. Tras contemplar el estropeado lavabo, no pudo evitar preguntarse si lograría convencer a Horace de que se pusiera aquellos pantalones de terciopelo que le había regalado cuando se casaron y que hasta entonces no se había puesto casi nunca. Mirándolo bien podría resultar una ventaja que el nuevo y ruidoso Esmond hubiera dejado de deambular.

4

Desgraciadamente para Vera, el arrebato de reafirmación personal de Horace fue sólo eso: un arrebato. Enseguida volvió a mostrarse tan timorato como siempre. Y si en parte había sido la ambición de su madre lo que había provocado que Esmond reaccionara con una violencia aparentemente tan salvaje contra cualquier cosa remotamente artística o incluso sensible, la influencia que sobre él ejerció su padre en los años siguientes no fue menos funesta.

Sin duda la profesión del señor Wiley contribuía a su anticuada insistencia en que dos más dos debían dar invariablemente cuatro, en que los libros tenían que cuadrar, en que el dinero no crecía en los árboles sino que había que ganarlo, ahorrarlo y hacer que acumulara intereses, y en que la segunda ley de la termodinámica se aplicaba a los asuntos humanos manos tanto como al reino de la física. O, como se lo explicó a Esmond una bochornosa tarde cuando, contra la voluntad de ambos, enviaron a padre e hijo a dar un paseo por Croham Hurst: «El calor siempre pasa de algo que está caliente a algo que está frío, y nunca al revés. ¿Entendido?».

—¿Quieres decir que algo que está frío, como un cubito de hielo, no puede calentar una estufa de gas? —preguntó Esmond sorprendiendo a su padre con su sagacidad. Ni el mismo Horace lo había pensado de esa forma tan obvia.

—Exacto. Muy bien. Pues mira, con el dinero pasa lo mismo. La ley de la termodinámica funciona en la banca. El dinero siempre pasa de los que lo tienen a los que no lo tienen.

Esmond se paró bajo los abedules, en la cima de Breakneck Hill.

—No lo entiendo —dijo—. Si los ricos siempre están dando dinero a los pobres, ¿por qué los pobres siguen siendo pobres?

—Porque se gastan el dinero, evidentemente —contestó Horace con irritación.

—Pero si los ricos regalan su dinero, no pueden conservarlo, y si no lo conservan, no pueden seguir siendo ricos —objetó Esmond.

El señor Wiley miró con nostalgia a un golfista que se veía a lo lejos y dio un suspiro. Él no jugaba al golf, pero le habría gustado aficionarse a ese deporte. El deseo que sentía de golpear algo era casi irresistible, y una pelotita blanca habría podido ser un buen sustituto de su hijo. Reprimiendo ese impulso, hizo cuanto pudo para sonreír y, al mismo tiempo, contestar a Esmond. Aunque no tenía ni idea de qué decir. Lo salvó una educación vagamente religiosa.

—Siempre habrá pobres con nosotros —citó.

—Pero ¿por qué siempre habrá pobres con nosotros?

El señor Wiley trató de pensar una buena razón para repetir una afirmación que hasta entonces nunca se había planteado seriamente porque nunca se había presentado la necesidad. Los pobres no requerían sus servicios de director de banco, y, si lo

hacían, no podían pagarlos, y la única persona de la que podía decirse que no vivía holgadamente en el barrio donde vivían los Wiley era la anciana señora Rugg, la señora de la limpieza, que iba dos veces por semana a pasar el aspirador y a realizar las tareas domésticas más pesadas y que les sacaba cinco libras la hora por ese privilegio. El señor Wiley no creía que ella tuviera motivos para llamarse pobre. De todas formas, había iniciado esa discusión y tenía que continuarla.

—La razón por la que siempre habrá pobres con nosotros —dijo, súbitamente inspirado— es que no ahorran. Se gastan todo lo que ganan en cuanto se lo dan y, como es lógico, los ricos, que son mucho más listos y por eso se hicieron ricos, recuperan el dinero. Es un proceso cíclico que demuestra mi argumento. Y ahora me voy a casa a tomar el té.

Gracias a esos inconcluyentes argumentos sobre la segunda ley de la termodinámica, y a otros por el estilo, el joven Esmond adquirió cierta certeza. En realidad, más que cierta certeza adquirió la convicción de que, aunque nunca podría comprender por qué las cosas eran como eran, las cosas tenían una fijeza de propósito, y la sociedad tenía un carácter inalterable que hacía que su comprensión resultara absolutamente innecesaria.

De hecho, ésa era una conclusión bastante consoladora, sobre todo para un adolescente sometido no sólo a los perturbadores efectos de su propio y muy débil despertar sexual, sino también a las burlas de los otros chicos —y, peor aún, de las chicas— por su nombre, sus orejas, su ridículo físico y su tendencia, todavía no abandonada completamente, a deambular, sobre todo cuando estaba estresado. La violencia que ese desprecio hacía surgir en Esmond había quedado temporalmente mitigada por sus feroces arremetidas con la batería y por aquellas devastadoras clases de piano, pero le habían quitado esa válvula de escape.

Dado que los garabatos groseros que Esmond había pintado en el cuarto de baño no tuvieron ningún efecto duradero sobre las manifestaciones públicas que hacía su madre, sin ningún reparo, sobre los sentimientos, lamentablemente empalagosos, hacia su hijo, el chico estaba, en cierta medida, más contento ante la perspectiva de un mundo en el que entender por qué las cosas eran como eran resultaba en buena parte innecesario, por no decir imposible.

Así pues, ante la disyuntiva de elegir entre el insoportable amor que su madre sentía por él y los sentimientos que eso le provocaba, y las opiniones limitadas, pero más comprensibles, de su padre sobre prácticamente todo, Esmond Wiley pensó que lo mejor que podía hacer era tomar como modelo a su padre. Y como «pensar» era un verbo inoperante en la familia, su intento estaba condenado al fracaso.

5

En las últimas semanas, Horace Wiley había desarrollado cierto afecto por su hijo: un chico capaz de proporcionarle la fórmula para hacer callar a una esposa tan locuaz (aunque para eso el chico hubiera tenido que cubrir un cuarto de baño de dibujos obscenos y su padre hubiera tenido que gastarse un dineral en pintura) no podía ser del todo malo.

Hasta le perdonaba el insoportable estruendo de la batería. Al fin y al cabo, eso era lo que le hacía salir tan temprano por la mañana, evitando la hora punta, y le proporcionaba una excusa perfectamente legítima para volver a casa tarde por la noche, con la moral reforzada por un par de whiskies en el Gibbet & Goose, su pub. Y pensándolo bien, el encuentro de la señora Wiley con el agente del Servicio de Control de Ruidos y la amenaza de una denuncia tampoco había estado mal. Había minado el sentido de autoridad de Vera, igual que el escándalo del conejito creciente del cuarto de baño y el relato de la señora Lumsden de su experiencia con él.

Es decir, que Horace Wiley estaba empezando a valorar la capacidad destructiva de Esmond, que tanto difería de su actitud timorata y cautelosa. La repugnancia que sentía al principio cuando encontraba al chico, que a todos los efectos podía ser su doble, merodeando por la casa fue sustituida por un nuevo cariño hacia él, acompañado de una profunda admiración por su carácter.

Y resultó que cuando esas tempranas señales de rebelión se hubieron disipado y el reformado Esmond volvió a tomar como modelo a su padre, el recién adquirido cariño del señor Wiley se evaporó por completo.

Ser como era ya suponía suficiente desgracia, y ver su cara en el espejo del cuarto de baño mientras se afeitaba siempre había sido para Horace una experiencia desalentadora. Pero levantar la vista del plato de gachas a la hora del desayuno y encontrarse ante una versión más joven de sí mismo, ver una réplica atroz sentada enfrente de él duplicando sus acciones y hasta comiéndose las gachas de la misma forma y con la misma reticencia —Vera estaba empeñada en que las gachas eran el alimento más sano para el corazón—, no mejoraba nada su estado de ánimo.

Ni su salud, por cierto. Paradójicamente, el cuerpo de Horace Wiley, que nunca había sido nada del otro mundo, reaccionó a esa imagen especular de su juventud, rebosante de incipiente virilidad —o de una virilidad tan incipiente como cabía esperar de un incipiente director de banco de Croydon—, sumiéndose en una vejez prematura, como si quisiera huir del tormento de su no deseado reconocimiento.

A los cuarenta y cinco años, Horace Wiley aparentaba sesenta, y un año más tarde, su aspecto encajaba hasta tal punto con el de un hombre de sesenta y cinco que un director de la central de Lowland Bank que fue a Croydon de visita le preguntó qué pensaba hacer el año siguiente cuando se jubilara. Esa noche, el señor Wiley

volvió del Gibbet & Goose con seis whiskies dobles en el cuerpo en lugar de los dos habituales.

—Claro que estoy borracho —le dijo a su esposa con cierta dificultad cuando ella lo acusó—. Y tú también estarías borracha si pudieras verte como yo te veo.

La señora Wiley se puso furiosa, y con razón.

—No te atrevas a hablarme así —le gritó—. Te casaste conmigo para lo bueno y para lo malo, y yo no tengo la culpa de no ser tan guapa como lo era de joven.

—Tienes razón —repuso Horace, que encontraba curiosa esa afirmación. Él nunca había encontrado guapa a Vera, de modo que no entendía por qué ella sacaba el tema ahora. Antes de que pudiera resolver el dilema y encontrar una silla de la cocina donde dejarse caer, Vera continuó:

—Deberías verte —le espetó.

Horace la miró con los ojos entornados y trató de enfocarla. Parecía que hubiera dos Veras.

—Me veo. Continuamente —masculló, y fue hacia la silla—. Es insoportable. Es horrible. No puedo dejar de verme. Estoy siempre… Él está siempre ahí. Siempre.

Ahora le correspondía a Vera mirarlo con los ojos entrecerrados. No estaba acostumbrada a tratar con borrachos y, además, hasta ese día nunca había visto a Horace más que ligeramente bebido. Que volviera a casa en ese estado tan lamentable y se pusiera a insultarla, y que luego se sentara en una silla de la cocina y empezara a hablar de sí mismo en tercera persona sugería algo más que una simple embriaguez. Algo más orgánico, quizá incluso demencia, pasó brevemente por su pensamiento antes de que le llegara un tufillo a whisky, o mejor dicho una verdadera ráfaga, cuando Horace, con gran dificultad y pálido como la cera, se puso en pie.

—¡Mira, mira! —gritó Horace, mirando con los ojos como platos más allá de ella, hacia la puerta de la cocina—. ¡Y ahora somos dos! ¿Qué hacemos con mi pijama?

La señora Wiley giró la cabeza con aprensión. A esas alturas ya estaba pensando en el delírium trémens. Quizá Horace fuera un alcohólico camuflado y por fin el alcohol hubiera hecho mella en él, provocándole la locura. Pero no: era Esmond, que deambulaba por allí. Antes de que Vera pudiera hacérselo ver a Horace, éste volvió a empezar:

—¡Fuera, mancha condenada! ¡Te digo que te vayas! —bramó; era evidente que la sobredosis de whisky se había combinado con vívidos recuerdos de una excursión escolar al Old Vic—. Uno, dos, ¿por qué? Es hora de hacerlo. ¡Tenebroso es el infierno!

Horace agarró un cuchillo de trinchar y fue tambaleándose hacia su hijo, se lanzó sobre él y cayó de morros.

—¿Qué le pasa a papá? —preguntó Esmond mientras Vera se arrodillaba junto a Horace y le quitaba el cuchillo.

—No se encuentra bien —respondió—. Por lo visto cree que hay alguien que es él. O algo así. Deja de deambular, Esmond, y ayúdame a levantar a tu padre. Voy a

pedir una ambulancia.

Juntos arrastraron a Horace por la escalera y lo acostaron en su cama, y cuando hubieron terminado, Vera decidió no llamar al médico. En lugar de eso telefoneó a su hermano Albert, quien dijo que iría a la mañana siguiente.

—Es que necesito que vengas ahora —insistió Vera—. Horace ha intentado apuñalar a Esmond. Se ha vuelto loco.

Albert se reservó sus opiniones sobre la salud mental de su cuñado y colgó el auricular. Él también había bebido más de la cuenta y no pensaba arriesgarse a que le retiraran el carnet de conducir por el simple motivo de que Horace Wiley hubiera intentado hacer lo que cualquier padre en su sano juicio habría hecho muchos años atrás.

6

Y así, mientras Horace huía del tormento de su vida familiar durmiendo la borrachera, su esposa pasó la noche en vela tratando de aceptar que su esposo estaba loco y que perdería el empleo en el banco y acabaría sus días en un manicomio, de lo que se enterarían todos los vecinos. Esa combinación de horrendas consecuencias la llevaron a una conclusión aún más melodramática: que cabía la posibilidad de que Horace consiguiera asesinar a su adorado hijo en cuanto ella se diera la vuelta. Vera Wiley decidió no volver a dejarlos solos jamás, y tenía una imaginación romántica tan potente que obtuvo cierto consuelo de la perspectiva de defender a su querido Esmond aunque eso significara morir apuñalada por el demente de su marido. Horace moriría con ella, por supuesto —de eso se encargaría ella—, y Esmond pasaría el resto de su vida adecuadamente perseguido por un sentimiento de culpa no correspondido (Vera no estaba muy segura de qué significaba eso de «no correspondido»; sólo sabía que tenía algo que ver con el amor y que era inevitable) y por el espantoso secreto de la tragedia que nunca llegaría a revelarle a nadie. Vera acompañó esos dramáticos pensamientos con una serie de sollozos, y finalmente, hacia el amanecer, se sumió en un sueño irregular acompañado por los ronquidos de su marido.

En su dormitorio, Esmond escuchaba esos sonidos e intentaba comprender qué había pasado, y por qué su padre lo había llamado «mancha condenada» y le había ordenado que se largara de la casa. Era muy raro y, para un joven impresionable, profundamente inquietante. Además, las intenciones de su padre con relación al empleo del cuchillo de trinchar eran demasiado obvias para ignorarlas.

Atrapado entre una madre atrozmente sentimental y un padre con instintos manifiestamente asesinos —o, como mínimo, que no se comportaba de forma racional—, no es de extrañar que Esmond sintiera la necesidad de huir a una atmósfera más saludable y menos confusa en la que su madre no lo aceptara tan ciegamente y su padre no lo rechazara tan cruelmente. Había otros mundos por conquistar, y cuanto antes encontrara uno que le conviniera, mucho mejor. Para cuando por fin se quedó dormido, Esmond, en su primer acto de rebeldía desde el infortunado experimento con la batería, había decidido escaparse de casa. Ya no tendría que soportar aquel trato, y aunque acabara viviendo en la calle, pobre, hambriento y solo, esa situación no sería peor que la actual.

Pero su tío Albert, que llegó a la mañana siguiente en su Aston Martin después de que Esmond se marchara al colegio, lo salvó de esa desesperada medida.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con su atronadora voz nada más entrar en la casa. Vera lo llevó corriendo a la cocina y cerró la puerta.

—Es Horace. Ayer llegó borracho a casa y empezó a gritarle a Esmond, y entonces agarró un cuchillo e intentó matarlo. También decía unas cosas horribles de mí, y que tenía un doble, y…

—¿Un doble? —la interrumpió Albert.

—No lo sé. No se le entendía. Decía que se veía a sí mismo y que no podía soportarlo más.

Albert se lo imaginó y le pareció entender a su cuñado.

—No me extraña. Es feo con ganas. Eso le pasa por ser director de banco. Nunca he conocido a uno que no esté amargado. No entiendo cómo te casaste con ese tipo.

—Porque estaba locamente enamorado de mí. No podía vivir sin mí —repuso Vera, que ya hacía tiempo que había trasladado esa ficción a la realidad—. Nos comprometimos… Horace me propuso matrimonio en Beachy Head y…

—Sí, eso ya lo sé —dijo Albert antes de que su hermana volviera a contarle toda la historia—. Lo que quiero saber es qué esperas que haga yo ahora que se le ha ido completamente la olla. ¿Qué dice el médico?

Vera, desconsolada, se sentó a la mesa de la cocina y sacudió la cabeza.

—No se lo he preguntado. Es decir, si llamo al médico, quizá diga que Horace está…, bueno, que no está bien de la cabeza. Entonces podría perder el empleo en el banco, y ¿qué sería de nosotros?

—¿Dónde está Horace?

—Arriba, en la cama. He llamado al banco y he dicho que tenía fiebre y que se quedaría un par de días en casa. ¡Ay, Albert, no sé qué hacer! —Hizo una pausa y miró el cajón donde estaba el cuchillo de trinchar—. Quizá yo no esté en casa la próxima vez que le dé por atacar a Esmond.

—¿Lo había atacado alguna vez?

Vera negó con la cabeza.

—¿Y qué dijo Esmond?

—Preguntó qué le pasaba a su padre.

—¿Y antes no había dicho nada para enojar a Horace?

—No había dicho ni una sola palabra. Bajó en pijama y preguntó por qué gritaba Horace y por qué decía que tenía un doble. El pobre chico no tuvo ocasión de decir nada, porque Horace agarró el cuchillo y se abalanzó sobre él. Fue espantoso.

—No me cabe duda —dijo Albert, que no podía imaginarse a su cuñado actuando de un modo tan impetuoso, como tampoco podía imaginarse a Horace proponiéndole matrimonio apasionadamente a Vera en lo alto de Beachy Head. Madre mía, debía de estar borracho como una cuba para atacar a Esmond delante de Vera. Hasta Albert se lo habría pensado dos veces antes de hacer algo que pudiera contrariar a su hermana.

—Sigo sin saber qué puedo hacer yo para ayudar —continuó—. Mira, el único consejo que puedo darte es que lo alejes de la botella.

—No pensarás que le dejo beber en casa, ¿verdad? —dijo Vera, indignada—. Porque no le dejo. Bueno, se bebe una copa de vino por Navidad, pero eso es

diferente.

Una vez más, Albert tuvo que replantearse el concepto que tenía de su cuñado.

—¿Insinúas que va a los pubs a beber? ¿Horace en un pub? No puedo creerlo. Los directores de banco ni se acercan a los pubs. Va contra su religión.

—Bueno, pues en algún sitio se emborracha, de eso no cabe duda. Llega a casa apestando a fábrica de cerveza. Y siempre llega tarde. Se levanta al amanecer y vuelve a casa tan tarde que tengo que calentarle la cena en el horno. Por favor, Albert, sube y habla con él. Quiero saber qué está pasando.

Albert cedió. Quizá en el gremio de los vendedores de coches de segunda mano de Essex se lo considerara un personaje temible, pero nunca había podido plantarle cara a su hermana. Subió al piso de arriba y encontró a Horace con muy mala cara.

—¡Hola, Horace! —gritó—. ¿Qué es eso que me han contado de que te emborrachaste y atacaste a Esmond con un cuchillo?

El señor Wiley se encogió en la cama. No soportaba a su cuñado ni en sus mejores momentos, y ese momento era de los peores. Tenía un dolor de cabeza brutal, y todavía recordaba los horrores de la noche pasada. Sólo faltaba que lo interrogara un hombre al que él consideraba un criminal y que seguramente era una especie de capo mafioso.

—No sé de qué me hablas —murmuró débilmente—. No me encuentro bien.

—Ya se nota, Horace, ya se nota —repuso Albert, y descorrió las cortinas de un tirón.

El señor Wiley se escondió bajo las sábanas y se puso a gemir, pero su cuñado se mostró implacable. Albert iba a resarcirse de tantos años soportando la superioridad moral de Horace. Se sentó en la cama y retiró las sábanas, descubriendo la cara del enfermo. Bajo aquella intensa luz, el señor Wiley tenía peor aspecto y se encontraba aún peor. Hasta Albert Ponson quedó impresionado.

—Joder —dijo—. Lo que tú tienes no es una simple resaca, tío. Se ve a la legua.

—Ya lo sé.

—¿Sabes qué tienes? —preguntó Albert, casi con compasión. Como si hablara en el lecho de muerte de su cuñado.

—Sí —contestó Horace—. Lo sé muy bien.

—No será sífilis, ¿verdad? —preguntó Albert. Tenía tendencia a imaginar panoramas sórdidos.

—¿Sífilis? —dijo Horace, que no tenía esa tendencia.

—Sí, ya sabes. Mal francés. Purgaciones. Gonorrea.

—Claro que no —dijo Horace, ofendido; por un instante, el sobresalto alivió su malestar—. ¿Por quién me has tomado?

—Vale, vale. No seas tan estirado. Sólo preguntaba. Eso puede pasarle a cualquiera.

—Pues a mí no —dijo Horace, y dejó caer la cabeza en la almohada, ligeramente aplacado.

El siguiente comentario de Albert Ponson no le hizo ningún bien.

—Lo único que digo es que parece que necesites los servicios de una buena empresa funeraria. He visto a tipos que tenían mejor cara cuando los desenchufaron del equipo de respiración asistida.

Horace le lanzó una mirada asesina.

—Muchas gracias —dijo—. Tus palabras me reconfortan. Y ahora, si no te importa, te agradecería que bajaras y que me dejaras descansar un poco.

Pero a Albert no se lo convencía tan fácilmente.

—No puedo —replicó—. Es que Vera quiere saber qué está pasando. Te levantas muy temprano y vuelves a casa tarde y apestando a alcohol. ¿No será que tienes un cacho por ahí?

—¿Un cacho? ¿Qué quieres decir?

—Una chati. Una titi. Ya sabes, una fulana.

—Pues mira, ya puedes bajar y decirle que no —dijo Horace—. No es nada de eso.

Albert lo miró con recelo.

—Está bien. Te creo, aunque la mayoría no te creería. No será cáncer, ¿verdad?

—No, no es cáncer. No es nada físico. Es algo mucho peor.

Horace no dijo nada más. Albert Ponson no era la clase de persona a la que se habría confiado. Si se trataba de entender los problemas que le causaba tener un hijo como Esmond que merodeaba por la casa y que era clavadito a él y se comportaba exactamente igual que él, Albert no podía serle de mucha ayuda. Un hombre que le regalaba una batería a su sobrino, que no tenía ningún oído musical, no podía tener ni gota de sensibilidad.

Por otra parte, Horace no se sentía capaz de explicarle sus sentimientos a Vera. Su combinación de devoción a Esmond y espantosa sensiblería, que Horace había acabado por identificar como otra forma de sadismo, o al menos de violencia, hacía imposible una confesión. Cualquier cosa era mejor que la terrible escena que se produciría si Horace insinuaba siquiera que no soportaba ver a su hijo. A Albert, en cambio, lo intimidaba lo suficiente su hermana para que lo entendiera. De pronto Horace tomó una decisión.

—Es Esmond. Eso es lo que me pasa. Me está perjudicando gravemente la psique.

Albert Ponson intentó descifrar esa afirmación. Entendía un poco de psicología, porque vendía coches de segunda mano, pero la palabra «psique» era nueva para él.

—¿Te refieres a la batería? Ya, Vera me lo contó, pero…

—No, no me refiero a la batería —lo interrumpió Horace—. Ni a las clases de piano. Es él. —Dio un suspiro de abatimiento—. Tú no lo entiendes porque no tienes hijos.

—No, Belinda y yo no hemos tenido esa suerte —dijo Albert con frialdad. Era evidente que ése era un tema delicado.

—¿Suerte? ¿Que no habéis tenido esa suerte? No sabes de la que te has librado.

—Yo no lo expresaría así. Llevamos años intentándolo. Belinda debe de tener algún problema, porque está clarísimo que no soy yo. En fin, ¿qué pasa con Esmond? A mí me parece un chaval muy majo.

Horace se olvidó por un momento de la resaca. Nunca se le había ocurrido que alguien pudiera considerar a Esmond un chaval muy majo, y ese «chaval» era claramente sospechoso.

—Mientes —dijo—. Te aseguro yo que no tiene nada de majo. Es idéntico a mí cuando tenía su edad, y eso es algo que yo no le desearía ni a mi peor enemigo. No lo soporto, y no quiero volver a ver su patética cara.

Albert Ponson se quedó mirando a Horace y trató de asimilar esa sorprendente afirmación. Su cuñado nunca le había resultado agradable, y no entendía cómo Vera podía haberse casado con él, pero compartía la simple sentimentalidad de su hermana y su fe en los más rudimentarios valores familiares. En su mundo, se suponía que los padres querían a sus hijos, o que al menos estaban orgullosos de ellos. Pasaba lo mismo que con los perros y los gatos. Los querías porque eran tuyos. Ir por ahí diciendo que detestabas a tu propio hijo no sólo no era bonito, era antinatural.

—No está bien que digas eso, Horace —dijo por fin—. No está nada bien. Esmond es tu hijo. Es lógico que se parezca a ti. Si no se pareciera a ti, estarías mosqueado. Mira, si yo tuviera un hijo y se pareciera a otro, no estaría muy contento, porque como paso tanto tiempo fuera de casa… ¿Me entiendes?

Horace creía entenderlo, pero se reservó sus opiniones. Acababa de ocurrírsele una idea excelente. Esa idea requería la cooperación de su cuñado, aunque tendría que ser una cooperación involuntaria. Tenía que ser muy cuidadoso. Horace Wiley recurrió a su experiencia como director de banco. Desde hacía un montón de años, se dedicaba a engatusar a los clientes que menos necesitaban que les autorizaran un descubierto para que lo aceptaran, mientras les negaba créditos a pequeños negocios que los necesitaban desesperadamente.

—Sí, admito que no está bien que sienta lo que siento. Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. Se pasa el día por ahí, imitándome. Es como… como tener un *doppelgänger*.

—¿Un *doppelgänger*? —dijo Albert, que tenía la misma dificultad con esa palabra que con la palabra «psique» (y quizá fuera comprensible, dado que su pensamiento raramente abandonaba el mundo de la compraventa de coches. Y, desde luego, nunca había oído hablar de un coche que se llamara Doppelgänger).

—Un doble, alguien que siempre va contigo y que hace lo mismo que tú y de quien no puedes librarte —explicó Horace. Hizo una pausa, y había un destello siniestro en sus ojos—. Excepto matándolo.

—Joder —dijo Albert, muy alarmado. Era evidente que Horace estaba como una cabra—. ¿Me estás diciendo que quieres matar a tu hijo?

—No es que quiera matarlo. Es que tengo que matarlo. No te imaginas lo que es no poder librarte de alguien que es igual que tú pero que es otra persona. Si se

marchara un tiempo y me dejara en paz, me sentiría mucho más seguro. Porque no es nada agradable sentir esta terrible necesidad de matar a tu propio hijo. Además, tengo que pensar en Vera. Si sirviera de algo, dejaría el banco y me marcharía de aquí, pero tengo que mantener a Vera y ganarme la vida, y Vera ha sido una esposa tan maravillosa que no querría hacer nada que la disgustara.

Albert Ponson reflexionó sobre esa afirmación y le resultó difícil conciliarla con la espantosa necesidad de Horace de matar a Esmond. «Disgustar» era quedarse corto. La reacción de Vera sería mucho más devastadora. De hecho, el número 143 de Selhurst Road figuraría en los anales de la historia del crimen británico junto a Rillington Place y otras casas donde había habido múltiples horrores. Y a Automóviles Seminuevos Ponson tampoco le haría ningún bien.

Al ver que Albert se ablandaba, Horace volvió a la carga.

—Ya he pensado cómo hacerlo. Tendría que deshacerme de él sin dejar rastro, por supuesto —dijo—. No podría dejar trozos en el jardín, por ejemplo, ni bajo el suelo del sótano. Así que tendría que disolver su cadáver en ácido. He medido el depósito de agua que hay detrás del garaje y cabría allí fácilmente, extremidades y todo; y tengo un cliente en el banco que trabaja en la industria de los productos químicos y los ácidos y que me conseguiría ciento cincuenta litros de ácido nítrico a buen precio.

Albert se quedó sentado a los pies de la cama, con la cabeza entre las manos, escuchando sólo a medias los desvaríos de su cuñado, y cualquier esperanza de largarse rápidamente de allí y volver a la relativa tranquilidad del chalet Ponson se desvaneció.

7

Cuando Albert Ponson bajó al piso de abajo, estaba hecho polvo. Sus sentimientos hacia su cuñado habían pasado del desprecio a la aversión y el miedo. El muy desgraciado había descrito sus planes para deshacerse del cadáver de Esmond con tanto lujo de detalles y con tanto deleite que resultaban completamente convincentes. Horace Wiley quizá fuera director de banco, pero también estaba a punto de convertirse en maníaco homicida. Además, había intercalado en la descripción de la técnica del baño de ácido numerosos comentarios sobre lo mucho que quería a su esposa y lo mucho que le preocupaban sus sentimientos, y eso le hacía parecer aún más loco.

Albert Ponson compartía las preocupaciones de su cuñado. La perspectiva de entrar en la cocina y contarle a Vera que el desgraciado de su esposo había medido el depósito de agua de detrás del garaje con vistas a meter en él a su hijo y añadir ciento cincuenta litros de ácido nítrico concentrado le helaba la sangre.

—El depósito es grande, pero con Esmond dentro no creo que necesite más de setenta y cinco litros —había explicado Horace—. Siempre puedo rellenarlo más tarde, cuando el cadáver ya se haya disuelto casi del todo. Y como el depósito tiene tapa, a nadie se le ocurriría buscarlo allí. Sería el último sitio donde mirarían, ¿no crees?

Albert Ponson apenas podía pensar. Lo único que alcanzaba a mascullar era «No puedo creer lo que estoy oyendo», una y otra vez. Pero ahora, plantado, vacilante, ante la puerta de la cocina, se concentró cuanto pudo y tomó una decisión. A Vera no iba a gustarle, pero tendría que aguantarse. Era preferible eso a perder a Esmond en un depósito lleno de ácido.

—He tenido una larga charla con Horace —explicó a su hermana—. Y lo que necesita, si quiere evitar una crisis nerviosa, es descanso absoluto. Y es evidente que tener a Esmond en casa todo el tiempo no le ayuda.

—Pero si Esmond no está en casa todo el tiempo. Está en el colegio. Y Horace está en el banco. O en el pub. Se marcha al amanecer y vuelve a casa borracho y…

—Sí, ya lo sé —la interrumpió Albert—. Pero eso pasa porque Esmond… Ése es uno de los síntomas de Horace. Lo que tiene es…, bueno, estrés.

—¿Estrés? ¿Qué clase de estrés? ¿Y yo? ¿Crees que a mí no me estresa vivir con un marido alcohólico que llega a casa e intenta matar a mi único hijo con un cuchillo de trinchar y…?

—Ya lo sé. Ya sé que estás estresada —volvió a interrumpirla Albert, que no quería ponerse a hablar de las tendencias asesinas de Horace. Los cuchillos de trinchar no eran nada comparados con los depósitos de agua llenos de ácido nítrico—.

El caso es que Horace necesita… —Hizo una pausa y buscó una palabra adecuada—. Necesita espacio. Está pasando la crisis de los cuarenta.

—¿La crisis de los cuarenta? —dijo Vera sin convicción.

—Sí. Es… una especie de menopausia masculina. ¿Qué pasa?

Vera había soltado una desagradable risotada.

—¡Qué menopausia masculina ni qué niño muerto! —dijo con amargura—. Eso lo tiene desde que me casé con él. No le ha hecho falta llegar a los cuarenta para tener la menopausia masculina. Si supieras lo que he tenido que soportar estos dieciséis años… Si tú supieras…

Pero Albert no quería saberlo. No era una persona remilgada, ni siquiera remotamente sensible, pero había ciertas cosas de las que se negaba a oír hablar, y la vida sexual de su hermana era una de ellas.

—Mira —dijo—, me pediste que viniera a hablar con Horace y que tratara de solucionar las cosas, y eso es lo que intento hacer. Y lo que digo es que Horace está al borde de una crisis nerviosa. Si quieres que pierda su empleo y que vaya al paro y tenerlo todo el día en casa enfrente del televisor… —Se detuvo, porque de pronto se le había ocurrido una idea—. Bueno, eso si todavía tenéis televisor, porque con las deudas que ha acumulado…

La idea de que Horace tuviera deudas electrizó a Vera, tal como Albert había previsto. Quizá fuera sentimental, pero era una Ponson, y le importaba mucho el dinero.

—Dios mío —dijo. Aquello era peor de lo que había imaginado—. No me digas que además se ha endeudado. Se ha aficionado al juego, ¿no es eso? Primero la bebida, luego la violencia, y ahora esto. ¡Ay, Albert! ¿Qué podemos hacer?

Albert sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Sabía que si mencionaba el dinero y las deudas Vera se pondría furiosa. Pero, tal como esperaba, consiguió que su hermana le prestara mucha más atención.

—Lo primero que hay que hacer es conseguir que vuelva al trabajo —dijo—. Sus deudas no son el problema más grave, aunque no me explico cómo se le ocurrió invertir todo vuestro dinero en acciones y valores. Pero eso no importa; dicen que la Bolsa está subiendo, y cuando Horace vuelva al trabajo, podrá arreglarlo todo. Lo que de verdad necesita es tiempo y espacio lejos de Esmond. Si no, no sé qué podría pasar.

—Pero las vacaciones escolares empiezan a finales de esta semana. ¿Cómo voy a impedir que mi querido Esmond ponga nervioso a Horace? Es un chico encantador y siempre quiere ayudar y…

—Ya he pensado en eso —dijo Albert antes de que su hermana se pusiera ñoña—. Esmond podría venir a ayudarme en el garaje, y así Horace tendría un poco de paz y tranquilidad para recuperarse.

En el piso de arriba, Horace Wiley, que escuchaba el murmullo de voces proveniente de la cocina, se sintió mejor. El truco del depósito de agua había

funcionado. Hasta Albert había palidecido al oírlo.

8

En el enorme chalet de los Ponson, un derroche de papel pintado con relieve de terciopelo, sofás dorados de fibra acrílica y alfombras y moquetas de color rosa en las que te hundías hasta el tobillo, donde todos los dormitorios tenían cuarto de baño y jacuzzi, la noticia de que Esmond Wiley iba a infestar la casa en breve no fue muy bien recibida.

Belinda Ponson, la esposa de Albert, no era una mujer corpulenta, gritona y efusiva como su cuñada, y desde luego no tenía nada de sentimental. Los epítetos que mejor la describían eran tranquila y maniática —aunque no siempre había sido así—, y era especialmente maniática con el mobiliario de su casa. Pensar en lo que un adolescente con los zapatos llenos de barro y con las manos grasientas podía hacerle a su papel pintado con relieve de terciopelo y a sus sofás de fibra acrílica, por no mencionar la moqueta rosa, la turbaba profundamente.

—No voy a permitir que estropee la decoración —le advirtió a Albert, que tenía que quitarse los zapatos en el porche y ponerse unas zapatillas especiales antes de entrar en el chalet—. Ya sé cómo son los chicos de su edad. Tu hermana tiene a su hijo muy malcriado, y seguro que además es un guarro. Todos los chicos lo son. ¿Cómo se te ha ocurrido invitarlo sin consultarme?

—Es que Horace se ha vuelto majara —dijo Albert, lacónico.

—A mí me tiene sin cuidado que se haya vuelto majara. Si nunca te ha hecho ningún favor, ¿por qué tienes que hacérselo tú a él? Eso es lo que me gustaría saber.

—Porque, como ya he dicho, se ha vuelto majara, y si el chico no sale de su casa, Horace se quedará majara o algo peor. No quiero tener a Vera a mi cuidado el resto de su vida. ¿Te gustaría que viniera a vivir aquí y que se metiera en todo?

No hacía falta que Belinda respondiera.

—Mira, lo único que puedo decir es que no quiero que Esmond traiga aquí a sus novias, ni que se pase el día repantigado en los sofás con unos vaqueros sucios y desordenándome la casa.

Albert se sirvió un whisky de una licorera de cristal tallado con una etiqueta chapada en oro que rezaba Chivas Regal.

—Esmond no lleva vaqueros. Lleva traje azul y corbata, igual que su padre —dijo —. Eso es lo que ha hecho explotar a Horace. Dice que es como si hubiera otro Horace en la casa.

—¿Otro Horace? Pero ¿qué dices? Jamás había oído semejante idiotez.

—Sí, como si tuviera un dopple-nosequé… Una especie de doble. Eso: es como si tuviera doble personalidad. Y después de ver a Horace como está, es decir, con la cara que tiene, la verdad es que debe de ser horrible tener a dos en la casa.

—Pues si es así, yo no quiero ni a uno en mi casa —dijo Belinda—. Que se los quede tu hermana a los tres.

—¿A los tres? ¿Qué demonios dices? —preguntó Albert. Pero Belinda ya se había ido a la cocina Poggenpohl a desahogarse con el lavaplatos.

Los accesorios de la vida moderna ejercieron sobre ella el habitual efecto tranquilizador y emoliente. Casi lograron distraerla del todo. La licuadora, el microondas, el horno con grill y espetón giratorio, la cafetera exprés y el fregadero de acero inoxidable con grifo aparte para el filtro de agua por ósmosis inversa… Todo servía para asegurarle que tenía algún propósito y algún sentido en la vida pese a que la vida con Albert a menudo le hacía pensar todo lo contrario.

Albert podía tener su piscina cubierta y su bar con paredes forradas de piel y taburetes con forma de silla de montar con estribos y sus matrículas y sus banderas del Lejano Oeste y hasta su adhesivo de la Rosa Amarilla de Texas; podía tener sus barbacoas y sus parrillas de carbón alimentadas a gas para impresionar a sus amigos y para demostrar su virilidad; de hecho, podía tener cuanto quisiera, excepto la cocina y los pensamientos secretos de Vera. Y su deseo insatisfecho. Aunque, pensándolo bien, ella le habría entregado su deseo insatisfecho si él hubiera podido satisfacerlo. No, la cocina era sagrada, aunque sólo enmascarara otras necesidades.

Belinda Ponson reflexionó sobre la llegada de Esmond Wiley. Si de verdad era como su padre y llevaba traje y corbata, quizá fuera precisamente el antídoto para Albert que ella tanto había esperado. Albert era demasiado obvio y demasiado burdo. Y no había conseguido darle lo que ella quería por encima de todas las cosas: una hija. Algo con lo que había soñado desde que era niña, cuando vivía rodeada de abuelas, tías y primas.

Belinda se animó. Quizá el chico pudiera convertirse en otra cosa. En un muñeco. Ella sabía a ciencia cierta que Albert no siempre le había sido fiel en tantos años de matrimonio, y quizá ése fuera el momento de liberarse de aquel desgraciado.

Si Esmond era como su padre, probablemente fuera apocado y manejable y fácilmente influenciable. De hecho, cuanto más lo pensaba Belinda, más agradable le resultaba la idea de tener a Esmond en casa.

9

Vera Wiley pensaba casi exactamente lo contrario.

Vera todavía no se había recuperado de la conmoción que le había producido enterarse de que Horace se había endeudado invirtiendo en la Bolsa. No quería ni pensar en las consecuencias que eso tendría si su esposo no se recuperaba de su crisis nerviosa, se reincorporaba a su puesto de trabajo y vendía las acciones que todavía le quedaran, que subirían cuando el mercado volviera a remontar.

Por otra parte, le horrorizaba la perspectiva de separarse aunque sólo fuera temporalmente de Esmond, su hijo del amor. Sobre todo para que Esmond fuera a casa de la foca de su cuñada Belinda. Albert, pese a ser excesivamente campechano, no estaba mal, aunque su negocio era un poco cutre; en cambio, Belinda no era nada simpática.

—Lo he dicho una y mil veces —le dijo a Horace, y no exageraba—: esa Belinda es una plasta. No me explico qué ha visto Albert en ella.

Horace sí se lo explicaba, pero no compartió sus ideas con su esposa. El que Albert hubiera escogido como esposa a una abogada mercantil y asesora fiscal era una buena jugada para un hombre con su profesión en Essex, aunque aparentemente Belinda hubiera dejado de trabajar después de casarse. En el fondo, Horace, con su tortuoso corazón, envidiaba a su cuñado. Además, Belinda era una mujer atractiva que había sabido mantener la figura, lo cual no podía decirse de Vera. Y lo que más le gustaba de su cuñada era que se mostraba muy reservada, al menos cuando estaba con gente. Siempre se quedaba en segundo plano y hacía algo útil en la cocina, en lugar de acaparar la atención como hacían Vera y Albert.

No es que los Ponson hubiesen invitado a los Wiley a muchas fiestas, y las pocas a las que habían asistido, Horace las había encontrado demasiado bulliciosas para su gusto o para su reputación de respetable director de banco. Y eso que, a decir de todos, habían sido sosas comparadas con algunas de las que Albert se jactaba. Hasta Vera se había escandalizado con los relatos de su hermano de parejas mezcladas en los jacuzzis, aunque Horace sospechaba que lo que sentía su esposa era envidia. Y eso hacía que resultara aún más sorprendente que estuviera dispuesta a dejar que Esmond fuera a pasar el verano a Ponson Place.

Horace estaba en la cama, con una resaca de miedo y controlando el impulso de taparse los oídos mientras Vera hablaba sin parar. Se preguntaba qué demonios le habría contado Albert para haberla convencido. Era evidente que no había mencionado el depósito de agua de detrás del garaje, porque Vera se habría puesto hecha un basilisco. Y en cambio lo único que hacía era insistir sobre lo plasta que era Belinda, y repetir que no estaba segura de que a Esmond le gustara la idea de marcharse a Essex. ¿Y qué iba a saber una mujer que no podía tener hijos sobre cómo

había que alimentar a un chico en la edad del crecimiento como Esmond? Esmond era tan quisquilloso con la comida y, además, era muy delicado y…

Horace la escuchaba y trataba de aparentar que se encontraba peor de lo que se encontraba. Por él, Belinda Ponson podía matar de hambre a su espeluznante hijo o convertir su vida en un infierno siempre que no enviara de vuelta a casa a aquel animal.

—Sólo necesito descansar un poco —gimoteó como si diera respuesta a sus propios pensamientos; y lo tranquilizó oír suspirar a Vera y, aún más sorprendente, ceder sin añadir que si volvía a casa borracho como una cuba tendría que atenerse a las consecuencias. Vera bajó y esperó a que Esmond regresara del colegio para comunicarle que el tío Albert y la tía Belinda lo habían invitado a pasar las vacaciones de verano en su casa.

Sin embargo, las dudas de Vera no se disiparon. Había algo que no encajaba, y ese algo no tenía nada que ver con las borracheras de Horace ni con que llegara tarde a casa afirmando que Esmond era él. Tampoco era la inconcebible idea de que Horace invirtiera en la Bolsa. Había algo más que la tenía inquieta.

Sentada a la mesa de la cocina, con Sackbut mirando por la ventana desde su sitio preferido, junto al cactus, poco a poco empezó a entender qué podía ser ese algo. Y si tenía razón, el comportamiento de Horace, por muy raro y absurdo que hubiera parecido, podía estar calculado y tener mucho sentido. ¿Y si Horace tenía otra mujer o, como lo llamaban en las novelas rosas que ella leía, una amante? Eso lo explicaría todo: que se marchara de casa tan temprano, que volviera cada vez más tarde, que bebiera y que se hubiera endeudado. Hasta explicaría su horrible conducta con Esmond: lo odiaba porque Esmond le recordaba constantemente cuál era su deber como padre y como esposo. Y también explicaría, por supuesto, por qué no servía para nada en la cama y por qué siempre era ella la que tenía que hacerlo todo cuando tenían relaciones sexuales.

Cuando la golpeó esa terrible convicción y supo que era una mujer engañada, o, mejor dicho, una mujer traicionada, y que Horace no era más que un mujeriego, la inundaron oleadas de emoción contradictorias. Primero sintió el impulso de subir inmediatamente al dormitorio y enfrentar a Horace con su delito, pero a continuación pensó en el efecto que eso tendría sobre su adorado Esmond. El pobre chico quedaría traumatizado.

No era una palabra que empleara mucho una mujer que tenía una vida emocional basada casi exclusivamente en petimetres de la Regencia inglesa de principios del siglo XIX que abrazaban a doncellas contra sus viriles pechos, que se desafiaban a muerte después de bailar hasta el amanecer y que montaban raudos caballos negros, etc., pero la había oído en la televisión y en ese momento le vino a la mente.

No podía permitir que Esmond quedara traumatizado. Ella tenía que cumplir su obligación de madre, y si eso significaba sacrificar sus propios sentimientos, al menos de momento los sacrificaría. Lo cual no significaba que no fuera a expresar su

rabia en cuanto Esmond se hubiera marchado a Ponson Place. Entonces sí que tendría algo que decirle a Horace…

La detuvo otro pensamiento: la astucia y la habilidad con que Horace se las había ingeniado para echar a Esmond de casa eran muy sospechosas. Horace le había revelado a Albert algo que lo había conmocionado, porque parecía profundamente afectado cuando bajó a la cocina. Vera nunca había visto a su hermano tan pálido, y Albert no era un hombre al que se pudiera impresionar fácilmente.

¡Claro! Horace se lo había confesado todo a su cuñado. Albert había obligado a Horace a contárselo todo sobre la otra mujer que lo obsesionaba. O eso, o Horace había alardeado ante Albert de su amante, que lo dejaba agotado por las noches, por lo que siempre llegaba a casa tarde y sin nada que ofrecer a Vera, su fiel esposa.

Por un momento la rabia de Vera estuvo a punto de enviarla corriendo al dormitorio para sonsacarle la verdad a su esposo, pero se lo impidió el miedo a traumatizar a Esmond, combinado con la sensación de que podía serle mucho más útil fingir que no sabía nada. Así que salió al jardín y se puso a pasear con aire trágico entre las aubrecias rosas, los geranios rojos y las lobelias colgantes de un azul muy intenso. Allí, entre los arriates de flores y el impecable césped, pudo llorar sin que nadie la viera, como exigía su papel.

De hecho, su interpretación no pasó desapercibida. Horace la vio desde el dormitorio y se quedó muy desconcertado. Estaba acostumbrado al dramatismo de su esposa y a sus repentinos cambios de humor, y en esas circunstancias esperaba una reacción más melodramática y enérgica que ese pasear pensativo y melancólico. Una mujer desgañitándose por su diabólico amante —o, en ese caso, una madre desgañitándose por su diabólico hijo— parecía más apropiado que ese contenido y acongojado pasear. Lo invadió un nuevo desasosiego. Estaba deseando enterarse de qué le había dicho el zoquete de Albert a Vera. Debía de ser algo espeluznante para que Vera su sumiera en semejante melancolía. Horace se dio la vuelta y trató de conciliar el sueño.

10

Cuando Esmond llegó a casa del colegio, su madre ya se había cansado de interpretar aquel papel. No era lo bastante activo para prolongarlo mucho y, además, estaba decidida a parecer contenta y animada para que su querido hijo no se traumatizara.

—Papá ya se encuentra mucho mejor —anunció mientras preparaba té y tostadas con miel—. Últimamente trabaja mucho, y necesita descansar, así que nosotros hemos de procurar no hacer ruido y no molestarlo.

—Yo no hago ruido —dijo Esmond—. No hago ruido desde que dejé la batería y las clases de piano, y de eso ya hace mucho tiempo.

—Sí, cariño, te has portado muy bien. Lo que pasa es que papá tiene los nervios un poco… Bueno, digamos que está psicológicamente agotado.

—Lo que quieres decir es que últimamente bebe, ¿verdad? —dijo Esmond demostrando tener un mejor conocimiento del problema de su padre de lo que a la señora Wiley le habría gustado. Ella habría preferido que su Esmond conservara su inocencia—. Lo sé todo, mamá —continuó el chico—. Todas las noches, cuando se apea del tren, va al Gibbet & Goose a beber whisky.

Vera se quedó perpleja, pero no por el hecho en sí, sino por la naturalidad con que lo decía Esmond.

—No, no. Bueno, quizá lo haga de vez en cuando, pero… En fin, ¿tú cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo Rosie Bitchall. Su padre es el barman del pub.

—¿Rosie Bitchall? ¿Esa chica horrenda que vino a la fiesta de tu diecisiete cumpleaños y que se llevó a Richard detrás del sofá? No me digas que todavía la ves.

Vera estaba muy nerviosa.

—Rosie va a mi clase, y el año que viene iremos a la misma universidad.

Vera dejó la tetera en la mesa. La sencilla afirmación de Esmond la había decidido. No pensaba permitir que su único hijo se enamorara de una fulana que llevaba un aro en la nariz. Como afirmaba la señora Blewett, Rosie Bitchall era el vivo retrato de su madre, Mabel. Y Vera sabía muy bien qué significaba eso.

—Mira, Rosie Bitchall debe de haberse equivocado. En fin, eso no importa. Tu tío Albert ha venido esta mañana a ver a papá —continuó—, y la tía Belinda y él te han invitado a pasar una temporada en su casa, hasta que papá se encuentre mejor. ¿Verdad que son amables?

—Sí, pero…

La señora Wiley no estaba para peros.

—No quiero discutir sobre este asunto —dijo—. No quiero tenerte en casa armando jaleo mientras tu padre está arriba, en cama. Además, puedes aprender mucho de tu tío Albert.

—Yo no quiero ser vendedor de coches de segunda mano —dijo Esmond con obstinación—. Quiero trabajar en un banco, como papá, y ganar dinero.

Eso fue demasiado para la señora Wiley, y eliminó los últimos vestigios de su romanticismo. Prefería que Esmond se convirtiera en un granuja —un granuja apuesto y elegante, por supuesto— que en director de banco como Horace.

—Si crees… Si crees que tu padre gana dinero trabajando en el banco… Mira, que sepas que Albert gana cuatro veces más que tu padre. El tío Albert es un hombre rico. ¿Dónde se ha visto un director de banco rico? —Hizo una pausa y encontró otro argumento—. Además, tu tío puede darte referencias, y el otro día decían que lo que necesitan los jóvenes de hoy en día es experiencia. Tener experiencia laboral te beneficia más que ninguna otra cosa.

Pero eso no ayudó a convencer a Esmond. Por si fuera poco estar atrapado entre la adulación pública de su madre y el rechazo de su padre —un rechazo que le había llevado a intentar apuñalarlo con un cuchillo de trinchar durante un arrebato etílico—, ahora tendría que someterse a su tío Albert, de quien se avergonzaba tanto como de su madre. Y que, como su padre había comentado en numerosas ocasiones, era tan deshonesto como cualquier vendedor de coches de segunda mano capaz de colarle a una aseguradora dos siniestros totales del mismo Cavalier. Y para colmo vivía en Essex.

De todas formas, a juzgar por su reacción al mencionar Esmond a Rosie Bitchall, era evidente que su madre creía que estaba enamorado de la chica, y eso hizo que Esmond se muriera de asco y de vergüenza. La desgraciada de Rosie no le interesaba lo más mínimo. De hecho, Esmond se diferenciaba de sus compañeros en que el sexo, más que atraerlo, le repugnaba.

Eso fue un aviso para Esmond. Lo único bueno que había resultado de todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas era que tenía cosas importantes en que pensar, principalmente la evidente necesidad de no parecerse ni remotamente a sus padres. Llevaba años haciendo todo lo posible para satisfacer sus encontradas expectativas y había fracasado estrepitosamente; ahora estaba decidido a ser él mismo. No tenía ni idea de quién era él: como mucho, tenía un concepto vago y escurridizo. De niño había estado sometido a una horda de impulsos pasajeros que iban y venían a su antojo y sobre los que él no tenía ningún control. De pronto decidía ser poeta —la afición de su madre a *The Splendour Falls on Castle Walls*, de Tennyson, y el hecho de que de pequeño lo hubiera hinchado de tebeos del oso Rupert le habían proporcionado a Esmond el don del análisis métrico y la maldición de la rima automática—, y al momento siguiente el impulso de ser conductor de bulldozer y abrirse paso destrozando setos y cualquier otra cosa que encontrara en su camino había desbancado a la poesía. Una vez había visto por televisión cómo una brigada de derribo derrumbaba la enorme chimenea de una fábrica retirando unos ladrillos de la base y sustituyéndolos por madera a la que luego prendieron fuego, y la idea de ser experto en demoliciones lo sedujo durante un tiempo. Lo atraía de forma

parecida a como lo atraía la batería, porque expresaba la violencia de sus emociones y su abrumador deseo de reafirmarse de alguna manera. Por desgracia, nada más llegar a ese concepto de identidad también éste fue desbancado por la sensación de que había venido al mundo a hacer algo más importante y constructivo que derrumbar chimeneas y demoler cosas.

Y de pronto ya no le atraía la idea de ser director de banco. No si eso implicaba levantarse a las seis de la mañana y volver a casa borracho más tarde de las nueve, y si con eso ni siquiera iba a ganar tanto dinero como el tío Albert. El futuro tenía que reservarle algo mejor.

Por primera vez en la vida, Esmond había empezado a pensar por sí mismo.

11

A finales de esa semana, tras varias noches de insomnio, Vera llevó a Esmond al lujoso chalet de su hermano cerca de Colchester, y en el trayecto le estuvo subrayando la importancia de portarse bien y de no contarle a la tía Belinda que su padre se había emborrachado y había intentado agredirlo con el cuchillo de trinchar.

—Eso es algo que debe quedar entre nosotros —dijo—. Como ya sabes, últimamente tu padre ha estado muy estresado. Y tampoco le digas a nadie que ha tenido una crisis nerviosa. Cuanto menos se hable del asunto, antes se solucionará.

Esmond le prometió que no diría nada, pero no le reveló sus verdaderos pensamientos.

Esos pensamientos giraban en torno a la perspectiva de vivir bajo el mismo techo que su tía Belinda. Esa mañana había oído a su padre decir que, aunque no le gustaban la vulgaridad del tío Albert ni su turbio negocio de coches de segunda mano, al menos él era, en parte, humano, lo cual no podía afirmarse de la puta arpía de su esposa. Había sido la primera vez que Esmond oía esa palabrota en Horace, y como no sabía qué era una «arpía» y había tenido que buscar el significado en el diccionario, no le hacía mucha ilusión ir a pasar una temporada a su casa.

El señor Wiley también la había llamado mala pécora, virago y mamancona. Una vez más, Esmond había recurrido al diccionario y había obtenido una impresión todavía más aterradora de la tía Belinda, empeorada por el reconocimiento de su madre de que lo que había dicho su padre era completamente cierto. Sin embargo, por su propia experiencia, basada en lo poco que había visto a su tía en las infrecuentes visitas que los Ponson les habían hecho a los Wiley, la tía Belinda le había parecido guapa, aunque un poco estirada y reservada.

En general, el viaje en coche no había contribuido a tranquilizar a Esmond respecto a su futuro, suponiendo que tuviera un futuro, lo cual empezaba a parecer improbable. La señora Wiley conducía de pena, pero ese día conducía aún más de pena a causa de la inminente pérdida de su hijo, aunque fuera por poco tiempo, y, en segundo lugar, por la convicción de que Horace era un lunático homicida y mujeriego al que tendrían que ingresar en un hospital psiquiátrico. Esa mañana Vera había bajado a la cocina y había encontrado a su marido afilando cuchillos de trinchar —«poniendo a punto» quizá sería una expresión más acertada— hasta que las hojas cortaban como las anticuadas y peligrosas navajas de afeitar. Y después del desayuno —un desayuno tenso y silencioso— lo había sorprendido en el cuarto de baño, con la cara cubierta de espuma, a punto de afeitarse con el cuchillo que hasta entonces había estado reservado para los asados de los domingos y para las ocasiones especiales. Vera se había cortado al arrebatarle el cuchillo, y le había horrorizado la expresión de

júbilo de su esposo y la risa de loco que se oyó en el dormitorio cuando lo obligó a volver a acostarse y cerró la puerta con llave.

Vera había tomado la precaución de mantener la puerta de su dormitorio cerrada con llave todo el tiempo posible, y de dormir en la habitación de invitados, pero la alarmaba mucho oír a Horace dando vueltas sin parar, toda la noche, y riendo como un loco. Pasaba tan malas noches que a menudo se quedaba dormida en la mesa de la cocina después de darle el desayuno a Esmond y apremiarlo para que saliera de la casa dándole dinero para el almuerzo y recordándole que no debía volver a casa hasta las siete de la tarde. Por si fuera poco, como andaba muerta de sueño todo el día ya no podía leer sus novelas rosas tranquilamente ni todos los días. Apenas podía arriesgarse a salir de la casa para ir a comprar. El jueves, cuando volvía a casa tras una breve escapada a la tienda de la esquina, descubrió que el limpiaventanas había ido a hacer los interiores y los exteriores. Horrorizada, vio a Horace, todavía en pijama, donde debería haber estado la escalera de mano del limpiaventanas. Horace había recogido la escalera y estaba examinando minuciosamente el depósito de agua de la parte trasera de la casa, sin prestar atención a las exigencias del limpiaventanas de que volviera a poner la escalera en su sitio para que pudiera bajar y seguir haciendo su trabajo.

—Por el amor de Dios, dígale que ponga la escalera en su sitio —le gritó el limpiaventanas a Vera—. Llevo tres cuartos de hora atrapado en su dormitorio y tengo otras quince casas que hacer hoy. Ese condenado…

La señora Wiley agarró a Horace, lo arrastró hasta la casa y lo hizo subir al dormitorio. Abrió la puerta, lo metió dentro de un empujón y dejó salir al limpiaventanas. Después se preparó lo que, en otras circunstancias, habría llamado «una tacita de té bien caliente» e intentó reflexionar. Al menos Esmond iba a ir a casa de los Ponson, y evidentemente ella tendría que… No, no podía permitir que un psiquiatra examinara a Horace. Si lo enviaban a un manicomio, o si se sabía que había sufrido una crisis nerviosa, perdería su empleo en el banco. Manicomio no era el término políticamente correcto que Vera habría empleado en sociedad, pero en el caso de Horace parecía perfectamente adecuado: estaba tarado.

Y con esos turbulentos pensamientos persiguiéndose en lo que quedaba de su mente, no era de extrañar que su forma de conducir resultara aún más peligrosa y errática de lo habitual, ni que dejara a Esmond en un estado de pánico y de agotamiento nervioso.

Para cuando llegaron al chalet de los Ponson, el chico se había quedado prácticamente mudo. Los recibió el tío Albert, con un efusivo alarde de falsa cordialidad. Belinda, en segundo plano, se mostró mucho menos entusiasmada; al final les ofreció té con un tono de voz que delataba que era lo último que le apetecía ofrecerles.

—Pasad y consideraos en vuestra casa —dijo Albert, pero Vera estaba demasiado disgustada para aceptar.

—Tengo que volver a casa con el pobre Horace. Está fatal —añadió, y estrechando a Esmond contra su abundante pecho rompió a llorar. Luego se separó de mala gana de su hijo, logrando que éste se muriera de vergüenza, lo besó en los labios; se dio la vuelta y, un momento más tarde, estaba conduciendo de vuelta a Croydon y su demente esposo.

12

Horace había pasado un día maravilloso sin Vera. A ella le angustiaba tanto la perspectiva de entregar su hijo a la borde de Belinda que no se había acordado de retirar la llave de la puerta del dormitorio, pero Horace había logrado empujarla y hacerla caer sobre una hoja de periódico y arrastrarla hasta el interior de la habitación. Cinco minutos más tarde había encontrado su maquinilla de afeitar, que Vera había escondido en el cuarto de baño. Se afeitó, se puso su mejor traje, preparó a toda prisa una maleta, cerró la puerta del dormitorio con llave, se guardó la llave en el bolsillo y salió de casa con una sonrisa en los labios.

Era algo más que una sonrisa; era una expresión de triunfo. Por primera vez desde que se casaran, Horace Wiley se sentía un hombre libre, un hombre nuevo, un hombre sin ninguno de los estorbos emocionales que su condenada esposa le había endilgado.

Había pasado una semana en cama fingiendo que estaba loco —dando vueltas por la habitación toda la noche y riendo como un maníaco cada vez que le parecía que Vera podía estar escuchando—, y eso le había proporcionado tiempo para pensar. Había decidido, por fin, que estaba harto. Había acabado con Vera, con sus horribles parientes y con la bestia merodeadora de su hijo. No pensaba volver al banco. Ya no necesitaba el sueldo, porque ya no tenía responsabilidades. Desde hacía años ponía dinero en un plan de pensiones, y tenía un dinero que había ganado en la Bolsa en una cuenta numerada en Suiza, y no le había contado ninguna de esas dos cosas a su patética esposa. A partir de ese momento Vera tendría que valerse por sí misma y ocuparse de su maldito hijo.

Horace bajó por Selhurst Road y pasó por delante del Swan & Sugar Loaf, un pub al que no iba nunca y donde no lo reconocerían; entró y pidió un whisky para celebrar su nuevo estatus.

Horace se tomó el whisky en un rincón vacío del local y planeó su siguiente movimiento. Iba a ser un movimiento radical. Parecía obvio que lo mejor era marcharse al extranjero: Vera jamás imaginaría que Horace fuera capaz de eso. A ella le daba demasiado miedo volar, y hasta ese momento a él tampoco le hacía mucha gracia. Pero ahora era un hombre libre, un hombre nuevo; ya no le importaba cómo viajaba, sólo llegar lo más lejos posible.

Debido a ese miedo a volar, los Wiley nunca habían viajado al extranjero, y Horace se dio cuenta de que lo primero que tenía que hacer era sacarse el pasaporte. No sabía muy bien, ahora que lo pensaba, qué había que hacer para sacárselo, pero tenía la impresión de que su tramitación implicaba cumplimentar montones de cuestionarios y hacer que un médico o un director de banco te firmara unas fotografías. Recordaba que él había tenido que firmar, a título oficial, una fotografía

de Jenkins —en la que éste tenía pinta de delincuente— cuando el cajero quiso ir a Amsterdam con un grupo de amigos. Horace ni siquiera iba a poder dar el primer paso y hacerse fotografías, porque era sábado y la oficina de correos donde había un fotomatón estaba cerrada por la tarde.

Al principio Horace se quedó un poco alicaído ante ese primer obstáculo, pero se animó cuando se le ocurrió otra idea. Se terminó el whisky, fue al banco, abrió la puerta y desactivó la alarma antes de entrar. Una vez dentro, volvió a cerrar la puerta con llave y abrió la caja fuerte donde se guardaban los documentos personales de los clientes. Tardó más de una hora en rebuscar entre los numerosos testamentos y últimas voluntades, bonos del Estado y ajadas cartas de amor depositados en las cajas de seguridad, pero al final encontró un pasaporte con la fotografía de un tipo que tenía cierto parecido con él. Quizá no fuera ideal que el pasaporte correspondiera a un tal señor Ludwig Jansens, nacido en Jelgava unos setenta años atrás, pero la factura que los sucesos de los últimos días le habían pasado a Horace contribuía a que, al menos con poca luz, esa fotografía pudiera dar el pego.

Una vez que hubo terminado, Horace volvió a cerrar la puerta con llave y activó la alarma; siguió andando por la calle y cogió un autobús para ir a la estación de East Road. Dos horas más tarde, se encontraba felizmente instalado en un lujoso hotel de Londres, donde se había registrado con su nuevo nombre falso. Había decidido no escatimar nada y, además, aquél era el último sitio donde a Vera se le ocurriría buscarlo.

Esa noche Horace cenó estupendamente y pilló una cogorza de miedo, para celebrar su libertad.

A la mañana siguiente desayunó en la habitación del hotel y trató de pensar cómo podía salir de Gran Bretaña sin dejar pistas de cuál era su destino final. Tenía que ir a Europa. Ya tenía un pasaporte, pero si intentaba ir a algún sitio como América, quizá quedara registrado, y después podrían averiguar su paradero. Una vez que llegara a la Unión Europea estaría a salvo, porque en los pasos fronterizos de Italia, Francia o Alemania no quedaban registrados los pasaportes.

Sin embargo, Horace todavía no sabía dónde iba a esconderse de esa horrorosa mujer con la que había cometido el error de casarse. Y del hijo que, evidentemente, había concebido, y cuya imagen especular lo había abocado a la bebida y casi a la locura. Cuando bajó a pagar la cuenta del hotel lo inspiró un artículo que vio en un periódico que había en una mesita. En ese artículo se mencionaba que Letonia pertenecía a la Unión Europea. Claro. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar en Letonia al ver el pasaporte de Ludwig? Era perfecto. Desde allí podría pasar a Polonia, y luego a Alemania o a cualquier otro país, sin dejar rastro.

Horace pagó la cuenta en efectivo y se dirigió a una agencia de viajes, donde explicó que tenía fobia a los aviones y que por eso quería viajar a Letonia en barco.

—Los barcos que van a Letonia no son buques de pasajeros. Son más bien buques de vapor que transportan mercancías —le previno el empleado.

—¿Por qué se llaman vapores volanderos?

—Siempre he pensado que se llaman así porque son muy lentos. Y debo advertirle que los camarotes para pasajeros no son como para describirlos en las postales.

Horace estuvo a punto de comentar que lo último que pensaba hacer era mandar una postal a su casa, pero no lo hizo. Reservó un pasaje y lo pagó; luego salió a la calle con sus documentos. Lo complació especialmente que el empleado se hubiera limitado a echar un vistazo a su pasaporte y que hubiera anotado mal su nombre. De momento todo iba bien.

13

Los sentimientos de Vera eran exactamente opuestos a los de Horace. Afirmar que no estaba contenta sería quedarse corto. Jamás se había sentido tan desesperada y desgraciada, y, como es lógico, culpaba de ello a Horace. Si a él no se le hubiera ido la olla, no habría tenido que enviar a su hijo del amor a casa de Belinda. A Vera nunca le había caído bien su cuñada, y ya antes de la boda le había dicho a Albert que se había enamorado de una despiadada cazafortunas que lo trataría fatal. Pero su hermano había ignorado su advertencia, y mira cómo había acabado: vivía dominado, hasta el punto de que, como él mismo le había explicado, Belinda lo obligaba a quitarse los zapatos antes de entrar en la casa cuando volvía del trabajo para no ensuciarle la mullida moqueta.

Cuando llegó a casa —tuvo que conducir en medio de la hora punta, jaleada por los gritos de furiosos conductores que le gritaban «Circula, inútil»—, Vera estaba emocional y físicamente agotada. Se sentó en una silla de la cocina, apoyó la cabeza en la mesa y rompió a llorar. Al final se quedó dormida, y al despertar, dos horas más tarde, vio que se había puesto el sol y que la cocina estaba a oscuras.

Vera encendió la luz, se preguntó si debía subir a ver qué hacía Horace y decidió que no. Todo lo que estaba pasando era culpa de Horace. Si él no se hubiera alcoholizado, no habría pasado nada. Decidió que su esposo podía pasar sin cenar. Y por ella también podía pasar sin desayunar. Lo odiaba por haberla separado de su dulce hijito.

Vera no tenía hambre, pero aun así sabía que tenía que alimentarse. Abrió una lata de judías cocidas y se preparó unas tostadas; después de comérselas, subió a su habitación y se acostó.

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, reparó en que la lámpara de la mesilla de noche del dormitorio de Horace estaba apagada. Bueno, debía de estar dormido. Y si no, le importaba un cuerno. Todos sus pensamientos iban dirigidos a su adorado hijo.

14

Lo que no sabía Vera es que Esmond se lo estaba pasando en grande. Belinda había resultado mucho más simpática de lo que siempre le habían hecho creer.

Poco después de llegar el chico a la casa, Belinda se empeñó en que Esmond se quitara el traje azul y se pusiera ropa más cómoda; y al comprender, rápidamente, que la ropa de sport no formaba parte del vestuario de Esmond, le prestó unos pantalones de chándal de Albert. Le quedaban un poco raros con la camisa y la corbata, pero Esmond tuvo que admitir que eran muy cómodos.

A continuación, Belinda le enseñó cómo funcionaba el jacuzzi. Esmond nunca había visto un jacuzzi y le pareció muy emocionante, si bien lo turbó un poco el entusiasmo de la tía Belinda cuando ésta empezó a desnudarse y se metió dentro para demostrarle su funcionamiento, y rechazó educadamente su invitación a bañarse con ella.

De hecho, el chalet estaba lleno de cosas emocionantes y maravillosamente modernas. En el dormitorio de Esmond había un televisor y hasta una pequeña cafetera exprés. Y fuera, el chico vio una gran piscina arriñonada. En resumen, Ponson Place era la casa más lujosa que él había visto jamás, y estaba decorada con un estilo que no tenía nada que ver con el del número 143 de Selhurst Road.

Cuando Esmond volvió al salón con Belinda, que todavía no se había secado del todo, decidió que iba a pasárselo muy bien en casa de los Ponson. El tío Albert acababa de servirse un whisky.

—Tómate algo —le dijo a su sobrino—. ¿Qué veneno prefieres?

Esmond vaciló. Nunca había oído esa expresión.

—¿Veneno? —preguntó.

—¿Qué quieres tomar, hijo?

—Creo que una Coca-Cola.

—No tengo ninguna. Prueba un whisky de malta —dijo su tío, y sin esperar una respuesta le puso en la mano un vaso lleno hasta la mitad de un líquido marrón de una botella cuya etiqueta rezaba Glenmorangie. Esmond se fijó en la fecha que aparecía en ella. Era una etiqueta muy gastada y decía que el contenido de la botella tenía veinte años.

—¿Seguro que estará bueno? —preguntó con recelo—. ¿No estará caducado?

—¿Caducado? ¿No te ha enseñado nada tu padre sobre el whisky? —Albert soltó una risita—. Porque él se ha bebido unos cuantos.

—Demasiados. Por eso está enfermo.

Albert se reservó su opinión sobre la verdadera causa de la enfermedad de Horace Wiley. Vio a Belinda haciéndole ojitos a ese joven idiota, y empezó a entender a su cuñado, y por qué un hombre que siempre había sido un bebedor moderado se había

tirado a la bebida de la noche a la mañana. Y no sólo eso, sino que había planeado matar, descuartizar y disolver en ácido nítrico a su hijo, lo cual, por muy idiota que fuera el chico, parecía un poco cruel.

Esmond bebió un sorbo de whisky y comentó que realmente no le gustaba mucho su sabor, y Albert tuvo una revelación: el chico era exactamente igual que su padre, o al menos igual que su padre cuando era joven. Albert nunca había entendido por qué Vera se había casado con un tipo tan serio y aburrido. Antes de la boda, le había dicho a su hermana que estaba cometiendo una tontería, pero la verdad es que a ella tampoco la había entendido nunca. Cuando era adolescente, Vera se pasaba el día leyendo novelas rosas, y a Albert nunca le habían interesado los libros. Los únicos que le llamaban la atención eran los que contenían columnas de debe y haber.

Albert había dejado los estudios tan pronto como había podido, y, gracias a esa falta de piedad que tanto horrorizaba a Horace, había ganado rápidamente lo que él llamaba «una bonita suma». A cuánto ascendía exactamente esa «bonita suma» era un secreto celosamente guardado que a muchos les habría gustado desvelar. La cifra oficial era modesta, pero suficiente para satisfacer a los inspectores de Hacienda y para cerrarles el pico a los del servicio de aduanas, aunque éstos perdían el tiempo tratando de denunciarlo por evasión de impuestos. Ni siquiera su contable, al que había escogido por su fama de persona escrupulosamente honesta e íntegra, sabía cuáles eran los verdaderos ingresos de su cliente, ni cómo se las ingeniaba para llevar un tren de vida tan elevado con la modesta cantidad que declaraba.

Cuando lo interrogaban sobre su nivel de vida, Albert confesaba, avergonzado, que se había casado por dinero, y, curiosamente, había parte de verdad en esa afirmación. Aunque una inspección minuciosa habría revelado que Belinda no disponía de ingresos propios, y que el dinero que ella tenía en su cuenta bancaria privada había sido transferido, en realidad, de la de Albert.

Era todo muy extraño. Pero ahora eso no importaba. Lo que en ese momento tenía ocupada la sinuosa mente de Albert era encontrar alguna manera de utilizar a ese joven tontorrón, con su pinta y su atuendo de aprendiz de director de banco, para sacarle partido. Desde luego, no pensaba tenerlo todo el día en la casa, con Belinda en aquel estado. Últimamente se comportaba de forma muy extraña; Albert se preguntaba si podía deberse a la menopausia, aunque sabía que su esposa era demasiado joven para eso.

No: si, como todo parecía indicar, iban a tener que aguantar al chico una temporada, Albert le buscaría alguna ocupación en su negocio. Pero antes quería averiguar de qué pasta era ese sobrino suyo, y enseñarle cuatro cosas sobre los placeres del alcohol parecía una excelente forma de empezar.

15

En la cocina, Belinda se preguntaba por qué se habría marchado de su casa y se habría ido a vivir a aquel chalet en Essexford, donde el campo era tan llano y la vida tan insoportablemente aburrida, donde lo único que parecía importar era el dinero y donde todos los amigos de Albert eran unos sinvergüenzas.

Belinda ya había padecido otros brotes de nostalgia, pero los había superado repitiéndose una y otra vez que tenía todo cuanto un ama de casa moderna podía desear y que podría vivir tranquila el resto de su vida. Había interpretado su papel a la perfección, pero de un tiempo a esta parte había empezado a ver que era sólo eso: un papel en una obra sosa y en muchos aspectos hortera, por no decir sórdida, que no tenía nada que ver con la persona que ella era en realidad. Distinta era su horripilante cuñada, Vera Wiley, cuya personalidad —si es que la tenía— era una mera fantasía derivada de sus repugnantes lecturas, combinada con un sentimentalismo asqueroso y una lamentable estupidez.

Y por si fuera poco Belinda se daba cuenta de que no tenía autoridad en su matrimonio —un matrimonio del que se lamentaba realmente— y de que había sufrido una pérdida de poder que también lamentaba amargamente. Pero conservaba la espantosa decoración, que en realidad no le gustaba, obligaba a Albert a descalzarse para entrar en una casa que parecía un escaparate, y en general interpretaba el papel de autócrata. De hecho, la parafernalia del matrimonio —el moderno mobiliario y los electrodomésticos, apenas usados pero carísimos— era el único medio para conservar cierto grado de dignidad y, al mismo tiempo, para disimular sus verdaderos sentimientos hacia Albert. En el fondo, Belinda estaba deseando escaparse de allí y de los horribles amigos de su esposo, y volver a su verdadero hogar, la casa donde había crecido y donde la amaban y respetaban de verdad.

Belinda terminó de preparar la cena y fue al salón. El espectáculo que encontró allí confirmó los lúgubres pensamientos a los que había estado dando vueltas en la cocina: Esmond Wiley estaba tirado en el suelo. Su tío le había suministrado media docena de variedades diferentes de whisky y un par de coñacs por si acaso, y el chico había vomitado, primero en la pechera de su camisa y en su corbata, y luego en la moqueta. Albert, que también le había estado dando a la botella previendo la escena que iba a montarle su esposa cuando entrara en el salón, estaba repantigado en su butaca, riéndose como un loco del caos que había provocado.

—No sabe beber —dijo Albert arrastrando las palabras—. Quería enseñarle la dif… la diferencia en… entre un buen whisky de malta y esa porquería que tú bebes y… el coñac francés. Y no lo ha aguantado. ¡No lo ha aguantado!

Volvió a reír y estiró un brazo para coger la botella que había en el suelo, junto a la butaca. Pero Belinda llegó antes que él, y de todas formas la botella estaba vacía.

—Eres un imbécil —le espetó ella, y se acercó a Esmond para tomarle el pulso. El corazón del chico latía débilmente. Belinda se irguió y zarandeó a Albert, que parecía haberse quedado dormido—. Eres subnormal perdido. Voy a pedir una ambulancia.

Albert despertó y miró a su esposa con los ojos como platos.

—¿Para qué? No necesito ninguna ambu… ambulancia —consiguió decir.

Belinda lo miró con odio. Hacía mucho tiempo que no veía a Albert tan borracho.

—Esta vez te has pasado. Mira que matar al pobre crío a whiskies. Y cuando digo matar lo digo en serio. —Hizo una pausa para que Albert asimilara sus palabras—. Necesita atención médica, y rápido. Si no me crees, ve y tómale el pulso.

Albert consiguió levantarse, pero enseguida cayó de rodillas, en medio del charco de vómito de Esmond. Soltó una palabrota y le agarró un brazo a su sobrino.

—No le encuentro el pulso —gimoteó—. ¡No tiene pulso!

Belinda estuvo a punto de señalar que si Albert le buscaba el pulso a Esmond por encima del codo era lógico que no se lo encontrara, pero no lo hizo. Si dejaba que aquel cerdo borracho creyera que había matado a Esmond, lo tendría a su merced. Pensar en lo que haría Vera cuando se enterara de que Albert había matado a su único hijo obligándolo a ingerir cantidades industriales de whisky y de coñac lo haría cagarse de miedo.

—Ya te lo he dicho. Te he dicho que lo habías matado a whiskies. ¿Qué piensas hacer ahora? Vera te va a despellejar vivo. Y lentamente.

Albert gruñó y vomitó. Compartía la opinión de Belinda respecto a la reacción de Vera. No quería ni pensar en lo que podía pasar.

Entretanto, Belinda sí pensaba. Se le había ocurrido una idea excelente que era la culminación de su silencioso soliloquio en la cocina.

—Tendrás que llevarlo al hospital —dijo lanzando el anzuelo—. Puedes decir que te lo has encontrado en la cuneta. Así su madre no sabrá que lo has matado tú.

Albert se quedó mirándola con ojos vidriosos.

—Yo no lo he matado. Ha sido él quien se ha matado a whiskies. Es como el capullo de su padre. Y no pienso llevar a nadie a ningún sitio —consiguió articular con dificultad—. No puedo ni tenerme en pie. ¿Cómo voy a conducir? Estoy pasadísimo. ¿Qué quieres, que me retiren el carnet? Tendrás que llevarlo tú. Belinda, amor mío, hazme este favor.

Belinda sonrió. Albert se había tragado el anzuelo, el hilo y el plomo. El muy idiota iba a perder mucho más que el carnet de conducir antes del amanecer. Dejó a su esposo tendido en la moqueta, en medio del contenido regurgitado de su estómago y del de Esmond, y arrastró a su sobrino hasta la cocina y, desde allí, hasta el garaje, donde estaba el coche más valioso de Albert, el Aston Martin. Tras un breve descanso para recobrar el aliento, Belinda metió la más valiosa posesión de Vera Wiley en el

asiento delantero, le ajustó el cinturón de seguridad y cerró la capota del descapotable.

Entonces Belinda vaciló un momento. ¿Necesitaba llevarse algo? No, tenía todo cuanto necesitaba, excepto dinero.

Entró otra vez en casa, abrió la puerta del salón sin hacer ruido y, tras echarle un vistazo a Albert, que roncaba en el suelo, cerró la puerta con llave. Se dirigió al dormitorio, levantó una esquina de la gruesa moqueta de fibra acrílica y retiró una tabla de madera que ocultaba la caja fuerte. Instantes después había marcado los números en el teclado y había retirado cincuenta mil libras en billetes usados que Albert tenía escondidas allí. Por último, cambió el código de la caja fuerte para que Albert no pudiera abrirla.

Fue a la cocina, encendió el hervidor de agua, puso un cazo de leche a calentar y cogió dos termos. En uno metió varias cucharadas de café, y en el otro, Horlicks y un somnífero suave. El somnífero era por si Esmond despertaba de la borrachera. No parecía probable, pero Belinda no quería correr riesgos innecesarios.

Cuando Belinda salió del garaje, no había nada que indicara que se hubiera marchado del chalet —ni de Essex— para siempre. A su lado, Esmond Wiley, envuelto en una manta, permanecía ajeno a todo. Seguramente dormiría toda la noche y despertaría con una resaca de miedo en un lugar que nunca habría podido imaginar.

Igual que Albert. Belinda había dejado una botella de Chivas Regal abierta en el suelo, a su lado, porque sabía que Albert bebería un sorbo para levantarse el ánimo en cuanto despertara. Se regodeaba pensando en cómo se encontraría su esposo por la mañana. Demasiado horrible para expresarlo con palabras.

16

En la habitación de su hotel, Horace estaba achispado y contento. Para celebrar su éxito en la compra del pasaje, había cenado por todo lo alto y se había bebido más de una botella de champán. Ahora estaba tumbado en la cama tratando de decidir adónde iría desde Letonia. Estaba bastante seguro de que su ruta indirecta y sus diversos subterfugios dificultarían su localización, pero sabía lo tozuda que podía llegar a ser Vera cuando se proponía algo, así que tendría que pasar por un par de países más después de Letonia.

Horace necesitaba ir a sitios donde a nadie se le pudiera ocurrir buscarlo. Ya se había planteado ir a Finlandia, pero la había descartado porque allí hacía demasiado frío. También había descartado Noruega y Suecia. Y España. Lo que había visto de Benidorm en la tele le había quitado las ganas de acercarse siquiera a España, y la Costa del Sol era conocida —con toda la razón, en su opinión— como la Costa del Crimen porque muchos delincuentes británicos tenían casas allí. Francia tampoco le ofrecía ningún atractivo. Para empezar estaba demasiado cerca de Gran Bretaña, y además él pertenecía a una generación a la que habían enseñado a despreciar a los franceses y a creer que el sexo extramarital era la principal actividad recreativa de toda la población de ese país tan vilipendiado. Y Horace ya había tenido sexo para el resto de su vida: el que Vera le había impuesto.

De hecho, no lo atraía ningún país europeo. Necesitaba algún sitio completamente diferente de la Inglaterra que él conocía y de la vida que se había visto obligado a llevar desde su boda. Al final, incapaz de tomar una decisión, se terminó el champán y se quedó dormido.

17

Vera Wiley seguía despierta a su pesar. Los Ponson se habían llevado a su hijo del amor y, con una inusual perspicacia, comprendió que en su casa Esmond sólo iba a aprender malas costumbres. Todo era culpa de Horace. Por primera vez en su vida, Vera perdió la fe en el mundo fantástico de la basura romántica que durante tantos años había marinado su mente. La única esperanza que tenía era que Horace se recuperara y que Esmond pudiera volver a casa cuanto antes. Entretanto, mantendría a Horace a base de raciones escasas y lo dejaría sufrir. No se había molestado en prepararle la cena, y estaba casi decidida a dejarlo también sin desayunar. Horace iba a aprender a no beber hasta provocarse una crisis nerviosa, y si no le gustaba, por ella podía pedir el divorcio. No le importaba. Ya no se hacía ilusiones respecto a él.

18

Nada más salir del garaje en el Aston Martin, Belinda Ponson comprendió que se había equivocado al llevarse aquel coche, demasiado llamativo para su viaje. Fue al garaje de coches de segunda mano de Albert, cogió las llaves de un Ford del armario del despacho y, no sin esfuerzo, consiguió trasladar a Esmond, que seguía grogui, al asiento trasero. En el garaje había varios coches parecidos, y no era probable que lo echaran de menos enseguida. Para crear aún más confusión, Belinda llevó el Aston Martin al aparcamiento del hospital y lo abandonó allí, y luego volvió andando al garaje.

Esmond seguía inconsciente, tal como lo había dejado. Eran las once menos cuarto y Belinda tenía un largo viaje por delante. Mientras conducía, fue trazando sus planes. Iría por carreteras secundarias para evitar las cámaras de control de tráfico de la autopista, y dando rodeos siempre que pudiera. Así tardaría más, pero valía la pena. Nadie debía saber adónde había ido, especialmente Albert. Así que condujo toda la noche sin cansarse y cuidando de no superar el límite de velocidad.

Cuando el cielo empezaba a iluminarse por el este, anunciando el amanecer, el viejo Ford coronó una larga y empinada colina. Belinda apagó el motor y se quedó sentada en el coche hasta que la luz le permitió ver el paisaje que se extendía ante ella. Era tan inhóspito como lo recordaba de sus vacaciones infantiles. Entonces Belinda era feliz, y volvió a invadirla un vestigio de esa felicidad. Nada había cambiado. Distinguía la silueta de Grope Hall en la lejanía. Había vuelto a casa, a su manera.

19

Mucho más al sur, Albert pasó parte de la noche tumbado en la sucia moqueta y la otra, tras descubrir que no podía abrir la puerta del salón y que las llaves de la casa habían desaparecido misteriosamente de su bolsillo, retorciéndose en el sofá de fibra acrílica y bebiendo de vez en cuando tragos de la botella de Chivas Regal que había encontrado a su lado. A las cuatro de la mañana se moría de ganas de orinar y de meterse en la cama.

—¡Belinda! —gritó repetidamente con voz pastosa—. ¡Belinda, so zorra, déjame salir!

Al final, como no pudo abrir las ventanas con cristales triples a prueba de balas, les lanzó dos botellas de whisky vacías, con muy mala puntería; maldijo a Belinda un montón de veces más y, para colmo, se hizo un corte profundo en una mano buscando más botellas de whisky en el mueble bar. Por último, comprendiendo que necesitaba hacer algo con su mano si no quería morir desangrado, se la vendó lo mejor que pudo con un pañuelo.

Cuando sonó el timbre de la puerta principal, Albert todavía tenía la mano y la cabeza doloridas, aunque había aliviado su otra agonía orinando en el gigantesco helecho que Belinda cultivaba en un rincón del salón. Se puso en pie con dificultad y fue a abrir, pero entonces recordó que estaba encerrado y que no había encontrado las llaves. Escudriñó la pantalla del portero automático, pero no funcionaba. De todas formas, oyó a Vera gritando: «¡Dejadme entrar! ¡Dejadme entrar!».

Albert debería haber imaginado que su hermana iría a comprobar si su maldito hijo del amor adolescente estaba sano y salvo. Dado el calibre de su propia resaca, estaba seguro de que la de Esmond debía de ser infinitamente peor. Era más prudente no intentar abrir la puerta. Vera no se quedaría allí plantada todo el día. Iría a telefonear, y él no contestaría. Media hora más tarde, Vera fue a telefonear, y Albert no contestó. Estaba demasiado entretenido tratando de derribar la puerta del salón a patadas.

Vera llegó a la conclusión de que su hermano y su querido hijo debían de estar trabajando en el salón de exposición de coches de segunda mano, y echó a andar en esa dirección. Pero era domingo, y el garaje estaba cerrado. Dio media vuelta y volvió al chalet; fue a la parte trasera, intentó abrir la puerta y miró por las ventanas de cristales tintados. Pero no sirvió de nada. Tampoco sirvió de nada golpear las ventanas de la cocina, pues eso sólo provocó una descarga de balazos, algunos de los cuales sonaron de manera alarmante contra el triple cristal blindado. Vera se agachó junto a la pared, bajo la ventana, presa del pánico. Siguió gritando, pero no obtuvo más respuesta que el sonido de más disparos.

Por primera vez, tenía que darle la razón a Horace. Él sostenía que Albert era un gángster y que algún día se llevaría su merecido. Y a juzgar por aquellos ruidos, había llegado ese día. Y no es que a Vera le importara mucho lo que pudiera sucederle a Albert. Lo que le producía pánico era pensar que su querido Esmond estaba en medio de lo que parecía el tiroteo de OK Corral. Ella no sabía que no había nada que temer.

En el chalet, a Albert Ponson se le había ocurrido, por fin, una forma de llegar a la cocina, y había vaciado el cargador de su Colt 45 automático en la cerradura. Al entrar en la cocina y ver que la puerta trasera también estaba cerrada con llave, se enfureció y empezó a disparar indiscriminadamente; las balas rebotaron en los lujosos electrodomésticos y agujerearon varios cazos de acero inoxidable que había en un armario y la batidora Kenwood.

Al oír esa nueva ráfaga de disparos, Vera decidió actuar. Estaba sucediendo algo terrible en el chalet y su querido Esmond estaba allí dentro. Echó a correr hacia la calle y llamó a la policía con su teléfono móvil.

—¡Hay un tiroteo en casa de mi hermano! —gritó.

El inspector de policía no parecía muy interesado.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es su hermano?

—Albert Ponson. Lo están asesinando.

—¿Cómo se llama usted?

—Soy la señora Wiley, y Albert es mi hermano.

En la comisaría, la noticia fue recibida con serenidad. Vera oyó una voz en el fondo diciendo que ya era hora de que aquel capullo recibiera su merecido.

—¿Dirección?

—¿Cuál? —preguntó Vera, desconcertada.

—La suya, por supuesto. Ya sabemos dónde está el garaje de Al Ponson.

Pero Vera ya no aguantaba más.

—Ya le he dicho que el tiroteo es en su casa, no en la mía. En Ponson Place. Dense prisa, por el amor de Dios. Mi hijito está ahí dentro con él.

—¿Su qué?

—Mi hijito Esmond. Lo dejé ayer en casa de Albert para protegerlo, y ahora hay un tiroteo y…

Pero el inspector no quería oír nada más. Tapó el auricular con una mano y se lo pasó a un sargento.

—Hay una chiflada lloriqueando por su hijito Esmond y diciendo que se lo ha entregado a nuestro Al Capone particular para que lo proteja.

El sargento escuchó un momento y colgó precipitadamente el auricular.

—Una histérica dice que hay un tiroteo en Ponson Place —le dijo al agente—. Ojalá sea verdad. Vamos. Por fin podremos ver qué tiene ese hijo de puta en su fortaleza.

Cinco minutos más tarde. Vera lloriqueaba detrás del inspector, el sargento y el agente (se habían llevado a dos policías más de refuerzo, porque nunca sabías qué te podías encontrar si te cruzabas en el camino de los Ponson), que llamaban a la puerta principal y ordenaban a Albert que les abriera.

Albert les habría abierto encantado si hubiera conseguido hacer funcionar la cerradura, pero no sólo había desaparecido la llave de la puerta trasera, sino que, gracias a que Belinda había neutralizado todo el sistema eléctrico, la casa estaba completamente a oscuras.

Por primera vez, Albert maldijo las placas de metal que había instalado sobre las ventanas y sobre las puertas que daban al exterior para evitar que entraran ladrones y para que los vecinos curiosos no pudieran fisgonear cuando él organizaba esas orgías que llamaba «fiestas». Utilizó las balas que le quedaban para ir desde la cocina hasta el garaje, y una vez allí comprobó que las puertas electrónicas estaban firmemente cerradas y que no había manera de abrirlas. Y no sólo eso, sino que el Aston Martin no estaba en el garaje. Ese coche era, para Albert, más valioso que ninguna otra cosa. Eso le hizo sospechar que algún grupo del crimen organizado era responsable de lo ocurrido, y que se hallaba ante un caso de secuestro o, peor aún, de asesinato.

Intentó pensar, aunque era difícil con el dolor de cabeza que tenía. Si habían secuestrado o asesinado a Belinda y a Esmond, lo menos conveniente era que la policía metiera las narices. Miró por el ojo de la cerradura y sintió un ligero alivio al ver cómo cinco corpulentos policías obligaban a su maldita hermana a meterse en una ambulancia.

Diez minutos más tarde, el comisario de policía se reunía con sus cinco colegas frente al chalet de los Ponson. Le había llegado el turno de tratar de convencer a Albert de que saliera, pero lo único que consiguió fue que lo llamara gilipollas. ¿Acaso no entendía que Albert no podía salir porque la cerradura electrónica no funcionaba? ¿Y que aunque la puta cerradura hubiera funcionado no encontraba las putas llaves?

El comisario trató de ser razonable.

—Nadie le acusa de nada. Sólo queremos saber qué pasa.

—Lo que pasa es que me han encerrado en mi propia casa y no puedo salir, imbécil. ¿Cuántas veces tengo que decírselo? —le gritó Albert—. Y por si fuera poco, algún capullo me ha robado el Aston Martin.

El comisario cambió de táctica.

—¿Ha habido disparos en la casa?

—¿Si ha habido qué? —chilló Albert, que todavía tenía resaca y estaba confundido y embotado.

—¿Ha disparado alguien dentro de la casa?

Albert hizo un esfuerzo y pensó.

—Sí —contestó por fin—. He disparado contra la cerradura de la puerta del salón.

—Entiendo —dijo el comisario, pese a que no entendía nada. Tras una larga pausa, continuó—: ¿Y por qué?

—Porque algún cabronazo no quería dejarme salir.

—¿Quién podría no querer dejarlo salir?

—El mismo cabronazo que me ha encerrado aquí.

—¿Estaba detrás de la puerta? —preguntó el comisario, animado por esa suposición.

—No lo sé. Ya le he dicho que estaba muy oscuro.

—Así que ha disparado contra la cerradura y le ha dado a alguien que había al otro lado.

—No, yo no he dicho eso. Cuando he entrado en la cocina no he visto a nadie. ¿Cómo iba a verlo? Estaba oscuro como boca de lobo. Ya se lo he dicho.

Distraído por un camión enorme que en ese momento le tocó la bocina a un tractor que tenía delante, el sargento perdió el hilo de la declaración que estaba anotando:

—¿Cómo dice? ¿Qué creyó que era un lobo lo que había al otro lado de la puerta de la cocina y que por eso disparó contra el cabronazo ese? —preguntó.

Albert trató en vano de pensar una respuesta inocente.

—Yo no sabía que hubiera nadie al otro lado de la puerta. Ni siquiera veía la cerradura. He tenido que buscarla a tientas. Es decir, he tanteado la puerta hasta dar con la cerradura, y luego he pegado el cañón contra ella y he apretado el gatillo. No quería dispararle a nadie.

El comisario retomó el interrogatorio.

—¿Cómo sabe que le han robado el Aston Martin?

—Porque no está en el garaje.

—¿También está cerrada la puerta entre la cocina y el garaje?

—No, ahora ya no.

—¿Y dice que se lo han robado? ¿Cómo lo sabe?

—Porque el coche ha desaparecido. Lo he buscado por todas partes y ha desaparecido.

—Bien, si hay un acceso del garaje a la cocina, lo único que podemos hacer es traer un bulldozer y derribar la puerta del garaje.

Albert Ponson se quedó horrorizado.

—No pueden hacer eso —chilló—. Van a derribar toda la fachada de la casa.

—Sólo empujaremos la puerta para abrirla. La puerta quizá se estropee, pero…

—Usted no lo entiende. Si empuja la puerta, o si tira de ella, se vendrá abajo toda la fachada.

—¿Toda la fachada de la casa? No diga tonterías. Lo que pasa es que usted no quiere dejarnos entrar. Seguro que esconde algo ahí dentro.

—¿Como qué?

—Como un cadáver. Como el cadáver de ese sobrino del que su hermana no para de hablar.

—Está usted chalado —gritó Albert—. Yo no he tocado al chico.

—Entonces, ¿cómo se explica que él todavía no haya dicho nada? Si está ahí dentro con usted, déjele decir algo. Suponiendo que siga con vida, claro.

—¡Dios mío! ¡Me estoy volviendo loco! —se lamentó Albert.

—¿Es eso lo que va a alegar en el juicio? ¿Qué está loco y que es un maníaco homicida? ¿Y dónde está la señora Ponson? ¿También está muerta?

Albert se desplomó en el suelo y se puso a llorar; como estaba oscuro, sin darse cuenta se sentó en medio de un charco de aceite. Fuera, el comisario y el inspector sonrieron, satisfechos, y cruzaron la calle.

—Creo que por fin hemos pillado a ese hijo de puta —dijo el comisario con jovialidad—. Llevo años esperando que llegue este día. Le va a caer cadena perpetua, como que dos y dos son cuatro.

—¿Por qué cree que la casa está a oscuras? —preguntó el inspector—. No tiene sentido.

—Se ve que esa loca que hemos enviado al hospital tenía razón. Es verdad que ha oído disparos. Eso ha debido de ser cuando ha matado al chico. Luego ha sacado el cadáver de la casa, y seguramente lo ha tirado en algún sitio; ha vuelto y le ha pegado un tiro al cable principal de la electricidad para tener una especie de coartada. Debía de haber sangre en la alfombra o en algún sitio, y tenía que deshacerse de ella lejos del cadáver. En un río o algo parecido.

—¿Y el coche? ¿Qué ha hecho con el coche?

—Lo mismo que con la alfombra. O quizá lo haya vendido —respondió el comisario—. Seguro que en el coche también hay sangre.

Los interrumpió un bulldozer de oruga que avanzaba lentamente por la calle. Los dos agentes cruzaron hacia el garaje.

—Meted el gancho por la parte de arriba de la puerta —ordenó el comisario.

Se oyó gritar a Albert dentro del garaje:

—¡Mierda! ¡No arranquen la puerta! ¡Ya le he dicho que se vendrá abajo toda la fachada! ¡La casa entera!

—No veo por qué. Sólo vamos a arrancar la puerta. Meted el gancho por la parte de arriba y apartaos, chicos.

Cuando avanzó el bulldozer y metieron el enorme gancho que había al final de la cadena por la parte superior de la puerta metálica, Albert se puso aún más frenético.

—¡No lo hagan! ¡La puerta está empotrada en la pared de la casa!

—A mí no me tomas el pelo, sinvergüenza —le gritó el sargento—. Tienes algo escondido ahí dentro.

El bulldozer dio marcha atrás, y cuando la cadena se tensó, quedó claro que Albert Ponson les estaba diciendo la verdad. Toda la fachada de la casa empezó a

combarse. Unos segundos más tarde, el tejado se inclinó y, tras derrumbarse la pared en el jardín, también se vino abajo.

Cuando empezó a caer la pared, Albert tuvo la precaución de correr hacia la parte trasera del chalet y tumbarse debajo de una cama, cerca de una columna sobre la que descansaban dos vigas de acero que hasta entonces sostenían el tejado. Sobre su cabeza, el oscuro cielo amenazaba lluvia. Cuando el tejado se hubo derrumbado por completo, Albert salió de debajo de la cama, aturdido por el ruido y por la nube de polvo de cemento, y sobre todo por la desaparición de la casa de sus sueños. Por si la situación no fuera suficientemente horrorosa, varias tuberías de agua se habían roto en los cuartos de baño, y una de ella, más perversa que las otras, situada justo encima de su cabeza, le disparaba un chorro en la cara. Albert abrió la boca para pedir ayuda, mientras intentaba desenredar la pierna izquierda de unos cables eléctricos, y comprendió que corría peligro de ahogarse. Entonces pensó que a alguno de aquellos condenados polis podía ocurrírsele dar la electricidad, en cuyo caso también se electrocutaría.

Con un esfuerzo desesperado, frenético, Albert consiguió liberar la pierna y con ella apartó los cables. Salió por una ventana, destrozada, y arrastrándose por la maleza, fue a esconderse en un arbusto. Allí tumbado, tratando de detener el temblor de sus extremidades, de pronto recordó la pequeña fortuna que tenía guardada en la caja fuerte, bajo la moqueta del dormitorio.

Mierda. No podía volver a entrar en la casa con la policía por allí. Tendría que esperar hasta que se hubieran largado. Todavía oía aquel condenado bulldozer; el gancho seguía prendido en la puerta, que no se había desencajado de la fachada derrumbada, y el bulldozer parecía intentar librarse de esos obstáculos, pero por lo visto le estaba costando.

Agotado y conmocionado por la destrucción de su casa, Albert Ponson se desmayó.

20

Delante de lo que quedaba del chalet de los Ponson, el inspector jefe, que se había unido a sus colegas, se planteaba las consecuencias que tendría para su carrera lo que sólo podía definirse como una catástrofe total.

—Subnormal de mierda —le gritó al comisario—. Le he pedido que detenga al sinvergüenza de Ponson, no que le destroce la puta casa. Seguro que se ha cargado a ese hijo de la gran puta. No serviría ni para vigilante de aparcamiento, y mucho menos para guardia de paso de escolares. Los titulares de todos los periódicos del país van a pregonar esto a voz en cuello. «TERRORISTAS POLICIALES DESTROZAN UNA CASA» y «¿PARA QUÉ QUEREMOS TERRORISTAS SI TENEMOS POLICÍAS?». Me juego algo a que pierdo el empleo. Pero le voy a decir una cosa: cuando yo me vaya, usted se irá mucho más lejos.

—Pero ¿cómo íbamos a saber que el tipo tenía un chalet blindado? Esa loca, su hermana, ha dicho que su hijo había huido de su padre y se había refugiado en el chalet, y que ella había oído disparos. Teníamos que entrar.

El inspector jefe se dio la vuelta, furibundo.

—¿Me está diciendo que estaba casada con su hermano? ¡Eso es incesto!

—No, está casada con un director de banco de Croydon que se ha vuelto majara y que intentó matar a su hijo con un cuchillo de trinchar. Y nos ha dicho que teníamos que sacarlo de la casa de su tío.

—¿Cómo? ¿Antes de que él intentara también matarlo? —preguntó el inspector jefe.

—Así es, señor.

—Y él, en lugar de matarlo, deja que lo hagan ustedes demoliendo la casa. ¿Y dónde está ahora la señora Ponson?

—Pues dentro también, supongo.

—¿Cómo? ¿Oyó disparos y cómo mataban a su hijo y…?

—No, señor. Ésa es la señora Wiley. La hemos llevado a Urgencias.

—¿A Urgencias? A usted sí que lo van a llevar a Urgencias. Esto ha sido deliberado, y usted es el responsable. Espere a que haya una investigación y a que se celebre el juicio, y verá cuál es el veredicto.

Se dio la vuelta, y se disponía a irse cuanto antes lo más lejos posible cuando el comisario lo detuvo.

—¿No sería mejor que primero interrogara a la señora Wiley, señor?

El inspector jefe se volvió y trató en vano de recordar quién era la señora Wiley. Su rabia iba en aumento.

—¿Todavía vive? Creía que me había dicho que su marido había intentado matarla con un cuchillo de trinchar.

—A ella no. A su hijo. El señor Wiley es el director de banco. Cogió un cuchillo de trinchar y…

—Ah, sí. Ya me acuerdo. Ella lo trajo a este chalet hecho polvo para que lo matara el marido bígamo con quien se había casado antes de casarse con el director de banco. Está bien, iré a verla. Creo que nunca he conocido a ninguna bígama.

El comisario no dijo nada. Se preguntó si el inspector jefe habría estado bebiendo, y tuvo que reconocer que a él tampoco le habría venido mal un trago de whisky.

21

Horace despertó en Londres tras otra noche de excesos. No se sentía muy bien, en parte porque descubrió que se había dormido y que su vapor ya debía de haber zarpado.

Tras un almuerzo mínimo, se sintió capaz, por fin, de salir del hotel. Pensó que si compraba otro billete en la misma agencia de viajes quizá levantara las sospechas del empleado que lo había atendido la otra vez, por muy amodorrado que estuviera, así que cogió un taxi y se dirigió a la parte más anárquica de Londres, cerca de la zona portuaria.

Decidido a no dejar rastro, entró en la tienda de ropa de segunda mano más cutre que encontró y se compró una gabardina gastada y unas botas de muy mal aspecto que le iban enormes. Buscó un aseo público donde cambiarse y se remetió los bajos de unos pantalones viejos y mugrientos que había tenido la previsión de llevarse de la caseta del jardinero dentro de las botas. Cuando salió, nadie habría sospechado que Horace fuera un director de banco fugitivo.

A continuación, fue en autobús a la zona portuaria. Tras un tortuoso trayecto, el autobús se detuvo y, maldiciendo su dolor de cabeza, Horace se paseó arriba y abajo hasta que encontró la agencia marítima, donde compró —con considerable dificultad — otro billete para Letonia.

—Se vuelve a su país, ¿eh? —comentó el empleado, que parecía inmigrante, cuando leyó el impreso de solicitud que Horace le presentó al pedirle un pasaje para Riga—. No me extraña, la verdad.

Horace asintió. Cogió su billete y su maleta y salió en busca de otro aseo público donde ponerse de nuevo el traje.

De vuelta en el hotel escribió a su banco de Suiza para avisar al director con quien siempre había tratado que quería retirar trescientas mil libras en efectivo. Dijo que tenía que cerrar un negocio en Australia y que iría a las oficinas personalmente para recoger el dinero antes de final de mes. Seguirían quedándole más de un millón de libras en la cuenta.

A la mañana siguiente, otra vez vestido con la ropa mugrienta —ofrecía un aspecto bien curioso con ella en la recepción—, pagó la factura del hotel, cogió su maleta y se marchó, no sin antes obsequiar al portero con una generosa propina. El portero, pensando que Horace necesitaba el dinero más que él, no sólo le devolvió la propina, sino que la dobló.

Como no estaba completamente convencido de que fuera imposible seguirle el rastro, Horace pasó la noche siguiente durmiendo a la intemperie en Blackheath, una experiencia que decidió no repetir después de que la policía local lo obligara a levantarse dos veces y de que un vagabundo lo confundiera con un urinario.

Al día siguiente, a media mañana, volvió a la agencia marítima; le dio al empleado una propina de cien libras y le mostró fugazmente su pasaporte. No habría sido necesario. El empleado estaba tan contento con la propina que acababa de recibir que dejó pasar a Horace sin molestarse siquiera en anotar su nombre. Encantado con sus tácticas, el señor Ludwig Jansens recorrió la pasarela decidido a no volver a pisar Inglaterra.

22

En Grope Hall, Belinda abrió la verja y recorrió el camino de la casa con el Ford, ignorando a los dos toros que había en el jardín y los ladridos de los perros que estaban detrás de la casa. Llegó con el coche hasta la puerta de la cocina, se apeó y llamó a la puerta. Una mujer muy anciana se asomó a la ventana de un dormitorio.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Soy Belinda, tu sobrina. La hija de Eudora, tu hermana. Eliza era mi abuela.

—¿Eudora? ¿Eudora? —dijo la anciana, claramente desconcertada—. ¿Dónde está tu madre, Eudora?

—No, yo soy Belinda. Eudora está muerta. Murió hace dos años. Tuvo neumonía. Creía que lo sabías. Te escribí una carta.

—Yo no leo cartas. No puedo, porque las gafas no me sirven. Además, no quiero. Las cartas siempre traen malas noticias. —La anciana hizo una pausa y se quedó pensativa—. ¿A qué has venido? Si es verdad que eres la hija de Eudora, debes de saber, porque ella te lo contaría, cómo ha funcionado siempre esta familia.

—Sí, claro que me lo contó. Al menos lo más importante. La cabeza de familia debe ser una mujer. Cuando murió Eliza, tú la sucediste. Cuando yo era pequeña veníamos a verte, ¿no te acuerdas?

—Mi cabeza ya no es lo que era. Aunque nunca fue nada del otro mundo. Recuerdo que Eudora se marchó al sur a buscar un hombre, pero no sé nada más. ¿Cómo sé que eres quien dices ser?

—Soy Grope hasta la médula, y puedo demostrártelo, si me dejas.

La anciana asintió, y luego preguntó:

—¿Cuándo era el cumpleaños de tu madre?

—El 20 de junio. Nació en 1940.

—Es verdad. Bueno, será mejor que entres y me expliques a qué has venido. La puerta no está cerrada con llave. Todavía no me he arreglado, pero no tardaré en bajar.

Belinda comprobó que Esmond siguiera dormido antes de entrar en la casa. Pasó por el office y se quedó un momento contemplando la cocina. Estaba tal como ella la recordaba. La misma mesa en el medio y los mismos cacharros en los estantes o colgados de unos ganchos en la pared, enfrente de la vieja cocina de carbón. Estaba todo tal como lo había visto en su última visita con su madre, muchos años atrás. Hasta había el mismo olor a beicon y… No podía identificar los olores por separado, pero componían, sin duda, la misma mezcla aromática que recordaba de los seis años que, de niña, había pasado allí. Y lo mejor de todo era que nada se parecía a la cocina de Ponson Place, de la que ella había huido. Nada brillaba ni tenía un blanco reluciente, como su lavadora y los diversos electrodomésticos que había acumulado

con los años. Antes Belinda había encontrado cierto consuelo en esa espantosa cocina moderna. O se había forzado a creer que lo encontraba. Pero ahora había vuelto a su verdadero hogar, donde había pasado los momentos más felices de su infancia.

Curiosamente, pese a haber conducido toda la noche por carreteras secundarias, sin sobrepasar en ningún momento el límite de velocidad para evitar las cámaras de la policía, no se sentía fatigada. Ver romper el alba sobre aquellas colinas, aquellos extensos campos de labranza y aquellos bosques le había infundido energía. Y lo más emocionante había sido llegar a Grope Hall y comprobar que nada había cambiado.

Belinda volvió al coche, donde Esmond seguía fuera de combate en el asiento trasero, bajo la manta. Iba a necesitar ayuda para sacarlo de ahí y llevarlo a la casa. De nuevo en la cocina, preparó café y esperó a que llegara alguien que pudiera ayudarla a trasladar a Esmond a un dormitorio. Sin embargo, había llegado a su destino, y ya nada parecía tan urgente.

Al cabo de un rato vio a un hombre de mediana edad que salía de un granero con un cubo y lo llamó. Era evidente que trabajaba en la finca Grope.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Me llaman Abuelo Samuel.

—¿Abuelo Samuel? Pero si no eres tan viejo, Samuel.

—No, pero en esta casa siempre ha habido un Abuelo Samuel, así que cuando murió el último Abuelo Samuel y llegué yo, que entonces tenía veintisiete años, me llamaron Abuelo. Mi nombre tampoco es Samuel, sino Jeremy, pero la señora Grope no lo soportaba, así que me convertí en el Abuelo Samuel, y así me he quedado. Llevo la granja y hago pequeños trabajos ahora que la anciana se ha quedado sola.

—¿Podrías ayudarme a sacar a una persona del coche? Ha bebido demasiado y no puedo despertarla.

Fueron hasta el Ford.

—Vaya que si ha bebido —dijo el Abuelo Samuel cuando abrió la puerta trasera y aspiró los efluvios del interior del coche. Metió medio cuerpo dentro y sacó a Esmond de debajo de la manta—. Le va a costar unos cuantos días eliminar lo que sea que haya bebido. Eso seguro. Y por el olor, yo diría que es whisky. ¿Dónde quiere que lo deje?

—En el dormitorio de encima de la cocina.

El Abuelo Samuel la miró con curiosidad. Era evidente que conocía bien la casa. De hecho, a juzgar por su aspecto y por el hecho de que tenía a un joven inconsciente en el asiento trasero del coche, bien podía ser una Grope. Desde luego, parecía satisfecha con la vida.

23

No podía decirse lo mismo de Esmond. Había dormido cuatro horas más, atontado por la borrachera, y desde que lo llevaran al dormitorio de encima de la cocina sólo se había levantado de la cama para orinar. El problema era que en la habitación no había aseo, y el único orinal estaba debajo de la cama, pegado a la pared. Al tratar de cogerlo, Esmond se había caído de la cama y no había conseguido volver a subir. Así que tiró de las mantas y, sencillamente, se meó en la alfombra antes de volver a quedarse dormido.

Tras subir a Esmond al dormitorio con la ayuda de Samuel, Belinda había corrido las oscuras cortinas y había cerrado la puerta con llave; luego había ido a acostarse, agotada por su largo y lento viaje en el viejo Ford. Despertó entrada la tarde y fue a ver cómo estaba Esmond. Lo encontró sentado al borde de de la cama, contemplando la mancha húmeda del suelo y con muy mala cara.

—Lo que necesitas es comer.

—¿Dónde estoy, tía Belinda? —preguntó el chico mirando por la ventana y contemplando los páramos que se extendían hasta el horizonte.

—Has vuelto a casa. Este es tu verdadero hogar.

—¿Mi hogar? Esto no es mi hogar. Yo vivo en South Croydon.

—Y yo no soy tu tía, sino tu prometida. Vamos a casarnos, ¿no te acuerdas?

—¿Casarnos? No podemos casarnos. Tú ya estás casada, y eres mi tía. Eres la señora Ponson, la esposa de ese granuja horrible, el tío Albert.

—¡Ay, pobrecillo! Has pasado mucho tiempo enfermo, querido. Albert y yo estábamos casados, pero nos divorciamos. ¿No lo recuerdas? Me convenciste para que me fugara contigo. —Belinda vaciló un momento—. Y otra cosa: no debes utilizar el apellido Ponson. Te lo pido por favor. Tu apellido es Grope, igual que el mío, y tu nombre de pila es Joe. Si alguien te pregunta cómo te llamas, debes contestar que te llamas Joe Grope. A ver, dilo.

—Joe Grope.

—Y eres de Lyle Road, Ealing. ¿De acuerdo?

Esmond asintió.

—Me llamo Joe Grope y soy de Lyle Road, Ealing. ¿Dónde está eso?

—En Londres. Ahora debes repetir tu nuevo nombre una y otra vez. ¿Entendido?

—Entendido. Soy Joe Grope, de Ealing. Pero ¿por qué tengo que ser Joe Grope, de Ealing?

—Ahora eso no importa. Ven conmigo y te prepararé un buen desayuno. Es evidente que lo necesitas.

Bajaron a la cocina; Esmond se sentó a la vieja mesa de madera, y Belinda frió unos huevos con beicon y preparó un café bien fuerte. Esmond, perplejo, repetía su

nuevo nombre sin parar. Cuando terminó de desayunar se encontró un poco mejor, pero no lo suficiente para darse cuenta de que Belinda le ponía una pastillita en el café.

Nada más tomarse el café, a Esmond volvió a entrarle sueño, y Belinda tuvo que ayudarlo a subir al dormitorio. Una vez allí, Belinda le arregló la cama y sacó el orinal de debajo para que Esmond lo tuviera a su alcance. Después lo desnudó y lo acostó. A esas alturas, el chico ya estaba profundamente dormido, y el somnífero que su tía le había puesto en el café garantizaba que no despertaría hasta la mañana siguiente.

Ya abajo, Belinda le explicó su plan a su tía, que ya llevaba mucho rato esperando a que su sobrina le aclarara por qué se había presentado allí con un joven desconocido. Belinda derramó unas pocas lágrimas mientras describía su desdichado matrimonio y a su despreciable cuñada.

—He dejado al monstruo de mi marido en su horrible y moderno chalet —dijo entre sollozos—. No te puedes imaginar lo horrorosa que ha sido mi vida allí. Y durante años mi marido ha bebido hasta volverse imbécil. Con un poco de suerte, el alcohol lo matará. Celebraba unas fiestas ridículas, y salía a contratar delincuentes que robaran coches para él. Y les pagaba muy bien, ya lo creo. Lo peor de todo es que era estéril, y aunque hubiera sido fértil, nunca me habría hecho una niña. Lo único que le interesaba era el dinero. Pues bien, eso se ha acabado. Me he llevado hasta el último penique que él tenía escondido bajo el suelo de mi habitación, y voy a emplearlo para echarte una mano.

—No lo habrás matado, ¿verdad, Belinda? —preguntó Myrtle, más curiosa que conmocionada.

—No, no lo he matado. Aunque quizá debería haberlo hecho.

—Pero ¿quién es ese chico que te has traído, y por qué dice que se llama Esmond?

—Ya le he cambiado el nombre. Ahora se llama Joe Grope, y si alguien pregunta, aunque lo dudo mucho, es de Ealing, en el oeste de Londres, y no de Croydon.

—Pero ¿por qué lo has traído?

—Porque quería rescatarlo. Su madre es la hermana de Albert, y es tan desagradable como él, aunque de otra manera. Es más sentimental que una esponja empapada en melaza. Cuando habla de él, lo llama «querido». O «Mi pequeño hijo del amor». Y el niño mide un metro ochenta y dos. Es repugnante.

—¿Qué dice su padre?

—Su padre intentó matarlo con un cuchillo. Por eso su madre lo llevó a mi casa, para que Albert y yo lo protegiéramos. Albert no tuvo más remedio que aceptar, claro. Mi cuñada es tan temible como él, aunque en otro sentido. No me preguntes por qué. En fin, el desgraciado de mi marido emborrachó al chico hasta hacerle perder el conocimiento, y luego lo perdió también él. Entonces fue cuando decidí

traerlo a Grope Hall. Al menos aquí estará sobrio, y he pensado que podría ayudar en la granja.

—No es mala idea —replicó su tía—. Desde la guerra han escaseado los hombres de mi edad. Supongo que los mataron a todos, y desde que murió mi Harold me han faltado la energía y el físico para ir en busca de otro hombre. Además, a mi edad yo ya no podría tener hijos, y es evidente que necesitamos una niña.

—Eso mismo pensé yo, y es otra de las razones por las que he venido. Vamos a casarnos y a tener hijos, y él trabajará en la granja. No nos encontrarán porque le he cambiado el nombre. Estoy harta de ser prácticamente virgen, tía Myrtle. Para Albert, tan aficionado a la masturbación, yo era una especie de vibrador humano, y cuando no se masturbaba, no quería coger el sida ni la sífilis de las putas con las que se acuesta, porque estoy segura de que lo hace. Lo que quiero es un joven sano y sexualmente activo.

—¿Dónde está él ahora? —preguntó Myrtle.

—Recuperándose de todo lo que Albert le hizo beber ayer.

—¿Y ese Albert es tu marido? ¿Estás segura de que no sabe adónde has ido?

—Segurísima. No pensarás que le he dicho que soy una Grope, ¿verdad? No soy tan tonta. Además, mi madre, es decir, mi difunta madre, no puso el apellido Grope en el certificado de matrimonio. Dijo que era la señorita Lyle y presentó el certificado de nacimiento de su mejor amiga.

Belinda hizo una pausa para recobrar el aliento y se preguntó cómo le irían las cosas al imbécil de Albert Ponson; luego retomó su relato de cómo había llegado por fin a casa.

24

Si Albert hubiera podido leerle el pensamiento a Belinda, habría contestado que era idiota por suponer que las cosas le estuvieran yendo de alguna manera. Llevaba horas culpando a su cuñado por haber sufrido una crisis nerviosa (aunque ahora entendía por qué Horace había intentado matar al idiota de su hijo), maldiciendo a su hermana por hacerle cargar con el condenado crío, preguntándose si de verdad habrían secuestrado a Belinda y, por supuesto, muriéndose de frío. Era verano, pero un verano británico, y había llovido, y Albert no había encontrado ningún escondite mejor que el arbusto bajo el que se había resguardado en un primer momento. La presencia de un inspector de policía con gabardina que vigilaba la parte trasera del destrozado chalet le impedía buscar refugio en lo que hasta entonces había sido su casa. En el interior del chalet, los descubrimientos de los tres detectives que investigaban el incidente hacían que las cosas se pusieran aún más feas para el desaparecido Albert. Habían encontrado sangre en la moqueta del salón y en la cocina. Y en el garaje, donde a Albert se le había caído el improvisado vendaje de la mano cuando buscaba el Aston Martin, había pruebas evidentes de que se había cometido un crimen terrible. Mientras Albert se mojaba en el jardín, los detectives, en el relativo calor del salón, comentaban esos hallazgos y la desaparición de Belinda Ponson y Esmond Wiley.

—No me extraña que no quisiera que derribáramos la puerta del garaje. Yo diría que los asesinatos se cometieron aquí. Claro que también podría haberlos matado en ese puto matadero self-service, haber arrastrado los cadáveres hasta aquí y habérselos llevado a algún sitio en ese coche que ha desaparecido —comentó uno de ellos.

—Habría necesitado algo para transportar los cadáveres. No habría podido arrastrarlos hasta aquí sin dejar un gran rastro de sangre.

—Cierto —coincidió otro—. Pero ¿qué podría haber utilizado? Tendría que haber sido algo impermeable.

—Se nota que nunca has estado en el matadero de Ponson. Ve a verlo. Llévate mi linterna. Charlie tiene otra. Y échale un vistazo a las bolsas de plástico. Quizá así te hagas una idea.

—Está bien, iré —dijo el tercer detective y, convencido, echó a andar por el jardín hacia los campos de labranza.

Cuando volvió, era otra persona.

—¡Madre de Dios! Creí que bromeabais cuando decíais que era un matadero. No cabe duda de que ese cerdo de Ponson es un asesino. Lo que no entiendo es por qué no hay sangre fresca allí. Está toda seca.

Los otros dos detectives tuvieron que darle la razón.

—No había visto nada más horroroso en mi vida. Hay un letrero donde dice que es un matadero self-service, y otro que reza «MÁTALOS TÚ MISMO Y

CÓMETELOS». Qué cabrones.

Los otros dos guardaron silencio. Ya sabían que Albert era un sinvergüenza, y que ofrecía a los granjeros la posibilidad de sacrificar sus propios animales a un precio mucho más bajo del que cobraban los carniceros. Eso no era ningún crimen, ni tenía mucha importancia. Ponson siempre había sido un granuja, y si había justicia en el mundo, debería pasar unos cuantos años entre rejas. Pero aquello era una exageración. Las hectáreas de sangre incrustada que había en el matadero de Ponson y la desaparición de su esposa y de aquel joven forastero hacían pensar que a éstos les había pasado algo verdaderamente espantoso.

Después de raspar una cantidad considerable de manchas de sangre seca del suelo del chalet y de fotografiar las manchas de manos ensangrentadas de las paredes del garaje, habían encontrado una toalla nueva y habían limpiado con ella la sangre fresca. Volvieron a registrar las ruinas y añadieron a la lista de pruebas los casquillos de bala y la alfombra manchada de vómito; luego volvieron a la comisaría.

Bajo el goteante arbusto, Albert captó fragmentos de la conversación de los detectives, y quedó horrorizado. Había construido el matadero self-service para ganar el suficiente dinero para burlar a los inspectores de Hacienda, y en lugar de eso había despertado las sospechas de la policía. No había previsto las consecuencias de aquellos letreros, que insinuaban que era un asesino y un caníbal. De hecho, recientemente había retirado del periódico local un anuncio donde hacía la misma invitación, porque el párroco se había quejado; pero ahora que su esposa y el estúpido de Esmond habían desaparecido, la policía no tardaría en enterarse. La suerte estaba echada.

Por si fuera poco, el matadero estaba lleno de sangre animal, y si la policía intentaba obtener muestras de ADN humano, le resultaría imposible distinguirlas entre los litros de sangre de cerdo y de vaca que se habían acumulado en el suelo a lo largo de los años.

Tumbado en el jardín, empapado y estremeciéndose de frío, Albert empezó a compartir la opinión de los detectives de que iba a pasar unos años entre rejas, aunque por un crimen que no había cometido. Tras llegar a esa funesta conclusión, esperó hasta que aquel maldito policía que estaba vigilando las ruinas del chalet se quedó dormido en una butaca de los restos del salón. Cuando Albert se convenció de que el policía estaba completamente dormido, salió de la maleza y fue de puntillas por la calle hacia el garaje de coches de segunda mano. Cogería uno de los coches menos llamativos, pero rápido y fiable, y se largaría de allí.

Albert no dejaba de preguntarse dónde podían estar Belinda y Esmond. Quizá estuvieran todavía en el hospital, y a Esmond le estuvieran practicando un lavado de estómago. En ese caso, sería mejor que él también fuera allí…

Pero, bien mirado, no parecía tan buena idea. Quizá pensaran que se había propuesto librarse de aquel patán provocándole una sobredosis de alcohol y lo

detuvieran como sospechoso. O quizá al verlo llamaran a la policía sólo por la pinta que tenía.

Al final, Albert decidió que lo más seguro era fiarse de su primer impulso y largarse de allí. Cogió las llaves de un Honda y, unos minutos más tarde, conducía a ciento sesenta kilómetros por hora hacia Southend. Cuando llegara allí, buscaría una habitación en alguna pensión y no en un hotel elegante, donde se ofrecerían para llevarle las maletas y le preguntarían por qué iba tan mojado. No: buscaría un sitio barato y modesto donde no le hicieran preguntas. Y pagaría en efectivo.

Fue entonces cuando Albert recordó que no llevaba dinero encima, y que su fortuna estaba en la caja fuerte, debajo de la moqueta del dormitorio. Y nada más caer en la cuenta de ese pequeño detalle, un coche de policía le hizo luces y lo obligó a frenar y parar en la cuneta.

Una hora más tarde, le habían hecho la prueba de la alcoholemia y estaba custodiado por la policía, acusado de conducir con una tasa de alcohol en sangre superior a la permitida, a ciento noventa kilómetros por hora, con un vehículo sin papeles, con frenos defectuosos y con los neumáticos gastados.

—Mañana por la mañana se presentará ante el juez, del distrito —le dijeron— por conducción temeraria y embriaguez. Puede considerarse afortunado. Podría haberse matado, o lo que es peor, haber matado a un montón de gente.

El agente se equivocaba. A la mañana siguiente, Albert volvía a Essexford en una furgoneta policial para ser interrogado por el inspector jefe, quien a esas alturas ya estaba convencido de que Albert Ponson y su hermana eran unos criminales psicópatas.

25

Vera Wiley, a la que habían sedado nada más llegar a Urgencias, ya se había recuperado por completo cuando el inspector jefe llegó al hospital. Se incorporó en la cama y pidió que le devolvieran su ropa. El inspector jefe le dijo al médico que trasladara la cama de la señora Wiley a una habitación individual, y el médico se alegró mucho. Los otros pacientes de la sala se pusieron a aplaudir. Estaban hartos de oír gritar a la señora Wiley que quería que le devolvieran a su Esmond, su querido hijo del amor.

—¿Quién es Esmond? ¿Su marido? —preguntó el inspector jefe, que acababa de recibir una llamada del secretario del ministro del Interior para explicarle que la tarea de un policía, fuera cual fuese su rango, era detener delincuentes y no destrozar viviendas. El secretario colgó antes de que el inspector jefe pudiera contestar—. Me ha dicho: «Eso pueden dejárselo a al-Qaeda» —le explicó el inspector jefe a Vera.

—¿Se refiere a mi hermano? Mi hermano no se llama Alcaeda. Se llama Albert Ponson. ¿Dónde se ha metido? Dejé a Esmond con él, y se suponía que Albert tenía que protegerlo de mi marido, que intentó matarlo.

—Es una lástima que no lo consiguiera —murmuró el inspector jefe, que estaba harto de todos ellos; pero rápidamente lo lamentó. Vera saltó de la cama y se abalanzó sobre él. La silla en que estaba sentado cayó hacia atrás, y el inspector jefe se golpeó la cabeza contra el borde de un armarito que había junto a la cama. Un médico y dos enfermeras se lo llevaron en camilla a Urgencias, donde le dieron diez puntos de sutura.

El comisario lo relevó después de que varios policías consiguieran meter de nuevo a Vera en la cama y le pusieran unas esposas en los tobillos.

—Intente saltar de la cama con las esposas puestas y se romperá las piernas —le advirtieron.

Vera apoyó la cabeza en la almohada y rompió a llorar.

—Quiero saber qué le ha hecho mi hermano a Esmond. Mi marido intentó matarlo. Ya se lo he dicho.

—¿Intentó matar al señor Ponson? ¿Por qué?

—Porque decía que había tres como él.

—¿Tres como él? ¿Su marido tiene un hermano gemelo? O, mejor dicho, ¿tiene dos hermanos gemelos? ¿Son trillizos? ¿Es eso lo que intenta decirme? En ese caso, ¿cómo sabe usted quién le está haciendo el amor?

—¡No sé de qué me habla! —gritó Vera.

—Ya somos dos. Ah, claro. Su marido intentó matar a tres Ponsons. Bueno, no se lo reprocho. Al menos uno de ellos, Albert, es un canalla.

Vera lo miró sin comprender.

—Yo no he dicho eso. Me está atribuyendo algo que no he dicho —gimoteó Vera, lamentando que el comisario no dijera nada sensato.

El comisario intentó recapitular y volvió a empezar.

—Sólo dígame quién fue el que intentó matar a dos personas. Eso es lo único que quiero averiguar.

—Fue Horace.

—¿Y Horace es su marido?

—Claro que sí. Llevamos veinte años casados.

—De acuerdo. Eso ya lo he entendido. ¿Y dice usted que su marido ha enfermado y ha intentado matar a Esmond? ¿Y que Esmond es su único hijo?

—Sí. Intentó apuñalarlo con el cuchillo de trinchar.

A continuación el comisario formuló una pregunta que le parecía completamente razonable:

—¿Y Esmond era realmente hijo suyo? Es decir, ¿no estaría usted liada con otro tipo que le metió un bollo en el horno?

Vera no entendió esa expresión.

—¿Cómo quiere que me metiera un bollo en el horno si entonces yo estaba preparando la cena?

—Lo que quiero decir es si tenía usted una aventura con otro hombre que no era su marido y se quedó embarazada al eyacular él.

—¿Al qué? —preguntó Vera, cuyas románticas lecturas habían limitado su vocabulario.

—Cuando se corrió.

—¿Correrse? ¿Qué quiere decir?

—Está bien, haciendo el amor con usted.

—¿Haciendo el amor? Para hacer eso él habría tenido que estar conmigo. Y no estaba conmigo.

—Da lo mismo, no importa. Lo que intento averiguar es por qué su marido intentó apuñalar a su único hijo. Nada más. Debía de tener un motivo.

—Dijo que era porque Esmond era idéntico a él.

—Qué raro. Eso debería haberlo tranquilizado, pues significaba que usted no había tenido ninguna aventura con otro hombre —comentó el comisario.

—Ya le he dicho que yo no soy así. Siempre le he sido fiel a mi marido.

El comisario no lo dudaba. Ni siquiera un maníaco sexual se habría sentido atraído por la señora Wiley. Su marido debía de ser igual de repugnante. Llegadas a ese punto, suspendió el interrogatorio y fue a ver cómo estaba el inspector jefe. Y estaba fatal. Se le habían saltado los puntos y había que dárselos otra vez.

—Me cago en todo. Si esto dura mucho, yo también me volveré loco.

—Ya somos dos. Éste es el caso más raro al que me he enfrentado jamás.

26

Horace tampoco estaba disfrutando mucho con su viaje. Nada más salir de Inglaterra y del Támesis, cuando todavía estaban bastante lejos de Holanda, se había desatado una tormenta. El vapor volandero, haciendo honor a su nombre, se bamboleaba por el Mar del Norte de una forma que alarmó a Horace Wiley. Las olas rompían por encima de la proa, y de pronto, cuando cambiaba el viento, el agua llegaba primero por el lado de babor y luego por el lado de estribor; y Horace, que se había refugiado en su mugriento camarote, donde se veía lanzado de un lado a otro, se mareó como una sopa. En el camarote no había lavamanos, claro, así que tuvo que ir tambaleándose en busca de un cuarto de baño, pero sin suerte, y al final vomitó por la borda mientras se agarraba desesperadamente a la oxidada barandilla del barco y quedaba empapado. No daba la impresión de que el vapor estuviera avanzando; Horace echó un vistazo hacia la popa y no vio estela en el agua, lo cual sugería que las hélices, y por lo tanto el motor, se habían parado. Si Horace hubiera entendido algo de barcos, habría comprendido cuál era la razón por la que el barco se bamboleaba tanto y cambiaba constantemente de dirección. Y sin duda se habría alarmado aún más. Como estaba terriblemente mareado, buscó un cubo y se lo llevó a su camarote para vomitar en él. Lamentaba no haber elegido el avión como medio de transporte. Al menos, si el avión se estrellaba, apenas te enterabas de nada y tenías una muerte rápida. Pero eso había sido imposible. Si hubiera viajado en avión, habría tenido que enseñar su pasaporte, y probablemente habrían encontrado el dinero que llevaba en las maletas.

Cuando volvió a arrancar el motor y el barco empezó a avanzar por unas aguas relativamente tranquilas, Horace se quedó por fin dormido.

A la mañana siguiente, Horace vació el contenido del cubo por el ojo de buey y sacó el mapa de Europa que había comprado en Londres. Tenía que afrontar el hecho de que no tenía madera de marinero, y no soportaba la perspectiva de pasar otra noche en aquellas espantosas condiciones. Desembarcaría en Holanda, y quizá consiguiera mantener en secreto su ruta si continuaba su viaje por las líneas de ferrocarril menos utilizadas por los viajeros de largas distancias. Pero el mapa no era lo bastante detallado para mostrar otras líneas de ferrocarril que no fueran las principales, por las que circulaban los trenes de alta velocidad entre grandes ciudades. Mierda.

Horace decidió dirigirse a Berlín por la ruta más larga que encontrara. Dejó tirada la mayor parte de su equipaje, desembarcó y llegó a la ciudad una semana después de que partiera de Londres. Al llegar, cambió enseguida un montón de libras a euros en diferentes bancos y oficinas de cambio. Esa noche cogió un autobús para ir a la parte oriental de la ciudad, que había pertenecido a la zona rusa, y pasó la noche en la

habitación más barata del hotel más barato que encontró. Había decidido alternar entre autobuses y trenes, y salir de Alemania por una ruta en zigzag. No tenía ni idea de dónde iba a acabar. Su único objetivo era impedir que alguien le siguiera el rastro, y pensaba dar un nombre diferente en cada sitio donde se detuviera. Lo mejor fue que le compró un pasaporte a un inglés borracho que había ido a Múnich a ver un partido de fútbol, y más adelante, en Salzburgo, le compró otro a un tipo barbudo. Pasó dos días tratando sin éxito de dejarse patillas, pero al final no las necesitó para pasar con éxito la frontera con Italia.

27

En Grope Hall, Esmond no tenía ni idea del jaleo que habían causado su desaparición y la de Belinda Ponson.

Eso se debía, en parte, a que no tenía forma de saber dónde estaba, y en parte porque todavía se estaba recuperando de la resaca y de los somníferos que le suministraban todas las noches. No eran unos somníferos muy fuertes, pero sí lo suficiente para dejarlo amodorrado. El hecho de llamarse Joe Grope empeoraba las cosas, y tener que llamar a Belinda «querida» en lugar de «tía» no contribuía a que la situación resultara más comprensible. De vez en cuando se levantaba de la cama y miraba por la ventana con la esperanza de ver algo que pudiera entender, como por ejemplo casas, pero sólo veía campos de hierba infinitos y, a lo lejos, lo que parecía un muro de piedra gris. Más cerca de la casa había rebaños de ovejas que pacían a sus anchas, y justo debajo de la ventana, unos cerdos habían dejado el suelo convertido en un gran barrizal con sus hocicos y sus pezuñas. Los dos toros negros que rondaban por el jardín, completamente sueltos, resultaban más alarmantes.

No se oían pasar coches, un ruido al que estaba acostumbrado en Selhurst Road. Mientras contemplaba el paisaje, sólo alguna ráfaga de viento sacudía de vez en cuando el cristal. A veces, le parecía oír el murmullo de voces provenientes de la habitación de abajo. Al menos una parecía de hombre, porque era más grave y menos frecuente de la que le atribuía a la mujer, aunque no estaba seguro. El suelo tenía demasiado grosor y Esmond no oía casi nada, pero de vez en cuando oía risas, aunque breves, porque la discusión, o quizá la pelea, enseguida se reanudaba.

De hecho, de lo que hablaban las dos únicas supervivientes de la familia Grope —Myrtle y Belinda— era de cómo deshacerse del viejo Ford que Belinda se había llevado de Essexford. El coche seguía en el granero, pero si alguien lo veía (lo cual era poco probable), esa información podría ofrecer muy buenas pistas a la policía. Belinda ya le había quitado las matrículas con ayuda del Abuelo Samuel, que había borrado los números con el extremo plano de un hacha, pero librarse del coche iba a ser mucho más difícil.

—Podríamos meterlo en la mina y enterrarlo bajo toneladas de tierra —propuso el Abuelo Samuel.

—¿Y de dónde vamos a sacar el carbón que necesitamos para la cocina si bloqueamos el túnel principal de la mina? —preguntó Myrtle.

—Hay muchos túneles secundarios donde no queda carbón. Lo único que tenemos que hacer es meter el coche en uno de esos túneles y luego derrumbar el techo.

—¿Y si alguien empieza a excavar en el túnel?

—Alambre de espino. Montones de alambre de espino —dijo el Abuelo Samuel, que se estaba entusiasmando sólo de pensarlo—. Antes de derrumbar el techo, llenamos veinte metros de túnel con alambre de espino. También podríamos poner una reja de hierro para que no entre nadie a robar carbón.

—Pero si aquí, entre los toros y los perros, nunca viene nadie.

—Ya, pero por si acaso.

—En fin, ¿cómo piensas derrumbar el techo? —preguntó Belinda.

—Con explosivos.

—¿Qué explosivos?

—No se preocupe por eso. Déjemelo a mí —dijo el Abuelo Samuel riendo por lo bajo—. Pero voy a necesitar la ayuda del chico.

Emocionado por la idea de poder utilizar, por fin, su arsenal de explosivos, Samuel salió corriendo de la habitación y cerró la puerta tras él.

Cuando se quedaron a solas, las mujeres se pusieron a hablar del futuro de Esmond.

—Bueno, respecto a la boda —dijo Myrtle—, se celebrará en la capilla. Y si no tenéis ninguna niña, se lo devolveremos a sus padres, en Croydon, y buscaremos a otro.

—También podría quedarse aquí —se apresuró a decir Belinda, que palideció al pensar que Esmond pudiera volver a su casa y contarles a su madre o a su tío Albert dónde había estado cautivo y quién lo había llevado allí—. Necesitamos hombres para trabajar en la granja, y aquí, entre los toros y las ovejas, hay mucho espacio para deambular. Aunque no creo que le quede mucho tiempo para eso. El Abuelo Samuel puede enseñarle todo lo que necesita saber sobre la granja y sobre la mina.

Ambas mujeres rieron a carcajadas, y Esmond, que escuchaba en el piso de arriba, se preguntó una vez más cuál sería el chiste.

28

En la comisaría de Essexford, Albert ya se había enterado de que no servía de nada exigir la presencia de su abogado mientras lo interrogaban por ser sospechoso de terrorismo y del asesinato de dos personas.

Además, su abogado era un antiguo pretendiente de la mujer a la que presuntamente había matado. El inspector jefe en persona le había explicado la situación, y el abogado le había aconsejado que le arrancara la verdad «a ese asesino de mierda hijo de la gran puta». El inspector jefe compartía su opinión. Nadie, exceptuando la policía, sabía que habían detenido a Albert Ponson. Los periódicos se estaban dando un verdadero festín con la presunta explosión de una casa fuertemente blindada y no habían dudado en relacionarla con al-Qaeda, afirmando que era un almacén de materiales para la fabricación de bombas.

Entretanto, habían cubierto los restos de la casa con un enorme toldo azul, y habían llevado a más agentes de policía para mantener a los curiosos alejados de allí. Había cintas amarillas tendidas en la calle, y unos hombres y mujeres con chándal blanco examinaban cada centímetro del interior. Estaban analizando muestras de sangre del chalet y del matadero self-service, donde había tal cantidad de sangre que la policía estaba convencida de que allí se había perpetrado un crimen macabramente organizado.

La mezcla de sangre de diversos animales dificultaba mucho el trabajo de la policía. Llevaron muestras al laboratorio forense más sofisticado del país, donde hasta a los más renombrados expertos les resultó difícil distinguir el ADN de animales del de los humanos asesinados y del de los aficionados que, sencillamente, se habían cortado mientras sacrificaban sus animales.

—Quienquiera que haya sido el que ha ideado esta conglomeración de sangre sabía exactamente lo que hacía. Jamás había visto nada parecido —comentó el jefe del equipo de forenses.

Lo mismo habría podido decir Albert Ponson. Se estaba enterando de lo que significaba ser interrogado por un inspector jefe brutalmente ambicioso que se había ganado el puesto a pulso, y al que todavía le dolía la cabeza por el costurón que llevaba en ella.

—Me las pagará. Le voy a enseñar a pegar patadas en los huevos —chilló Albert después de recibir la segunda patada en esa parte de su anatomía.

—Lo dudo mucho, amigo. Ya no estaré por aquí cuando tú salgas de la cárcel. Dentro de unos cuarenta años. ¡Vete haciendo a la idea, terrorista de mierda! Mejor dicho, tendrás suerte si te sueltan antes de morir. Porque tenemos otras acusaciones contra ti.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Como matar a dos de mis hombres y herir a otros tres cuando se vino abajo el tejado.

—¡Yo no tengo la culpa de que el tejado se viniera abajo! —gritó Albert, que empezaba a preocuparse de verdad—. Ya les dije que la fachada cedería si derribaban la puerta del garaje.

—¿Ah, sí? —dijo el inspector jefe, y se volvió hacia el comisario—. ¿Eso les dijo?

—Claro que no. Ese cerdo miente. Dijo que no podía salir, y con todo ese metal y ese cristal blindado nosotros no podíamos entrar. Sólo intentábamos ayudar a ese capullo. ¿Y dónde están su esposa y ese chico, Esmond, si se puede saber?

—Muertos, seguro. Su mujer debía de saber demasiado, y quizá hubiera intentado chantajearlo. Primero la mató a ella, y luego intentó liquidar a su sobrino con una sobredosis de alcohol. Y no sólo lo intentó. Los forenses dicen que en esa moqueta había suficiente vómito para matar a un hipopótamo. Whisky, coñac… De todo. Hasta absenta, seguro. No me extrañaría nada que ese pobre desgraciado se hubiera ido al otro barrio. Sería un milagro que siguiera vivo.

—Eso es mentira —gritó Albert—. Yo no le di absenta a ese imbécil.

El inspector jefe sonrió.

—¡Vaya, no le dio absenta! Esta vez te he pillado, Ponson. Eso significa que le obligaste a beber todos los otros licores que había en la casa. Eso debió de bastarte para destrozarle el hígado. Desde luego, yo me habría destrozado el mío con sólo mirar las botellas vacías que había tiradas por el suelo. Dios mío, tengo que ir a interrogar a esa chiflada, la madre del pobre chico. Mantenga despierto a este capullo y no lo deje en paz ni un momento.

El inspector jefe salió de la celda de Albert y se dirigió sin prisas al hospital palpándose la frente vendada. No le apetecía nada decirle a Vera que su querido Esmond había desaparecido y que seguramente estaba muerto.

29

Por si Esmond todavía no estuviera suficientemente desconcertado, a finales de esa semana lo pusieron a trabajar. Tenía que ayudar al Abuelo Samuel en uno de los pozos de la mina de carbón.

—Haga dos agujeros en el techo con esto —le dijo el Abuelo Samuel, y le puso en las manos un enorme taladro—. Yo voy a preparar la dinamita.

—¿Dinamita? ¿De dónde ha sacado la dinamita?

—La encontré. Debió de sobrar de cuando empezaron a excavar para buscar carbón. Tuvieron que utilizarla porque era la única forma de abrir una vía para las vagonetas a través de la roca. La he mantenido seca y lejos de la casa, donde nadie pudiera encontrarla.

—Pero ¿eso no es peligroso?

—Supongo que no. La guardé en un recipiente hermético. Bueno, ya veremos si todavía sirve. Mire, primero coja la escalerilla, porque sin ella no llegará, y haga dos agujeros en el techo.

Esmond obedeció y se puso a trabajar con el taladro.

—¿Qué más hago? —preguntó cuando hubo hecho los agujeros que quería el Abuelo Samuel.

El Abuelo Samuel había cogido un gran cuenco de loza y estaba fuera, sentado encima de una caja, metiendo la pólvora del cuenco en un par de cartuchos de calibre doce de los que salían sendos hilos de cobre. El cable provenía de una bobina, y cuando hubo medido cincuenta metros anudó los hilos. A continuación fue a buscar los cartuchos de dinamita y, subiéndose en una escalerilla, los introdujo en los agujeros del techo. Por último, introdujo los cartuchos que había rellenado de pólvora.

—Debería funcionar —dijo cuando salieron al patio—. No creo que la roca aguante mucho. Ahora deje de deambular por ahí, vaya a buscar el viejo Ford y tráigalo.

Esmond estaba fascinado. Siempre había querido volar algo. Fue al granero y sacó el viejo Ford. El coche entró con facilidad en el túnel, y mientras el Abuelo Samuel estaba de espaldas, Esmond se subió al capó y comprobó que los cartuchos estuvieran bien introducidos en los agujeros que había practicado en la roca. De hecho, encajaban perfectamente, y sólo tuvo que meter una cuña de madera en uno de ellos. Entretanto, el Abuelo Samuel había cogido un generador eléctrico y estaba esperando a Esmond, al que llamaba Joe o señor Grope, para que lo ayudara a bajar unos rollos de alambre de espino.

—No va a hacer falta, pero es mejor asegurarse. Primero haremos explotar el techo, para comprobar que la pólvora funciona. Después quizá haya que instalar una

reja. Eso disuadirá a la gente de entrar, aunque no creo que nadie lo intente. Porque todo el mundo sabe que a Grope Hall es mejor no acercarse. Por lo que he oído en la cocina, aquí estará usted a salvo. Mire, ningún hombre ha logrado salir de aquí a menos que ellas quisieran que saliera, y cuando digo ellas me refiero a las de la cocina.

—Yo no quiero irme —dijo Esmond, sorprendiéndose a sí mismo. Siempre había ansiado hacer estallar algo, y había descubierto que le encantaba ocuparse de los cerdos. Y por encima de todo se sentía libre. La idea de volver a su casa de Croydon le repugnaba. Allí, dondequiera que estuviera, sentía que podía ser él mismo en lugar de tener a su madre asfixiándolo y llamándolo «querido», por no hablar de su padre, que lo había agredido con un cuchillo de trinchar. Rememoró su vida y comprendió que jamás había sabido quién era. Allí, en medio de aquel agreste paisaje, por fin sentía que lo sabía. Aunque no estuviera del todo seguro de cómo se llamaba.

—Veremos si funcionan esos cartuchos —dijo el Abuelo Samuel, y conectó el cable de cobre principal al generador eléctrico—. Prepárese, voy a empezar.

El Abuelo Samuel encendió el generador y se oyó un sordo estruendo proveniente del túnel lateral, por cuya boca salió una nube de polvo. Cuando la nube se dispersó, entraron y contemplaron el resultado de su improvisada explosión. No había ni rastro del viejo Ford.

—Coja la linterna, Joe. Parece que se ha derrumbado todo el techo. Mejor, así no hará falta el alambre de espino.

De todas formas, el Abuelo Samuel no quería correr riesgos innecesarios. Esa noche pintó un gran letrero con la advertencia: «PELIGRO. TECHO INESTABLE» y lo clavó en un poste junto a la entrada del túnel.

—Creo que con esto bastará —dijo.

Y por primera vez desde su llegada, Esmond se fue a dormir sin tomar ningún somnífero, y durmió como un bendito.

30

No podía decirse lo mismo de Vera. Para cuando el inspector jefe regresó al hospital, ella estaba muy angustiada, por no decir algo peor, pero se había recuperado lo suficiente para hacer preguntas y para intentar contestarlas. El inspector, por otra parte, estaba decidido a tomarse la revancha por la agresión de Vera y por los diez puntos que le habían dado en la cabeza.

—Si cree que esa mujer tiene que permanecer en el hospital, y si está convencido de que no finge, no la saque de la habitación individual —le dijo al médico—. Hay que mantenerla lo más lejos posible del resto de pacientes, y usted tiene que asegurarse de que no se levante de la cama.

Cuando el médico le preguntó por qué, el inspector jefe contestó:

—Es sospechosa de un caso de asesinato múltiple. Un caso por el que debe ser interrogada concienzudamente.

—¡Dios mío! ¡Asesinato múltiple! —exclamó el médico, horrorizado—. ¿A quién se supone que ha matado?

—Eso no puedo revelárselo. En fin, son sólo suposiciones, pero los indicios apuntan a que podría estar relacionada con un crimen muy grave. Ah, y, de paso, ¿puede suministrarle algo para tranquilizarla?

El médico lo miró, desconcertado.

—¿Algo para tranquilizarla? Pero si esa mujer es… Sólo Dios sabe qué es. La mayor parte del tiempo está totalmente histérica, a menos que la sedemos por completo.

—No quiero que la seden por completo. Dele algo que reduzca su ansiedad y que le permita razonar. No quiero que me den más puntos en la cabeza.

—Le pondremos cinco gotas de Rivotril en el té.

—¿Qué demonios es eso?

—Es una benzodiacepina. Si le diera más ahora mismo podría quedarse dormida. Será mejor que espere usted media hora.

El inspector jefe se quedó en la sala de espera para darle tiempo a Vera a calmarse antes de empezar a interrogarla.

—Señora Wiley, no quisiera molestarla —mintió fingiendo compasión—, pero quiero averiguar adónde ha ido su hijo. Quizá usted pueda ayudarme. ¿Se le ocurre algo que no me haya comentado?

Vera lo miró fijamente. Ese detective no se parecía nada al que había tirado al suelo. Por otra parte, llevaba la cabeza vendada, de modo que debía de ser el mismo.

—Pero si ya le he dicho que no entiendo qué está pasando —contestó—. Por eso traje a Esmond aquí, a casa de mi hermano.

—¿Por qué? —insistió el inspector jefe.

—Porque mi marido intentó matarlo, ya se lo he dicho. ¿Por qué vuelve a hacerme las mismas preguntas?

—Tenemos que asegurarnos de que no se le ha olvidado ningún detalle, señora Wiley.

—Claro que no se me ha olvidado nada. ¿Qué quiere que se me haya olvidado?

El inspector jefe suspiró. Aquella condenada parecía saber perfectamente lo que decía. Empezó a desear que el médico le hubiera suministrado un sedante más potente.

—Está bien, le haré otra pregunta. Hemos ido a su casa de Selhurst Road y no hemos encontrado a su esposo. ¿Tiene idea de dónde podría estar?

—En un pub —le espetó Vera, sorprendida al reparar en que se había olvidado por completo de Horace, que debía de seguir encerrado en su habitación tratando de recordar desesperadamente cuándo ella le había dado de comer por última vez—. Pero ¿cómo sabe que no está en casa? A lo mejor está durmiendo.

—Le aseguro que no está.

—¿Insinúa que han entrado en mi casa por la fuerza? No tenía derecho a hacer eso —le recriminó Vera—. Ustedes son policías. Se supone que tienen que mantener la ley, no violarla.

El inspector jefe suspiró otra vez.

—No hemos violado la ley. La puerta trasera no estaba cerrada con llave. Nos hemos limitado a entrar.

—Miente. Siempre cierro con llave antes de salir —protestó Vera, olvidando que, de hecho, esa mañana había salido corriendo por la puerta trasera al telefonear a casa de su hermano y no obtener respuesta, temiendo lo peor y comprobando, al llegar a Ponson Place, que sus temores eran fundados.

—Pero quizá el señor Wiley no cierre siempre con llave.

—Sí cierra con llave. Es director de banco, y siempre ha sido muy maniático. Es maniático respecto a todo, incluso respecto a la necesidad de cerrar las puertas con llave.

—Pues no lo es con su ropa. Había dos chaquetas y un traje tirados en el suelo. Y unos calcetines. Había vaciado el armario y lo había tirado todo encima de la cama, que estaba deshecha. El interior de la caja fuerte del banco también estaba revuelto.

El inspector jefe hizo una pausa para dejar que Vera reflexionara sobre lo que implicaba esa descripción. Era arriesgado habérselo dicho, porque sólo era parcialmente cierto, pero quizá la animara a explicarle qué clase de matrimonio formaban los Wiley. Estaba convencido de que era un matrimonio muy insatisfactorio.

31

—Así aprenderá —le dijo el inspector jefe al sargento, que rondaba por allí cerca, cuando la reacción de Vera al oír su descripción de la casa y del banco fue ponerse histérica por enésima vez—. Prepare café bien fuerte, y cuando digo bien fuerte quiero decir fuerte de verdad, para que esa zorra no pegue ojo en toda la noche. Voy a hacer que me traigan de Croydon ese cuchillo de trinchar con que su esposo intentó matar a su hijo, y quiero que se asegure usted de que haya un montón de sangre en la hoja. Necesito apartar el componente doméstico de esta masacre antes de que llegue la brigada antiterrorista y se encargue de él.

—¿Por qué no quiere que se ocupen ellos, señor? Sus especialistas forenses ya están trabajando con las muestras de sangre del chalet y del matadero.

—Y no están descubriendo nada. Quiero demostrarles que la policía local puede hacerlo tan bien como ellos o incluso mejor, porque nosotros conocemos esta zona y a sus granujas mejor que ellos.

Un poco más tarde, en la sala, Vera, haciendo honor a la promesa de aquel café bien fuerte, armaba tanto jaleo que los pacientes de las salas cercanas también se quejaban a voz en grito.

—Será mejor que nos la llevemos a la comisaría —propuso el inspector jefe—. La interrogaré allí. Y asegúrese de que va esposada. No quiero que tengan que volverme a coser la cabeza.

—¿Adónde me llevan ahora? —gritó Vera cuando cuatro fornidos policías la levantaron de la cama.

—A un sitio tranquilo donde nos va a contar dónde está el canalla de su marido.

—Espero que esté en el infierno. Es donde merece estar.

Entonces Vera hizo una pausa y admitió:

—Debería estar en la cama. Allí es donde lo dejé.

—¿Vivo o muerto, señora Wiley?

—Muerto estaría si hubiera podido hacer las cosas a mi manera. ¡Vivo, por supuesto, idiota! ¿Cómo se atreven a detenerme cuando mi querido hijito podría estar en una zanja o algo peor?

Ante esa posibilidad, Vera rompió a llorar y empezó a golpearse la cabeza contra la pared de la celda, hasta que una hora más tarde se derrumbó y se quedó como aletargada.

—Le advierto que si sigue así le va a dar un infarto —dijo el médico que había acompañado a Vera a la comisaría.

—Sería lo mejor que podría pasarle —gruñó el inspector jefe, que era partidario de la pena de muerte—. Llevo toda la noche aquí sentado y no he conseguido

sonsacarle ni una sola respuesta clara a esa desgraciada. Y sigo sin tener ninguna pista del paradero de su marido.

—Seguramente estará tan lejos de ella como pueda. Es lo que habría hecho yo en su lugar. Imagínese lo que debe de ser vivir con una mujer así —aportó el comisario.

—Prefiero no imaginármelo. Habrán hablado con el banco. Aparte del desorden, ¿faltaba dinero?

El comisario negó con la cabeza.

—Ni un céntimo. No sé qué habrá hecho ese capullo, pero el dinero no lo ha tocado.

—¿Han preguntado en los puertos? —preguntó el médico.

—Por supuesto. No ha cruzado el Canal, eso seguro. Además, por lo visto no le gusta viajar, y tiene pánico a los aviones. Se ve que tiene fobia a las alturas.

El comisario consultó sus notas.

—Pero su mujer ha dicho que le propuso matrimonio en Beachy Head. Es una elección extraña tratándose de alguien a quien le dan miedo las alturas.

—Sí, pero es un sitio ideal si quieres suicidarte, y después de veinte años con esa mujer, sería lo lógico.

—Cierto. Veamos, si esa mujer dice la verdad, su marido le propuso matrimonio en lo alto de un acantilado de ciento sesenta metros del que saltan muchos suicidas. Y estamos hablando de un tipo que, según dicen, tiene fobia a las alturas. Ni hablar. Aquí hay alguien que miente. Podría ser cualquiera de los dos, o ambos, aunque yo apostaría por ella. Todas esas chorradas sobre los «tres yos»… Supongo que podría tener alguna relación con la Santísima Trinidad, aunque por lo visto no pisan la iglesia los domingos. Pero nos estamos desviando del asunto principal, que es dónde paran el chico y esa tal señora Ponson.

El inspector jefe soltó una risotada y replicó:

—Supongo que en ese condenado matadero y en una máquina de picar. Ponson no montó ese negocio porque sí. Tenía algún propósito vil desde el principio, y no era ayudar a los criadores de poca monta de su pueblo.

—En eso estoy con usted —coincidió el comisario—. Ha ganado dinero vendiendo coches de segunda mano. O robados. Lo que no sé es por qué todavía no hemos averiguado qué se lleva entre manos realmente.

—Porque ese hijo de puta no vendía coches robados en su garaje. Y estoy seguro de que tampoco los robaba. Eso se lo encargaba a otros maleantes, y sin duda también hacía negocios legítimos. Los coches robados no debían de estar a su nombre, y el presunto propietario debía recibir un porcentaje de los beneficios. Y ese porcentaje debía de ser mucho menor que el de Ponson, puede estar usted seguro. —El inspector jefe se volvió hacia el médico y añadió—: No crea que nunca habíamos intentado atrapar a ese canalla, lo que pasa es que era demasiado espabilado. Pero ahora ya lo tenemos, gracias a Dios.

—Es posible que al-Qaeda lo reclutara hace años y que también haya invertido dinero —agregó el comisario.

—Lo que me gustaría saber es dónde se ha metido el marido —dijo el médico; encontraba fascinante esa conversación, y además le ayudaba a mantenerse despierto —. Y también me gustaría saber por qué intentó matar a su propio hijo. Debe de estar tan chiflado como su mujer.

En ese preciso instante entró un detective que no había oído la primera parte de la conversación.

—Hemos encontrado un arma en casa de los Wiley, señor. Y a juzgar por los restos de sangre que hay en ella, no cabe duda de que han intentado matar a alguien con ella —dijo blandiendo una bolsa de plástico con un cuchillo de trinchar dentro.

—Bueno, al menos la señora Wiley no dice sólo mentiras —dijo el inspector jefe. Miró al médico antes de añadir—: Pero opino como usted. Me preguntó dónde se habrá metido el psicópata de su marido.

32

Horace se preguntaba lo mismo. Había cruzado tantas fronteras y había comprado tantos mapas en idiomas que no entendía que no tenía ni idea de dónde estaba.

De Alemania había pasado a Polonia, y luego, atravesando las montañas, había llegado a Eslovenia, había cruzado la República Checa y Austria y se había perdido en Trieste. Desde Italia se había dirigido hacia Francia, hospedándose siempre en los hoteles más modestos que encontraba y dando un nombre falso. En varias ocasiones, en su esfuerzo por alejarse de las carreteras principales, había escogido estrechas carreteras rurales en las que no había hoteles, por lo cual con frecuencia había tenido que dormir al raso. De hecho, muchas noches no había podido pegar ojo porque le parecía estar rodeado de enormes animales, o al menos imaginaba que podía estarlo, lo cual era casi peor.

Por último, cuando ya parecía un vagabundo (le habría gustado llevarse más ropa y una maquinilla de afeitar eléctrica con un enchufe adaptado a las tomas de corriente europeas), entró en Francia. Entonces desistió de intentar afeitarse y se dejó crecer la barba.

Su único consuelo era que a cualquiera que intentara seguirlo iba a resultarle imposible dar con él. Sin embargo, eso no lo tranquilizó mucho cuando, tras días y días caminando por lo que según sus cálculos debía de ser Italia, Horace encontró el paso cerrado por un río increíblemente ancho. Como no sabía nadar y no podía volver sobre sus pasos, tuvo que caminar varios kilómetros hasta encontrar un puente. El alivio que sintió al verlo duró poco, pues descubrió que en el puente había un policía que, por lo visto, lo custodiaba.

Horace no quería arriesgarse a enfrentarse con el policía, así que esperó en la orilla del río a que el policía, cuyo principal deber parecía consistir en detener a los coches que circulaban demasiado deprisa e impedir que se formaran atascos en el estrecho puente, se distrajera. Al cabo de una hora larga un atasco particularmente grave en el que había implicados dos camiones enormes le ofreció la oportunidad que estaba esperando; pasó al lado del policía y cruzó el puente.

Ya a salvo en la otra orilla del río, todavía en Francia, continuó su viaje. Una mañana, cansado y con cara de sueño, esperó a que pasara un autobús, y al final paró a uno con matrícula española y subió a él. Una vez sentado, Horace entabló conversación con el pasajero que iba a su lado, que, afortunadamente, hablaba un inglés muy decente.

—¿Adónde va? —le preguntó el tipo después de que se presentaran.

—No tengo ni idea —admitió Horace—. Pero lo que me gustaría saber es qué idioma habla esta gente. Sé reconocer el español, y esto no me suena.

—Estamos en Cataluña, y aquí la gente habla catalán. Es una mezcla de francés y español, y muchas veces la gente utiliza el castellano o el español de Madrid. En cada región tienen su propio acento, por supuesto, con lo cual es aún más difícil entenderlo. Con Franco estaba prohibido hablar catalán, pero la gente lo hablaba en su casa, desde luego. Los españoles no entienden ni una palabra.

A Horace sólo le faltaba eso para acabar de confundirse, y en lugar de continuar esa desconcertante conversación, pasó el resto del viaje fingiendo que dormía.

Pero su compañero de viaje tenía razón. Estaban en Cataluña, y hasta Horace supo reconocer la inconfundible arquitectura de Barcelona. Cuando llegaron a esa ciudad, ya había tomado una decisión. Por lo que había visto del paisaje y por lo que le había contado su compañero de viaje sobre el carácter pacífico de los catalanes antes de que él empezara a hacerse el dormido, aquél podía ser un buen sino para hacer una escala. Si aceptaban su pasaporte en lugar de un carnet de conducir, podía alquilar un coche y explorar la región. Y si no lo aceptaban, estaba acostumbrado a los trenes y a los autobuses, y a viajar a pie.

Horace se hospedó en el primer hotel que encontró al apearse del autobús, se compró unos zapatos y otro mapa, además de una guía de viaje en inglés, y pasó la tarde en su habitación planeando una ruta turística.

También encontró un *Daily Telegraph* viejo en el vestíbulo del hotel, y como no había visto un periódico británico desde que iniciara su viaje, le encantó comprobar que no se mencionaba ninguna investigación policial relacionada con el crimen que, en cualquier caso, él no había cometido. Pero lo mejor de todo, desde el punto de vista de Horace, fue leer la noticia de primera plana del derrumbamiento, en circunstancias misteriosas, del chalet del señor Albert Ponson y de la detención de su propietario. Lo que no sabía Horace era que ese ejemplar del *Telegraph* era muy antiguo. De haber podido leer una edición posterior, o la edición vespertina del mismo día, habría visto unos titulares muy diferentes.

33

Horace no sabía que el día anterior habían encontrado una serie de bombas de al-Qaeda repartidas por doce ciudades de Inglaterra, aunque por suerte las descubrieron y las desactivaron antes de que estallaran.

Aun así todo el país estaba en alerta, para gran deleite del inspector jefe, a quien Scotland Yard presionaba para que informara con la máxima claridad sobre qué demonios mantenía en secreto en Essexford.

—No es más que la típica y sórdida pelea doméstica, con una esposa y un chico de diecisiete años desaparecidos —informó—. Y una casa mal construida que se ha derrumbado. El hombre al que hemos detenido es un ladrón de coches paranoico. Ya hemos registrado las ruinas de la vivienda y no hemos encontrado explosivos ni documentos que indicaran conocimiento sobre fabricación de bombas. Además, el tipo es alcohólico, y cualquier cosa menos un fanático religioso. Si no me cree, compruebe sus antecedentes.

Tras deshacerse de la brigada antiterrorista, volvió a interrogar a Albert Ponson y, de mala gana, a Vera Wiley. La mujer seguía resistiéndose a dar respuestas coherentes.

—Ya se lo he dicho un millar de veces: lo dejé en la cama. Pregúnteselo a mi hermano Al, él se lo confirmará.

—Su hermano asegura que su marido amenazó con hacer pedazos a su hijo Esmond y disolverlo en ácido nítrico en un depósito de agua de doscientos litros que hay en la parte trasera de la casa. ¿Qué tiene que decir usted sobre eso?

Vera no estaba en condiciones de decir nada. Le dio un vahído y cayó hacia atrás en el banco, y el inspector jefe comprendió que se había pasado. Se levantó y salió de la habitación. Fue a buscar al sargento y le ordenó que entrara y que se encargara de aquella condenada que lo estaba volviendo loco.

—Y cuando recupere el conocimiento, no le diga a esa bruja que su hijo está desaparecido y dado por muerto.

—¿Le enseño el cuchillo, señor? —preguntó el sargento mostrándole la bolsa de plástico.

El inspector jefe se sujetó la cabeza con ambas manos.

—Por el amor de Dios, eso no es un cuchillo de trinchar. Es un formón, un formón cubierto de sangre.

El sargento lo miró y trató de decir algo.

—Supongo que si alguien quiere descuartizar un cadáver para meterlo en un depósito de agua lleno de ácido nítrico, un formón sirve igual que un cuchillo de trinchar. De hecho, mejor, porque en mi opinión…

—No me importa su opinión. Le digo que ése no es el cuchillo de trinchar que me enseñaron, y si eso es lo que usa usted en su casa para cortar el pan, para cuando haya conseguido cortarlo debe de estar más duro que la piedra.

El sargento se marchó y volvió al poco rato con el cuchillo de trinchar. El inspector jefe se quedó mirándolo, furioso.

—¿Dónde está la maldita sangre? —preguntó.

—El inspector ha dicho que creyó que sería antihigiénico ponerle sangre. Quería llevárselo a su casa para usarlo, y no creyó que usted se fijara en que…

Pero el inspector jefe ya estaba harto.

—Entre y vea si ya ha recuperado el conocimiento.

El inspector jefe fue a la celda de Albert Ponson, quien le comunicó que no pensaba contestar ni una sola pregunta más hasta que hubiera conseguido otro abogado.

—No tengo ni idea de adónde han ido Belinda ni el capullo de mi sobrino. Lo único que sé es que han desaparecido. Y no voy a decir nada más a menos que me consiga un abogado mejor. Y no me venga con el cuento ese de que el techo se les cayó encima a los policías. Eso no fue lo que pasó. Ya puede usted hacerme todas las preguntas que quiera, pero no pienso contestarlas si no es en presencia de mi abogado.

El inspector jefe desistió. La actitud de Ponson casi lo convenció de que aquel desgraciado no tenía ni idea, verdaderamente, de dónde se habían metido su esposa y Esmond Wiley. Peor aún, había advertido al comisario de que si arrancaban la puerta del garaje se vendría abajo la fachada del chalet, y no había mentido. Gracias a Dios, nadie le creía. Lo desconcertante era la necesidad de Ponson de convertir su casa en una fortaleza a prueba de balas.

Cuando el inspector jefe se dirigía en coche a su casa, de pronto se le ocurrió que aquel capullo quizá estuviera loco y padeciera alguna forma aguda de manía persecutoria. Eso explicaría lo del blindaje del chalet. Y si su locura era hereditaria, también explicaría la convicción de su hermana de que su marido había intentado asesinar a su hijo. Por otra parte estaba aquel horrible matadero en medio de los campos de labranza. Y no es que eso no indicara también locura, aunque un tipo de locura diferente y aún más espeluznante.

¿O sólo fingía estar loco para ocultar que era un granuja y un terrorista? Sin embargo, los detectives habían registrado la casa de arriba abajo y, aparte de los agujeros de bala alrededor de la cerradura de la puerta de la cocina, no habían encontrado ni una sola molécula de explosivos.

El inspector jefe exhaló un hondo suspiro, dio media vuelta con el coche y se encaminó a la comisaría.

—Quiero a todo el cuerpo de detectives que han sido asignados a este caso reunidos aquí dentro de veinte minutos —le ordenó al sargento nada más entrar por la puerta.

Mientras meditaba sobre la ausencia de indicios de que Ponson hubiera estado implicado en actos terroristas, de pronto se le ocurrió que quizá fuera verdad que al muy desgraciado lo habían encerrado en su extraordinaria casa, tal como él aseguraba. Cuando llegaron los detectives, el inspector jefe sólo tenía una pregunta que hacerles.

—¿Alguien ha encontrado alguna llave de las puertas de la casa?

Nadie las había encontrado.

—Siguiente pregunta: ¿por qué no funcionaba ningún aparato eléctrico?

—Alguien se cargó la caja de fusibles —contestó uno de los sargentos—. Estaba destrozada. Por eso el tipo gritaba que le dejaran salir.

—¿Y me lo dice ahora? —bramó el inspector jefe—. ¿Hay algo más que debería saber? ¿O prefieren no contármelo? —preguntó con sarcasmo, y prosiguió—: Lo que de verdad me gustaría saber es dónde se han metido esas tres personas. A partir de ahora, y hasta que reciban nueva orden, quiero que se concentren ustedes en eso.

—¿Tres personas? —dijo el comisario—. ¿No querrá decir dos, la señora Ponson y el chico de los Wiley?

—No, tres. Se olvida usted del señor Horace Wiley. Si hemos de creer a esa chiflada, él es el único que ha actuado de forma violenta, y por una vez estoy empezando a creérmela. Supongamos que mató a su hijo. Quizá pensó que la señora Ponson había sido testigo del crimen, y por lo tanto tuvo que matarla también a ella.

—¿Y dónde están los cadáveres?

—Olvídense de los cadáveres, de momento. Cuando tengamos a Wiley ya se lo sacaremos, aunque haya que utilizar empulgueras. Ahora lo que quiero saber es dónde está Wiley.

—Podría estar muerto también.

—Podría estar en cualquier sitio —admitió el inspector jefe con abatimiento.

Había llegado a la conclusión de que seguramente toda aquella familia estaba loca, incluido el hijo, lo hubieran asesinado o no. Y tal como iban las cosas, también él acabaría volviéndose loco.

Esa noche, víctima del insomnio, el inspector jefe cavilaba sobre el caso del que se había hecho cargo. Al principio creyó que sería un caso de poca importancia y que le permitiría detener a Albert Ponson, en quien tenía puesta la mira desde hacía años y a quien todavía no había podido acusar de ningún delito grave. Pero ya no pensaba lo mismo.

Por otra parte, el chalet fuertemente blindado y los tres presuntos asesinatos le hacían abrigar esperanzas de poder acusarlo de algo. No podía estar seguro de que los hubieran asesinado, pero sin duda habían desaparecido todos, y a medida que pasaban las horas de insomnio, el inspector jefe estaba cada vez más convencido de que el matadero self-service había sido utilizado para algo más que para sacrificar cerdos y vacas. Los forenses habían reconocido que no había suficiente sangre humana en aquel tétrico lugar para llegar a una conclusión definitiva, pero sí creían que cabía la

posibilidad de que hubieran estrangulado a alguien allí. Las macabras esperanzas del inspector crecían a medida que avanzaba la noche. ¿Por qué, por ejemplo, nunca habían fregado el suelo del matadero y habían dejado que la sangre se coagulara hasta formar una capa casi tan dura como el cemento del suelo y de las paredes? ¿No sería eso una advertencia de Ponson, un mensaje de lo que sería capaz de hacerles a sus enemigos?

Por otra parte estaba la evidencia de que allí no se había cometido ningún crimen con derramamiento de sangre, y hasta el inspector jefe tenía que admitir que proponer el estrangulamiento como la causa de la muerte era agarrarse a un clavo ardiendo.

Pero ¿y los casquillos de bala que habían encontrado en el chalet? ¿Serían verdaderamente producto de los intentos de Ponson de salir de la casa, como él afirmaba?

Un momento más tarde, el inspector jefe tuvo que reconocer, a su pesar, que en realidad a lo que se enfrentaba era a la desaparición de tres personas. Peor aún, podían hacerlo responsable de la destrucción de ese chalet. Aunque si pudiera encontrar a Horace Wiley, quizá tuviera aún posibilidades de conseguir un ascenso.

No se durmió hasta las cuatro de la mañana, sólo dos horas antes de que sonara el despertador y de que volviera a enfrentarse a aquella desesperante pesadilla.

34

Horace se lo estaba pasando en grande en la Costa Brava catalana. El hotel que había encontrado era excelente, y tenía una habitación con vistas a una playa abarrotada de bañistas. Le sorprendió ver que muchas de las mujeres que tomaban el sol en la playa llevaban trajes de baño minúsculos hasta extremos que él jamás habría podido imaginar.

Unos cientos de metros más allá de la zona donde se bañaba la gente, había una hilera de boyas en las que estaban anclados balandros, motoras y veleros un poco más grandes.

Horace se sentó en el balcón de su habitación y, feliz, se quedó contemplando la escena. Estaba verdaderamente contento con la vista que tenía desde la habitación del hotel: no le apetecía tomar el sol en la atestada playa y, además, no sabía nadar. Detrás de él oía los débiles sonidos de la camarera, que estaba pasando el aspirador por su habitación y haciendo la cama.

Poco antes, después de un desayuno perfecto en el comedor, donde tenía una mesa cerca de la ventana, el director del hotel, que hablaba un inglés excelente, le había preguntado si quería un periódico inglés. Horace dijo que sí, pero comentó que le sorprendía poder encontrarlo en España.

—En Cataluña, señor —explicó el director—, en verano los recibimos todos los días. En invierno hay que ir a buscarlos al pueblo. No queda lejos, pero en enero cerramos todo el mes para dar vacaciones a los empleados. Ahora está abierto el quiosco de la plaza, puede comprarlo allí.

Horace le dio las gracias y lo vio dirigirse a otra mesa y hablar en catalán; luego el director habló en español con otro par de clientes que no le entendieron y que contestaron, en un inglés impecable, que eran de Finlandia.

—Finlandia —dijo el director, y preguntó si ya sabían qué querían desayunar. Pero Horace había perdido el interés y salió al paseo. Se dirigió al quiosco y compró el *Daily Telegraph* y, para variar, también el *Daily Mail*.

Al volver al hotel, subió a su habitación y se sentó en el balcón, sin abrir los periódicos. Se fijó en un transatlántico que se veía en el horizonte, y lamentó no haber elegido esa cómoda vía de escape en lugar del arduo viaje a Letonia y el recorrido por Europa; pero entonces recordó que había escogido esa ruta, con origen en los muelles de Londres, por temor a que lo reconocieran. Además, reflexionó, en un transatlántico también habría corrido el riesgo de encontrarse a alguno de sus clientes del banco. No, el vapor volandero había sido el medio más seguro, aunque incómodo, para llegar a Europa. Ahora lo único que necesitaba Horace era cambiar por completo su aspecto físico. Ya se había dejado bigote, y la barba, cada vez más

larga y espesa, no tenía nada que envidiar a la de la fotografía del pasaporte que había comprado en Salzburgo.

Por último, Horace cogió los periódicos que había comprado y los estudió minuciosamente para comprobar si había alguna referencia a la desaparición de un director de banco de Croydon o, peor aún, alguna fotografía suya. Aliviado al no encontrar ni una cosa ni otra, siguió observando los cuerpos tendidos en la arena y lamentó no ser más joven.

35

Los sentimientos de Esmond eran prácticamente opuestos a los de su padre, ya que por fin se sentía una persona mayor. Estaba disfrutando mucho aprendiendo a dirigir la finca con el Abuelo Samuel, y lo trataban como a un adulto y le hacían asumir responsabilidades de adulto. Se había encariñado mucho con los cerdos y los cochinillos que hozaban en el espacio que había entre el huerto y el alto muro de piedra con su arco y su verja de hierro por el que habían pasado con el viejo Ford Cavalier para ir a enterrarlo en la vieja mina. Y también estaba la caseta de ordeñar, y el sendero con muretes de piedra que recorría los campos de labranza y se perdía en las pendientes cubiertas de hierba. Esmond —o Joe Grope, como todos se empeñaban en llamarlo— disfrutaba llevando las vacas hasta la caseta y con cualquier otra cosa que le pidieran que hiciera.

No tenía ni la más remota idea de dónde estaba, pero no le importaba. Por primera vez en la vida, su madre no lo abrumaba con sus mimos y su padre no lo odiaba ostentosamente. Para completar la sensación de que por fin se había librado de la inseguridad que le provocaba esa dualidad, también había abandonado para siempre el apellido Wiley. Esa noche, en la cama, Esmond se planteó su futuro y supo exactamente lo que iba a hacer.

36

En Essexford, el inspector jefe se hallaba al borde de la desesperación. El nuevo especialista forense enviado por el Ministerio del Interior había tenido una actitud condescendiente y no había resultado útil en absoluto, aunque había identificado el ADN de Esmond en la moqueta del chalet, donde Albert afirmaba que el chico se había caído, y había demostrado la relación de Esmond con la señora Wiley mediante un análisis de la sangre que le había extraído a ésta del brazo.

—Muy bien, sabemos que son madre e hijo, pero en el suelo no hay suficiente sangre del chico para justificar las sospechas de que lo hayan asesinado. Hay cristales por toda la casa. Pudo tropezar con una botella. ¿Estaban aquí todas esas botellas rotas cuando irrumpieron ustedes en el chalet?

—Sí —respondió el inspector jefe con amargura; no le gustó el tono que empleó el especialista forense al pronunciar la palabra «irrumpieron»—. Espero que no piense que mis hombres atracaron la tienda de licores y pillaron una cogorza. No son tan imbéciles.

El especialista forense sacudió la cabeza y no hizo ningún comentario. Tenía una opinión paupérrima de la rama uniformada del cuerpo de policía, y el grupo de Essexford que había necesitado un bulldozer sólo para abrir la puerta de un garaje y entrar en una casa era lo peor con que se había cruzado hasta la fecha.

—¿Hay algo más que le interesa que vea? —preguntó mientras se dirigía hacia su coche pensando que tenía que decirle al Ministerio del Interior que en el futuro no le hiciera perder el tiempo.

El inspector jefe aprovechó la oportunidad. Todavía se resentía de la arrogancia del especialista forense.

—Sí, me gustaría que viera otro edificio —dijo, y lo guió por el sendero que conducía al matadero self-service. Había hecho retirar de la carretera el letrero que rezaba «MÁTALOS TÚ MISMO Y CÓMETELOS», pero había dejado el que estaba clavado junto a la puerta del matadero. Sabía que ningún equipo de forenses hablaba con otros equipos, y quería ofrecerle al especialista una idea más clara de las tendencias asesinas del cerdo de Ponson y explicarle por qué había sido necesario utilizar un bulldozer para entrar en la casa. Lo consiguió.

—Cielo santo, ese hombre debe de ser un verdadero sádico —murmuró el especialista mientras leía el letrero clavado en la pared del edificio.

—Échele un vistazo al suelo del interior y dígame algo que yo no sepa —replicó el inspector jefe—. Encontrará todas las muestras de sangre que pueda necesitar.

Esperó junto a la puerta. «Así ese capullo arrogante tendrá algo que hacer», pensó, y como quien no quiere la cosa, le dio una patada a un cubo, derramando el agua sobre la capa de sangre seca que cubría el suelo de cemento. Cuando el forense

hubo recorrido todo el edificio, la zona más próxima a la puerta parecía cubierta de sangre fresca. Entonces, el forense añadió sangre de la suya al resbalar en la superficie húmeda y golpearse la cabeza contra el suelo de cemento. Antes de poder levantarse, resbaló dos veces más, y se desahogó soltando una serie de palabrotas de lo más grosero.

—Voy a ver si le consigo un poco de Elastoplast —dijo el inspector jefe, y volvió corriendo a las ruinas del chalet.

—¡Y una ambulancia! ¡Podría tener conmoción cerebral! —gritó el forense antes de desplomarse poco a poco hasta quedar sentado en la hierba, algo más cómodo, bajo el letrero que rezaba «MATADERO SELF-SERVICE». Empezaba a entender lo apropiado que resultaba aquel letrero.

37

Entretanto, Vera había salido de la comisaría y había regresado al hospital, donde, en una habitación individual, aislada e insonorizada, la estaba entrevistando un psiquiatra. El pobre hombre no recordaba a ningún paciente tan difícil de analizar.

Y no era de extrañar, dada la tensión a la que Vera había estado sometida durante tantos días y a su creciente convicción de que habían asesinado a su querido hijito. En resumen, había vuelto al espantoso lenguaje de las noveluchas que durante tantos años habían alimentado su imaginación. Y como consecuencia de eso, cuando el psiquiatra le preguntó si se sentía feliz en su matrimonio, ella contestó que su querido esposo era el hombre más dulce que jamás había conocido. El loquero consultó la transcripción de sus anteriores interrogatorios y leyó que Vera había acusado a Horace de intentar asesinar a su querido hijito Esmond con un cuchillo de trinchar (estaba empezando a detestar la palabra «querido»), y no supo explicarse el cambio de actitud de la paciente. Para agravar su confusión. Vera afirmó que, antes de casarse, su prometido y ella habían bailado hasta el amanecer y que luego habían hecho el amor en la orilla del mar, a la luz de la luna.

A continuación el psiquiatra cometió la imprudencia de preguntarle si lo que quería decir era que habían mantenido relaciones sexuales.

—Es usted repugnante —le gritó Vera al desventurado psiquiatra—. He dicho que hicimos el amor, no que practicáramos «sexo», y usted va y me sale con cosas soeces.

El psiquiatra trató de disculparse, pero Vera no estaba dispuesta a escucharlo ni a contestar más preguntas estúpidas. Media hora más tarde, el psiquiatra abandonó su lucha contra el silencio de Vera y la dejó llorando como las heroínas de sus libros solían hacer cuando los hombres a los que amaban se alejaban a lomos de negros caballos, con la camisa desabrochada, al amanecer.

—Le juro que no sé qué pensar de esa mujer —le dijo al inspector jefe—. Por lo visto está obsesionada con el tipo de novelas que escribe Barbara Cartland. Aunque yo jamás he leído ni una sola de esas novelas ridículas.

—¿No cree que sólo lo estaba despistando?

—No sé qué pensar. Me ha dicho que su querido esposo era el hombre más dulce que jamás había conocido.

—Eso es precisamente lo contrario de lo que me ha dicho a mí. Ha acusado a su esposo de intentar asesinar a su hijo con un cuchillo de trinchar.

—Ya lo sé. He revisado las anteriores declaraciones, y contradicen todo lo que me ha dicho a mí, que no ha sido mucho. En mi opinión, o bien es una mentirosa consumada o vive en un mundo de fantasía, y no sé si podré ser de ayuda en este caso.

El inspector jefe suspiró. Todavía no se había recuperado de una noche casi en blanco, ni del incidente con el especialista forense en el matadero.

—¿Qué cree que es, esquizofrénica o psicótica? —preguntó.

—No sé lo que es —contestó el psiquiatra—, pero por si le sirve de algo, yo diría que está como una cabra y que deberían internarla en un hospital psiquiátrico.

El inspector jefe sonrió.

—Eso es lo único que necesito saber. Muchas gracias. Ya tengo suficiente lío, sólo me falta una loca de atar.

Esa tarde, llevaron a Vera, profundamente sedada, a una ambulancia que la condujo hasta una clínica de Suffolk.

38

Los primeros días en el hotel, Horace pasó la mayor parte del tiempo en el balcón con vistas a la playa, mirando más allá de las boyas rojas donde había amarradas embarcaciones de todo tipo. Las boyas estaban a unos doscientos metros de la orilla, y Horace comprendió que permitían a los bañistas refrescarse en el mar y nadar sin peligro. Era el mes de agosto, y en la playa ya no cabía ni un alfiler. Le asombraba que allí no se dieran los altercados ni las peleas que sin duda se producirían en cualquier lugar de veraneo de la costa de Inglaterra. Quizá se produjera alguna riña verbal, pero como él no entendía ni una palabra ni de catalán ni de español, le pasaban desapercibidas.

Además, los hombres que de vez en cuando se paseaban ufanos por la orilla exhibiendo sus músculos no le interesaban tanto como las mujeres. Tumbado en el balcón, a la sombra del toldo, podía examinar sus cuerpos casi desnudos con unos prismáticos que había comprado en una tienda del pequeño pueblo vecino. De hecho, en algunos casos sobraba la palabra «casi». Las chicas estaban allí tumbadas, boca abajo, y sólo se ponían la parte de arriba del bikini cuando iban a bañarse. Horace Wiley, cuya única experiencia sexual, afortunadamente breve, era la que había tenido con Vera después de casarse, sintió un arrebato de lujuria, y eso supuso una incómoda sorpresa para un hombre que había suprimido deliberadamente cualquier deseo sexual para mantener a su detestable esposa a raya. En cualquier caso, Horace había crecido en una familia en la que estaba estrictamente prohibido todo lo que pudiera tener alguna connotación erótica, por remota que fuera. Como su padre le había inculcado, su única obligación en la vida era ganar dinero y administrarlo, y mantener al lobo alejado de la puerta. «Eso es lo que he hecho yo —le recordaba una y otra vez —. No como ese lascivo primo mío. Hasta su padre lamentaba que no hubiera muerto en el parto».

Pero ahora que estaba lejos de Inglaterra y que podía contemplar a las mujeres más deseables que jamás había visto, sus sentimientos naturales, largo tiempo reprimidos, empezaron a aflorar. Estaba en la flor de la vida, y habría dado cualquier cosa por acostarse con una mujer desnuda y hacerle el amor apasionadamente. No pensaba perder el tiempo preguntándose en qué consistía hacer el amor apasionadamente; sencillamente se dejaría llevar por los impulsos de su cuerpo. El verdadero problema sería encontrar una mujer dispuesta a que Horace le manoseara los pechos y la besara en los sitios más inusuales y menos higiénicos.

Tenía que haber alguna ninfómana en esa playa. Pero ¿cómo encontrarla? No podía bajar y preguntárselo a todas las que le gustaran. Quizá ella estuviera casada, y Horace no quería arriesgarse a que un marido furioso amenazara con aplastarle la cabeza. Abandonó esa idea; bajó al bar y pidió un whisky mientras reflexionaba sobre

el problema. Había una mujer muy guapa, con una expresión extraña en los ojos, sentada detrás de él. Horace la saludó con un «*Bon dia*» y se alegró cuando ella le respondió en inglés.

—Me ha parecido que era usted inglés por el corte de su traje —dijo ella, y fue a sentarse a su lado—. Además, ha pedido un whisky. Los lugareños no suelen beber whisky.

—¿Puedo invitarla a uno?

—Por supuesto. Tomaré el mismo que usted.

—Es un Glenmorangie. Quizá lo encuentre excesivamente fuerte —la previno él.

—Claro. Tiene usted buen gusto. Me encanta el Glenmorangie. No soporto la ginebra, ni siquiera la Sapphire Blue. A mi difunto marido le encantaban los martinis de Sapphire Blue, pero yo prefiero el whisky. ¿Está casado?

—Lo estaba, pero ahora soy libre. Afortunadamente.

—¿Una puta?

—Podríamos llamarla así. Era… Bueno, no importa. Digamos que vivir con ella era una pesadilla.

—Mi marido era un bestia. Me daba unas palizas de miedo. Por cierto, me llamo Elsie. ¿Y usted?

—Bert. ¿Se hospeda usted aquí?

—Sí, en verano alquilo mi casa y me alojo en el hotel.

Hubo una pausa, y Elsie paseó la mirada por el bar. No había nadie más allí.

—Si sube a mi habitación, le enseñaré lo que me hizo el capullo de mi marido. —Se levantó la blusa y Horace vio un gran pecho.

—¿En qué piso está su habitación? —preguntó.

—En el último. Mi habitación está en la parte de atrás.

—En ese caso iremos a la mía. Está en el primer piso, y tiene mejores vistas. Además, arriba tengo otra botella de whisky.

Subieron en el ascensor, y a Horace le sorprendió que Elsie se pegara a él aunque hubiera espacio de sobra. Cuando entraron en su habitación, se sorprendió aún más al ver que ella cerraba la puerta por dentro. Elsie no tardó ni un momento en quitarse la blusa y empezó a desabrocharse el sujetador. Él la miró, embobado, y buscó a tientas la botella de Glenmorangie. Ella lo detuvo.

—Eso dejémoslo para después —dijo.

Horace se sentó en la cama. El whisky le estaba haciendo efecto.

—¿Cómo que para después? —dijo, jadeante—. ¿Para después de qué?

—Para después de lo que ambos llevamos tanto tiempo deseando. No pensarás que no sé el efecto que pueden tener unos prismáticos que se pasan el día enfocando a muchachas semidesnudas mientras uno babea prácticamente sobre ellas, ¿verdad? Pero tú no eres el único que se ha comprado unos prismáticos. Te seguí, y te estaba observando cuando los compraste. Y en cuanto saliste de la tienda, entré yo y me compré unos aún más potentes que los tuyos.

Horace se quedó mirándola fijamente, y Elsie soltó una carcajada.

—Pero ¿dónde estabas? No te vi.

—Claro que no me viste. ¿Ves esa sombrilla roja? Hice un agujerito en ella, y miro por él todos los días, con una toalla sobre las piernas para no quemarme.

Horace la miró aún con mayor intensidad. Elsie estaba tumbada en la cama, en bragas.

—¿Por qué me elegiste a mí?

Ella sonrió.

—Porque eres un inocente, querido mío. Porque eres el típico inocente inglés. Y además, tímido. De una cosa estoy segura: no vas a hacerme daño. Ya he sufrido bastante sadismo. Ahora desnúdate y haremos el amor.

Horace entró en el cuarto de baño, se dio una ducha rápida y salió desnudo y sonrosado. Cuando se abrazaron y Elsie le apretó suavemente el escroto, Horace tuvo su primer orgasmo desde hacía un montón de años. Se separó de Elsie y supo que se había enamorado. Cuando bajaron a comer —y la comida fue excelente—, Horace se sintió aún más feliz al saber que por fin sabía qué era hacer el amor apasionadamente y que la habitación de Elsie no estaba lejos de la suya.

39

En Grope Hall, Esmond también era feliz, y estaba muy entretenido haciendo planes para asegurarse de que su recién descubierta felicidad continuara. Su existencia anterior no tenía nada que ofrecer comparada con su nueva vida allí. Apenas podía creer que fuera la misma persona cuando recordaba a aquel tipo insípido que deambulaba por la casa imitando al pelele de su padre porque no tenía nada mejor que hacer.

Lo único que todavía lo inquietaba era la perspectiva de tener que casarse con su tía Belinda. Esmond no estaba seguro de que quisiera casarse con ella y, además, en realidad ni siquiera entendía por qué ni cómo podía hacerlo.

Belinda afirmaba que se había divorciado del tío Albert, pero Esmond estaba convencido de que mentía. Además, Belinda era mucho mayor que él —debía de tener casi cuarenta años—, y Esmond siempre había imaginado que se casaría con alguien de su misma edad, y no con una mujer que habría podido ser su madre.

Belinda había dicho que se casarían en la pequeña capilla que había junto a la rosaleda. Esmond había estado allí varias veces, y la encontraba bonita, con sus tres vidrieras detrás del altar. No era un mal lugar para casarse. Sin embargo, en la capilla había una tumba que lo inquietaba. Era más larga que ninguna otra tumba que hubiera visto en una iglesia, y uno de los extremos de la lápida se había hundido varios centímetros. Le parecía raro, pero en Grope Hall todo resultaba un poco raro. El caso era que Esmond estaba casi convencido de que su tía seguía casada con el borracho del tío Albert. Si se hubieran divorciado y el tío Albert ya no fuera su marido, estaba seguro de que su madre lo habría mencionado.

Si sus tíos todavía eran marido y mujer, Belinda cometería bigamia si se casaba otra vez, y eso era un delito. Esmond lo sabía por su padre, que un día, años atrás, dio con esa palabra cuando hacía el crucigrama de *The Times*.

—¿Qué significa «birgamia», papá?

—Bigamia, no «birgamia». Y si no fuera delito, yo la cometería encantado para librarme de… Bueno, no importa. Ve y búscate algo que hacer. La vida ya es bastante difícil con tu madre por ahí, sólo me faltas tú deambulando por la casa.

Por otra parte, Esmond no quería volver a su casa. Le gustaba la vida en Grope Hall, y disfrutaba trabajando en sus extensas tierras de labranza. Se sentía importante en la finca que, en su papel de Joe Grope, se suponía que dirigía. Estaba plenamente convencido de que ese nuevo nombre le ofrecía más ventajas, y que lo único que necesitaba era saber exactamente cuáles podían ser. Y por supuesto, asegurarse de que ni Belinda ni Myrtle, esa vieja arpía, se interpusieran en sus planes.

La clave era que, definitivamente, no quería volver a Croydon —o, peor aún, a Essexford— ni a la agobiante sensiblería de su madre, por no hablar de su

enloquecido y peligroso padre.

Tumbado junto al corral de los cochinillos, Esmond se puso a pensar de nuevo, sin proponérselo, en las consecuencias de la bigamia. Si Joe Grope se casaba con Belinda, ¿podría enviarla a la cárcel por bigamia? Y, pensándolo bien, ¿podría acusarla también de secuestro? Al fin y al cabo, él no había pedido que lo llevaran a ese paisaje vacío. Cuando lo hicieron, estaba demasiado borracho. De hecho estaba inconsciente.

Cuanto más lo pensaba Esmond, más le gustaban su poder y su posición y más le gustaba su plan. Se casaría con su tía, y una vez celebrada la boda, le daría la patada. Por si la inocencia de Esmond y la culpabilidad de su tía no estuvieran suficientemente claras, Belinda había robado el coche, y luego se había empeñado en que lo enterraran en la mina de carbón. Y Myrtle había colaborado ordenando a Esmond y al Abuelo Samuel que llevaran a cabo ese delito.

Desde hacía unos días, no paraban de llegar a Grope Hall hombres y mujeres con abundante equipaje que el Abuelo Samuel tenía que subir a diferentes dormitorios de la casa. Sin embargo, ninguno de los recién llegados le había prestado mucha atención a Esmond, de hecho, cada vez que el chico entraba en una habitación, la acalorada discusión que los desconocidos parecían estar manteniendo con Belinda y Myrtle se interrumpía con brusquedad. Entonces todos miraban a Esmond sin apenas disimular su rabia, hasta que él se sentía tan incómodo que tenía que salir de la habitación.

Desde su posición bajo el muro, Esmond por fin empezaba a comprender de qué trataban esas discusiones. Por lo visto, Belinda afirmaba que ella era la siguiente en la línea de sucesión para heredar Grope Hall y convertirse en la matriarca de la familia Grope, pero esos parientes, o al menos las parientas, lo cuestionaban.

Era evidente que la situación había alcanzado el punto crítico, y mientras escuchaba, a Esmond le costaba distinguir quién hablaba en medio de tanto grito. Sin embargo, le pareció que Belinda había logrado imponerse.

—Yo no volvería aquí aunque me pagaran —gritó una indignada Grope cuyo nombre Esmond no pudo distinguir—. Esta casa está demasiado aislada, y ni siquiera tiene calefacción central.

—Tienes razón —coincidió otra, furiosa—. La idea de vivir en este agujero era tan espantosa que me casé con el primer hombre que se me puso a tiro en Potters Bar cuando me apeé del tren. El que piense que voy a terminar aquí está loco.

—¡Pero la casa debería ser mía! —gritó otra—. Pasé toda mi infancia aquí, y siempre le he tenido un gran cariño. Lo único que necesita es un poco de amor y atención, y una esposa y madre que se encargue de todo.

—En ese caso —dijo Belinda con mordacidad—, quizá quieras quedarte y ser mi dama de honor el viernes, cuando me case con Joe.

El grito que se le escapó a Esmond al oír eso estuvo a punto de delatar su escondite. ¡El viernes! Cielos, antes del fin de semana se habría convertido en un

hombre casado.

Por fortuna, el ruido que hizo quedó disimulado por el que hicieron todas aquellas airadas Gropes al cerrar con un portazo cuando abandonaron Grope Hall para siempre.

Belinda saboreó su triunfo unos momentos antes de ir a buscar al Abuelo Samuel para ver si sabía dónde estaba la parroquia del reverendo Grope más cercano. Aunque había hablado llevada por la ira, pensándolo bien no veía ningún motivo para seguir retrasando la boda.

—¿El reverendo Grope? —preguntó Samuel, desconcertado—. Supongo que será Theodore, pero no sé si todavía tiene parroquia. Tenía una iglesia en un pueblecito cerca de Corebate, pero ya debe de estar muy mayor, así que no sé si seguirá allí. Podría probar en la oficina de correos; quizá allí sepan algo de él.

Belinda sonrió para sí. Si el reverendo ya estaba muy mayor, quizá sirviera para lo que ella se proponía hacer. Quizá lograra convencerlo de que las amonestaciones se habían publicado hacía mucho tiempo y de que no había nada inusual en la diferencia de edad entre los novios.

40

En el hospital psiquiátrico, Vera Wiley seguía en una habitación aislada para proteger a los otros pacientes de sus gritos histéricos y, al mismo tiempo, para proporcionar a los psiquiatras que habían ido a examinarla la intimidad que suponían que necesitarían. Pero se llevaron un desengaño. No había necesidad de intimidad, de discreción ni de más preguntas. Aunque cuatro experimentados loqueros habían acudido por separado para realizar su propia valoración, fueron en grupo a presentarle el diagnóstico al inspector jefe.

—Esa mujer está completamente loca —dijeron a la vez.

—Eso mismo opino yo. ¿Pueden explicar la causa de su locura? Es decir, lo que ha hecho que se le fuera la olla. Es una mujer madura que durante años ha llevado una casa y ha criado a un hijo. Y de repente se le va la pinza. ¿Creen que ha consumido drogas o algo parecido?

—Lo único que sabemos es que padece unas alucinaciones espantosas y que está aterrorizada. Está convencida de que su marido es un asesino y de que ha matado a su hijo.

—Hemos buscado al señor Wiley, pero no hay ni rastro de él —replicó el inspector jefe—. De hecho, si han asesinado a alguien, yo me inclino a pensar que ha sido a él. Al fin y al cabo, por lo que parece era un director de banco muy respetable hasta el momento de su desaparición, y no se ha llevado ni un céntimo del banco.

Al final, los psiquiatras recomendaron unánimemente que la señora Wiley permaneciera en el hospital psiquiátrico el resto de su vida.

—Ya que están aquí, ¿les importaría examinar a su hermano, Albert Ponson? —propuso el inspector jefe—. Creo que él también está loco. Es un sinvergüenza de tomo y lomo, pero por lo visto sufre manía persecutoria. Después de hablar con él, vayan a su chalet y verán con sus propios ojos a qué me refiero.

Después de ver las ruinas de la fortaleza y el matadero self-service, los psiquiatras compartieron la opinión del inspector jefe. El futuro de Albert era, sin duda alguna, el mismo que el de su hermana, aunque debían ingresarlo en otro hospital psiquiátrico, por supuesto.

41

En su habitación del hotel catalán, Horace Wiley se lo estaba pasando en grande. En unas pocas horas había hecho el amor más veces que en toda su vida de casado, y aunque estaba tan agotado que ya no podía alcanzar otro orgasmo, todavía tenía una erección y podía gozar acariciándole las nalgas y besándole los pechos a su amante.

Al final, y con cierta reticencia, Horace se separó de Elsie para bajar con ella al comedor. La comida le pareció deliciosa, porque después de tanto sexo tenía un apetito voraz. Devoró un plato enorme de jamón ibérico y una enorme chuleta de cerdo, y de postre se tomó un helado doble y tres cafés. Agradablemente saciados, Horace y Elsie salieron del comedor y volvieron a su dormitorio. Horace acababa de desnudarse y se disponía a meterse en la cama pensando que aquello era el paraíso cuando de pronto cayó al suelo produciendo un ruido sordo. Elsie dio un brinco, se arrodilló a su lado y le buscó el pulso, pero no se lo encontró, ni en la muñeca ni en el cuello. Horace Wiley estaba muerto.

Diez minutos más tarde, Elsie se había vestido y, tras comprobar que no hubiera nadie en el pasillo, se disponía a escabullirse a su habitación cuando reparó en que la cama estaba deshecha y revuelta, lo que indicaría qué le había provocado un infarto a Horace. Nada más verla, cualquiera adivinaría que alguien había estado haciendo el amor en ella como un loco. Y los habían visto comiendo juntos, de modo que lo más probable era que la implicaran a ella.

Elsie volvió a cerrar la puerta de la habitación con un pañuelo e hizo la cama; luego se volvió hacia Horace. Si pudiera subirlo a la cama, preferiblemente con la ropa puesta, la situación sería mucho más segura para ella. De hecho, teniendo en cuenta la comida rica en grasas que había ingerido, su muerte podría parecer perfectamente natural.

Pero Elsie no consiguió ponerle los pantalones y la camisa a Horace. Pesaba demasiado. Agotada por el esfuerzo que había hecho, se sentó en una silla para recobrar el aliento, y entonces empezó a sentir la conmoción de la repentina muerte de Horace.

Sin embargo, el dolor dejó de embargarla cuando vio el maletín que Horace había comprado en Barcelona bajo el armario ropero, donde era evidente que él lo había escondido. Elsie cruzó la habitación, cogió el maletín y vio que no estaba cerrado. La curiosidad pudo con ella: abrió el maletín y examinó su contenido.

De hecho, lo único que había en el maletín era un gran sobre marrón lleno de lo que parecían libretas de tapa blanda. Elsie retiró las grapas del extremo del sobre y extrajo el contenido. No se había equivocado mucho: no eran libretas, sino pasaportes —unos cuantos pasaportes— y un carnet de conducir.

Elsie examinó el carnet de conducir y abrió los pasaportes uno por uno, leyendo los nombres y estudiando las fotografías. Reconoció a su difunto amante inmediatamente en el carnet de conducir, aunque en la fotografía aparecía sin barba y se llamaba Horace Wiley. El tipo con barba era un austríaco llamado Hans Bosmann, y el pasaporte caducaba al cabo de seis meses.

Pero ¿por qué le habría dicho Horace que se llamaba Bert y por qué tendría tantos pasaportes falsos? Como era una mujer sensata, Elsie no leía los periódicos británicos publicados en España, ni siquiera *The Times* o el *Telegraph*, porque no le interesaba la política. Sólo leía *La Vanguardia* y *El País*, que en general se limitaban a informar sobre lo que sucedía en España. Sin embargo, el apellido Wiley le resultaba familiar, y tras darle vueltas un rato recordó haber oído mencionar a unos bañistas ingleses algo llamado el «Misterio Wiley». Quizá el carnet de conducir que tenía en la mano tuviera algo que ver con ese misterio.

Al principio Elsie pensó en dejar el carnet de conducir con el cadáver, pero luego cambió de opinión. Al fin y al cabo Bert —o quizá debiera llamarlo Horace— era el primer hombre, desde hacía mucho tiempo, que le había proporcionado tanta satisfacción sexual. Abrió la puerta de la habitación y corrió hacia la suya, y se llevó el carnet de conducir. Los pasaportes los dejó en la habitación de Horace.

Horace Wiley había querido conservar el anonimato en vida, y seguiría conservándolo una vez muerto.

42

La sugerencia del Abuelo Samuel de que Belinda probara en la parroquia de un pueblo cerca de Corebate donde quizá hubiera un sacerdote dispuesto a celebrar su boda con Esmond dio buen resultado. No había ni rastro del reverendo Theodore Grope, y de hecho circulaba el rumor de que se había largado a algún lugar y de que era tan viejo que ese lugar bien podía ser su tumba. Pero por suerte había un nuevo titular del beneficio, que por lo visto creyó a Belinda cuando ésta le dijo que todo estaba en orden para las inminentes nupcias.

Aun así, Belinda había tenido que pagar una suma considerable de dinero, presuntamente para la restauración de la iglesia del pueblo, que precisaba unas reparaciones urgentes. Al final, Belinda pagó de buen grado. Al no localizar a Theodore, había temido no encontrar a ningún otro sacerdote dispuesto a desplazarse hasta Grope Hall, pero el reverendo Horston, que evidentemente era nuevo en la región, no puso ningún reparo.

Belinda también había encontrado un traje muy elegante que le iba bastante bien a Esmond. El traje había pertenecido a un joven Grope al que habían llamado a filas durante la guerra. Decían que se había alistado en el ejército voluntariamente para huir de la aburrida vida en Grope Hall, pero también decían que al pobre hombre lo habían hecho migas en El Alamein, y ésa no debía de ser la huida en la que estaba pensando. Belinda había tenido que comprarle a Esmond unos zapatos y una alianza, pero dadas las circunstancias el gasto no le molestó.

Una vez solucionados esos preparativos, Belinda empezó a entrenar a su prometido en el ritual de la boda. Le sorprendió lo fácil que resultaba. A Esmond ya no parecía sorprenderle en absoluto la idea de casarse. Al contrario: parecía encantado con esa perspectiva.

«Y eso demuestra lo joven y atractiva que debo de parecerle. Y lo maravilloso que es él —pensaba equivocadamente—. Ni siquiera le importa que le llamen señor Grope». Ella también había empezado a utilizar el apellido de soltera de una prima lejana suya, pero pronto sería la señora Grope y tomaría el control de la casa y de la finca.

A la mañana siguiente, Esmond se levantó increíblemente temprano y fue a hablar con el Abuelo Samuel, por quien ya sentía simpatía y en quien confiaba. Lo encontró sentado frente a su cabaña, al otro lado del muro, en lo alto de la colina, fuera de la vista de Grope Hall.

—He venido a hacerte una pregunta —dijo Esmond, y se sentó a su lado en la hierba.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué te llaman Abuelo? No eres tan mayor.

Samuel asintió con la cabeza y encendió una vieja pipa.

—Eres un joven muy observador, de eso no cabe duda —dijo esbozando una sonrisa, y no comentó que Esmond le había planteado esa pregunta el mismo día que se conocieron y que, de hecho, se la había repetido casi todos los días desde entonces. Es más, se preguntaba si el muchacho tendría alguna deficiencia mental, lo cual explicaría por qué se había quedado allí tanto tiempo.

Por otra parte, Esmond empezaba a caerle bien, así que le contó, como había hecho con Belinda, que su verdadero nombre era Jeremy y que, sí, sólo tenía treinta y tantos años.

—Eres buena gente, Joe —concluyó el Abuelo Samuel—. Y por aquí no ha habido muchos tipos como tú últimamente. La vieja Myrtle ya se puede morir tranquila ahora que sabe que la finca está en manos de Belinda. Ahora le corresponde a ella preocuparse por la perpetuación de la línea femenina de la familia.

—¿Por eso me voy a casar con ella?

—Supongo —contestó el Abuelo Samuel—. Pero tu futura esposa es muy guapa, y eso es algo que no puede decirse de la mayoría de las Grope. Yo en tu lugar tendría cuidado. Con las Grope nunca se sabe. Quizá no le sirvas para gran cosa una vez que hayas cumplido con tu deber, por así decirlo.

Esmond sonrió.

—No creo que tenga problemas. Yo también he hecho mis planes, y si me salen bien, hasta tú saldrás beneficiado. Tú y yo formamos un buen equipo, Abuelo Samuel. Y de ahora en adelante me gustaría llamarte Joven Jeremy, si no te importa.

Samuel sonrió también y estiró un brazo para estrecharle la mano a Esmond.

—Claro que no. Aunque quizá sería mejor que la jefa no te oyera llamarme así. Eres un buen amigo, Joe, y voy a hacer todo lo posible para ayudarte —dijo—. Si puedo evitarlo, no te decepcionaré.

Esmond saltó el muro por la parte del campo más alejada de la cabaña de Samuel y corrió hasta donde no pudieran verlo desde la casa solariega para pasar un rato pensando en esa nueva amistad, que quizá fuera su primera amistad verdadera, aunque todavía no pudiera llamar al Joven Jeremy por su verdadero nombre en público. Pero todo eso iba a cambiar en cuanto ocupara el puesto que le correspondía como dueño y señor de la finca Grope.

Al cabo de un rato oyó a Belinda llamándolo a lo lejos, así que volvió corriendo a la casa y, sin pasar por la cocina, subió la escalera de piedra hasta el dormitorio, donde fingió estar vistiéndose cuando entró Belinda.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó ella.

—Estupendamente. Y he tenido un sueño muy agradable en el que aparecías tú. Vivíamos juntos después de casarnos.

Belinda se conmovió. Verdaderamente, su sobrino era un muchacho encantador.

—Ya sólo faltan dos días —le recordó; lo besó y bajó a la cocina para prepararle el desayuno.

Esmond sonrió. Belinda no sospechaba nada. Estaba impaciente por que pasaran esos dos días.

Después de desayunar, Esmond salió otra vez y echó a andar por la vía del tren hasta una curva que no se veía desde la casa. Entonces se sentó al sol y se puso a pensar otra vez en lo que iba a decirle a Belinda cuando se hubieran casado. Y a calcular cuánto debía esperar para cumplir su amenaza. Decidió que esperaría una semana para dejar que Belinda diera por hecho que seguía siendo la dueña de la finca, y que entonces atacaría. Le diría que si no le entregaba a él todo el control, la denunciaría por bígama. Y la acusaría de haberlo secuestrado. Y seguramente también de haberlo envenenado con alcohol.

Estaba convencido de que Belinda se derrumbaría. Pero ¿y si no? Quizá le plantara cara, y eso podía resultar peligroso. Tenía que prever esa posibilidad. Bueno, en ese caso desaparecería y la asustaría dejándole una nota en la que insinuaría que iba a denunciarla. Sí, ésa sería su respuesta si Belinda no se sentía intimidada por sus amenazas. De todas formas, Esmond no creía que Belinda le plantara cara. Al fin y al cabo, ella lo había salvado del cerdo del tío Albert y del asesino de su padre y de su dominante madre, y Esmond le estaba agradecido por eso.

Se tumbó al sol y se preguntó qué estarían haciendo sus padres, aunque no le importaba mucho. Le había dado la espalda al pasado, y ahora estaba concentrado en el futuro, en su futuro como el primer varón Grope cabeza de familia y con control absoluto de la finca.

Era un panorama extraordinario y que suponía un desafío. Pero lo primero que tenía que hacer era casarse. Una vez que Belinda y él estuvieran casados, podría obligarla a hacer cuanto quisiera.

Dos horas más tarde, Esmond trepó por el terraplén de la vía y subió por la colina hacia el pinar que cubría su cima. Nunca había estado allí, y se preguntó cuándo habrían plantado aquellos árboles. Siguió caminando y de pronto llegó a un gran claro bordeado por un muro de piedra. Comprobó, sorprendido, que se trataba de un cementerio. Saltó el muro y leyó los nombres de las lápidas. Casi todos eran de mujeres Grope que habían dirigido la casa a lo largo de los siglos. Esmond pensó que si lograba llevar a cabo su plan, a él también lo enterrarían allí cuando muriera. Esa idea no lo deprimió en absoluto, sino que le produjo un inmenso placer. El cementerio estaba lleno de flores silvestres y arbustos en flor, pero no había señales de que lo hubieran visitado recientemente. Se preguntó por qué la persona que estaba enterrada en la tumba larga de la capilla no estaba enterrada allí, con los demás. El cementerio era mucho más agradable; desde allí se contemplaban todos los campos circundantes, y no había nadie que te molestara.

Esmond miró su reloj y vio que era la hora de comer. Volvió a saltar el muro y recorrió el bosque, y veinte minutos más tarde entraba en la cocina de Grope Hall. Se llevó una sorpresa al ver que en medio de la vieja mesa de trabajo había un espléndido pastel de boda. Belinda le sonrió.

—Pensé que estaría bien hacer las cosas como es debido —dijo—. Lo encargué ayer y hoy he ido a Wexham a buscarlo mientras tú estabas fuera. Al fin y al cabo, mañana es viernes.

—Dios mío, qué despistado me estoy volviendo. Creía que habías dicho que hoy era miércoles. En fin, es maravilloso —dijo Esmond—. Así que mañana ya seremos el señor y la señora Grope.

—Claro, querido —dijo ella, y lo besó más apasionadamente que nunca—. Y ahora, a comer. Vamos a pasar una luna de miel estupenda.

—¿Luna de miel? ¿Adónde iremos?

—A ningún sitio, amor mío. La pasaremos aquí. Los Grope nunca han salido de la casa después de casarse. Esa es la tradición, y debemos continuarla.

—Por supuesto —dijo Esmond, que estaba decidido a hacer precisamente todo lo contrario. Después de comer, subió a su habitación y redactó la nota en la que advertía a Belinda que pensaba denunciarla si ella se oponía a que él se convirtiera en el jefe de la casa. La metió en un sobre, cerró el sobre con Superglue, se lo guardó y fue a buscar al Abuelo Samuel. También quería pedirle al Joven Jeremy que fuera su padrino al día siguiente.

Lo buscó por todas partes, y al final lo encontró en la capilla. Le sorprendió encontrar al Abuelo Samuel levantando uno de los extremos de la larga lápida de bronce que había en el suelo con un gato de coche. Ya había conseguido levantarla medio metro, y estaba introduciendo por el hueco unas piedras que había cogido de la vía del tren en desuso.

—Échale un vistazo a esto —dijo el Abuelo Samuel—. Siempre he sospechado que esta lápida encerraba algo raro.

Esmond se asomó y vio los pies de un esqueleto y, a su lado, la punta de una pala.

—Raro no, rarísimo —masculló—. ¿Por qué no está enterrado en un ataúd? ¿Y por qué está enterrado aquí y no en el cementerio con el resto de los Grope? ¿Crees que era alguien especial?

—Podría ser, supongo; aunque no me explico por qué le pondrían encima esta gruesa placa de bronce.

—Quizá para impedir que el tipo saliera de ahí debajo —dijo Esmond.

—O quizá la pusiera él para impedir que las mujeres Grope se le tiraran encima —dijo el Abuelo Samuel con una sonrisita.

Esmond no entendió el chiste del todo, pero continuó:

—Mira, Joven Jeremy, he venido a preguntarte si quieres ser mi padrino mañana.

—Claro que sí, aunque no te envidio. Yo no me casaría con una Grope por muy atractiva que fuera. Y no olvides llamarme Abuelo Samuel cuando estemos con las mujeres, o estarás perdido.

—No te preocupes por mí. Como ya te dije, tengo mis planes.

—Sí, y seguramente ese tipo también tenía sus planes —observó el Abuelo Samuel sonriendo y señalando la tumba. Sacó el gato, y la placa de bronce volvió a

encajar en su sitio—. Bueno, si la boda es mañana, será mejor que deje todo esto bien ordenado, o la próxima tumba que cavarán será la mía.

43

A la mañana siguiente, antes del desayuno, llegó un mensajero con una carta del reverendo Horston en la que decía que ese día tenía que celebrar seis bodas y que la del señor Grope y la señorita Parry la celebraría a las nueve de la noche o incluso más tarde. Se deshacía en disculpas por el retraso y por las molestias que sin duda iba a causarles.

—¡Qué fastidio! —dijo Esmond cuando bajó con su traje y sus zapatos nuevos; pero su tía y prometida discrepó.

—Después de seis bodas, el reverendo Horston estará agotado, y no recordará muy bien la nuestra. Eso será una ventaja para nosotros.

—No veo por qué —replicó Esmond.

—Porque tendrá prisa y no nos hará muchas preguntas sobre nuestras creencias religiosas, ni sobre si somos miembros de la Iglesia de Inglaterra o ateos. Esas cosas. Por ejemplo, ¿tú sabes si te han bautizado?

—Pues no. ¿Cómo iba a recordarlo? ¿Tú te acuerdas de lo que pasó cuando acababas de nacer? Si te acuerdas es que tienes una memoria prodigiosa. Bueno, voy a dar un paseo.

—Te pasas la vida paseando —comentó Belinda—. No entiendo por qué lo haces.

—Porque me encanta esta finca. Me gustan los animales y las plantas. Antes de que mi padre se alcoholizara y se volviera loco e intentara apuñalarme, solía ir con él a los bosques de Croham Hurst. Había un sendero de grava muy empinado que llamaban Breakneck Hill por el que me encantaba bajar resbalando. A mi padre también le encantaba que lo bajara resbalando. —Esmond hizo una pausa, perdido en el recuerdo de unos tiempos que ya parecían muy lejanos, y añadió—: Además, necesito hacer un poco de ejercicio. Me moriría de aburrimiento si me quedara en casa todo el día sin hacer nada.

—Pues ve a dar un paseo. No quiero que te mueras de aburrimiento. De hecho, iría contigo, pero tengo muchas cosas que hacer en la casa.

Esmond salió, muy aliviado de que Belinda no hubiera decidido acompañarlo. Echó a andar por el prado hacia el muro y el pinar, y una vez que quedó fuera de la vista, corrió hacia la cabaña de Jeremy. Su amigo y cómplice (así era como lo consideraba) estaba sentado en los escalones de la puerta, tomándose una taza de té. Iba muy bien vestido, con un traje de tweed.

—Me temo que la boda no se celebrará hasta las nueve de la noche —dijo Esmond—. El cura ese tiene otras seis bodas hoy. Lo siento.

—No te preocupes. Además, he terminado de limpiar la capilla, y hasta le he sacado brillo a la lápida —repuso Jeremy—. La inscripción que hay en ella es rarísima. Jamás adivinarías lo que pone.

—¿El nombre del esqueleto que hay debajo?

Jeremy negó con la cabeza.

—No. No hay ningún nombre. ¿Quieres volver a intentarlo?

Esmond negó con la cabeza.

—Ni idea. ¿Qué pone?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro. No me tengas en vilo.

—Está bien. Pone: «Quien me saque de esta tumba encontrará la muerte. Quien no me deje descansar en paz no morirá en paz. El infierno espera a la mano del extraño. Aléjate de mi amada tierra». Unas amenazas espeluznantes, ¿no te parece?

—Sí, qué raro. ¿Por qué no vimos la inscripción ayer, cuando levantamos la placa de bronce con el gato? —preguntó Esmond.

—Porque no la habían limpiado desde hacía siglos. La inscripción no apareció hasta que la hube frotado varias veces con limpiametales.

—Es curioso —dijo Esmond, y apartó esa idea de su pensamiento.

Esa noche, Esmond volvió a Grope Hall con su traje y sus zapatos nuevos. Se llevó una sorpresa cuando Belinda le presentó a su dama de honor, una anciana que Esmond dedujo que debía de ser alguna antigua sirvienta o niñera de los Grope. Myrtle no se encontraba bien y se había quedado en su habitación, y no habían invitado a nadie más de la familia.

Se sentaron en el salón y charlaron un rato mientras esperaban al reverendo Horston, que llegó muy cansado, tal como Belinda había previsto, pero muy puntual. El sacerdote no disimuló su alivio al ver que no había invitados.

—Bueno, ya podemos empezar la ceremonia —anunció. Todos se levantaron y, precedidos por el novio, cruzaron el patio y se dirigieron hacia la diminuta capilla donde el Abuelo Samuel había encendido una cantidad desmesurada de velas. Fuera el sol se estaba poniendo, pero las ventanas de la capilla eran tan pequeñas y tenían unas vidrieras tan bonitas que hasta el exhausto sacerdote quedó impresionado. Esmond le presentó al Abuelo Samuel diciendo que era su padrino, y el reverendo Horston celebró la unión con prisas y sin hacer preguntas incómodas. Belinda tenía razón: el sacerdote estaba deseando volver a su vicaría y acostarse tan pronto como pudiera. Cuando ella le entregó varios cientos de libras más de lo que esperaba, él se marchó muy satisfecho.

Una vez que el reverendo se hubo marchado, el Abuelo Samuel descorchó una botella de un champán excelente y brindó por la feliz pareja; una hora más tarde, el señor y la señora Grope estaban en una gran cama de un dormitorio del fondo de la casa, donde creyeron que no les oirían hacer el amor. Finalmente se durmieron, agotados.

Esmond tardó otra semana en hacer acopio de valor y decidir que, pese a que su esposa se estaba comportando, él debía poner en práctica su plan. Estaba ensayando

su conversación con Belinda —sólo los cochinillos eran testigos de su gran nerviosismo— cuando Jeremy lo encontró y le pidió que lo acompañara a su cabaña.

—Todavía no te he dado mi regalo de boda —dijo cuando llegó Esmond.

—No hace falta que me hagas ningún regalo, de verdad.

—Claro que sí, Joe. Eres el primer amigo verdadero que he tenido desde que llegué a Grope Hall y dejé de ser el Joven Jeremy para ser el Abuelo Samuel. —Se entristeció un momento, pero enseguida se animó—. ¿Ves ese saco manchado de brea que hay en el rincón? Ése es mi regalo. Ve y ábrelo.

Esmond titubeó.

—Te lo digo en serio. No hace falta que me regales nada. Tengo cuanto quiero. Bueno, lo tendré si funciona mi plan.

—Insisto, Joe. Eres mi mejor amigo. Hicimos un trato, ¿no te acuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, y siempre seré tu amigo.

—Entonces, ve a abrir tu regalo.

—Está bien. Si insistes…

Esmond cruzó la habitación y, con cierta dificultad, logró desenrollar el alambre de cobre que mantenía cerrado el saco. Cuando por fin lo abrió, el saco se inclinó hacia un lado, y unas monedas cayeron al suelo. Esmond se quedó mirándolas, perplejo. Nunca había visto monedas como aquéllas. Cogió una y la examinó. Era un soberano de oro. No había ninguna duda, pero por si la había, el saco pesaba una barbaridad.

—Ahí dentro debe de haber una fortuna. ¿Dónde demonios lo has encontrado? —preguntó, atónito.

—Sí, una fortuna. Supongo que varios millones. Y respecto a dónde lo he encontrado, ¿no lo adivinas?

Esmond intentó adivinarlo, y al final sacudió la cabeza.

—No me dirás que debajo de esa gran placa de cobre que has estado limpiando, ¿verdad? —dijo, y se dejó caer en una silla.

—¡Bingo!

Esmond se quedó mirándolo, boquiabierto.

—Pero si pesaba muchísimo. No puedes haberla levantado tú solo.

—Cogí una especie de grúa de un tractor, até una cadena muy gruesa a un extremo de la losa y la levanté mientras tú te tirabas a la señora Grope, después de la boda.

—Pero te habrán oído —dijo Esmond.

—¿Con el ruido que hacíais tú y tu mujer? ¡No lo dirás en serio! Además, la capilla queda lejos de la casa. Después, todo fue muy fácil. Sólo tuve que apartar a nuestro amigo el esqueleto e introducir una varilla de metal hasta que noté algo. Entonces empecé a cavar y saqué este saco. Me llevó toda la noche, y te aseguro que quedé destrozado. Dormí todo el día siguiente, y casi toda la noche.

—No me extraña. ¿Cómo trajiste el saco hasta aquí? Pesa una tonelada.

—Con el tractor. Le enganché una carretilla detrás.

Esmond lo miró fijamente y en silencio, con una mezcla de asombro y admiración.

Jeremy interrumpió el silencio:

—Bueno, ahora eres un hombre rico. Puedes hacer lo que quieras, comprarte lo que quieras, ir a donde quieras. Puedes…

—¡Ni hablar! —saltó Esmond—. Sé lo que voy a hacer, o, mejor dicho, lo que vamos a hacer. Vamos a ir a medias. Tú has encontrado el tesoro, cosa que yo no habría hecho ni en un millón de años, aunque todavía no sé cómo demonios supiste que estaba allí.

Jeremy rió.

—¿No te acuerdas de la inscripción con esos lamentables versos? Eso me hizo pensar que allí debajo tenía que haber algo más que un esqueleto con una pala, aunque no sospeché que pudiera ser una fortuna en soberanos de oro.

—Una fortuna que nuestra genuina amistad exige que nos repartamos. Y ahora será mejor que vuelva a la casa. Tengo que decirle una cosa a mi mujer.

Esmond encontró a Belinda en el jardín, con un gran ramo de rosas rojas que estaba recogiendo en un cesto.

—¿Verdad que es maravilloso estar aquí? —dijo Belinda—. De niña me encantaba esta casa cuando venía de visita en verano, pero ahora que he logrado escapar del asqueroso Albert y de su horrible chalet, todavía me gusta más. No te imaginas cómo odiaba vivir allí.

—Sí me lo imagino —repuso Esmond, que, ahora que lo pensaba, de verdad imaginaba el suplicio que debía de haber sido para Belinda vivir con su tío. Es más, lo alarmó comprobar que pensar que Belinda hubiera estado en brazos de otro hombre le producía una sensación sumamente desagradable. ¿Qué demonios le había pasado?—. Nunca tendrás que volver allí, Belinda —dijo, adoptando una expresión severa—. Te vas a quedar aquí y a partir de ahora vas a hacer todo lo que yo te ordene. Lo he estado pensando, y me encanta la vida tranquila y natural que llevo aquí, y voy a quedarme y voy a ser granjero, pero no permitiré que me pongas somníferos en la bebida ni que me digas qué tengo que hacer y decir. Quiero una esposa como Dios manda: una esposa que me cuide; y si no se va a armar la gorda. Y otra cosa: el Abuelo Samuel ya no se llama Abuelo Samuel. Ése no es su verdadero nombre. De ahora en adelante se llamará Jeremy, Joven Jeremy; y cuando se haga viejo se llamará Abuelo Jeremy. Y el Abuelo Samuel, quiero decir el Joven Jeremy, ya no trabaja para nosotros, porque él y yo vamos a ser socios. Él ha cobrado un dinero, y hemos decidido que vamos a montar un negocio de cría de toros, además de explotar la finca. Tú no te entrometerás en nuestro negocio, aunque si te apetece puedes dar de comer a los cochinillos de vez en cuando… Y… Y…

—Mira, tú mandas, amor mío. Tú tomas las decisiones.

Esmond miró atónito a Belinda.

—Pero si el otro día me dijiste que teníamos que conservar las tradiciones y que…

—¿Qué sentido tiene conservar unas tradiciones tan antiguas y claramente brutales? Somos iguales. Es así de sencillo. Si tenemos una hija, ella podrá seguir las tradiciones familiares del pasado si lo desea; pero si quieres que te diga la verdad, espero que tengamos un hijo.

Y, dicho esto, se llevó el cesto de rosas a la casa.